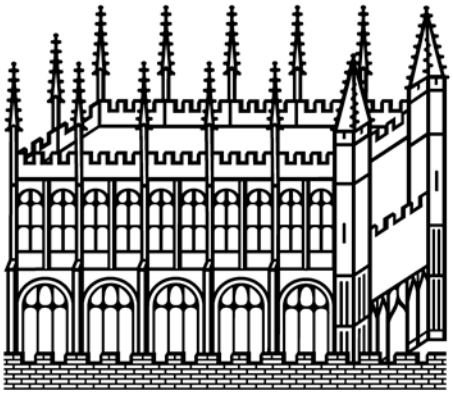


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

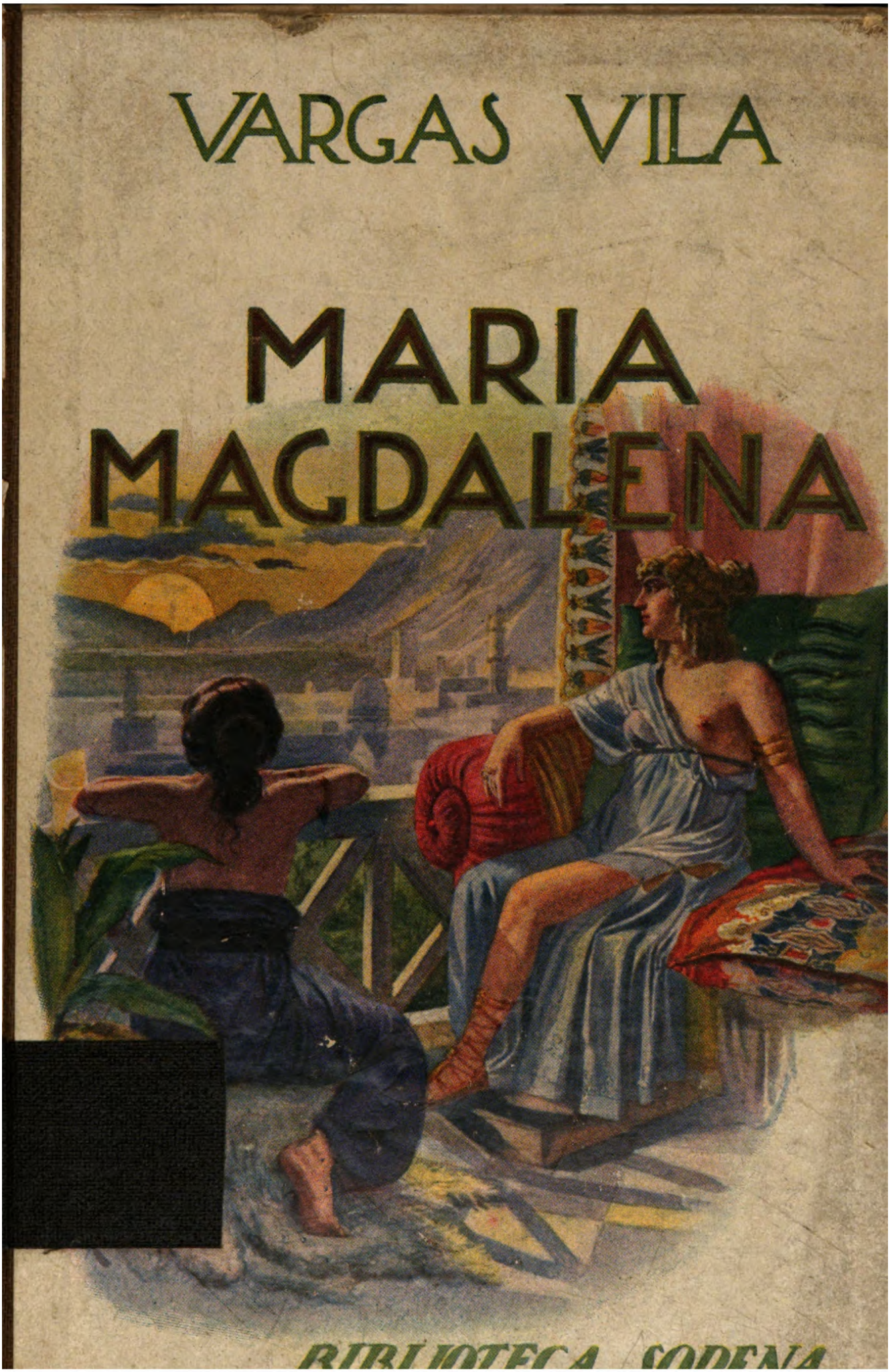
For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

VARGAS VILA

MARIA MAGDALENA



BIBLIOTECA SODENA

OXFORD UNIVERSITY

ST. GILES', OXFORD OX1 3NA

REP. LAT. 5732
~~FAF 2 VAR 49/1~~

DERECHOS DE AUTOR

Todo ejemplar que circule sin estampilla, será considerado ilegal.

MARÍA MAGDALENA

:: :: BIBLIOTECA SOPENA :: ::

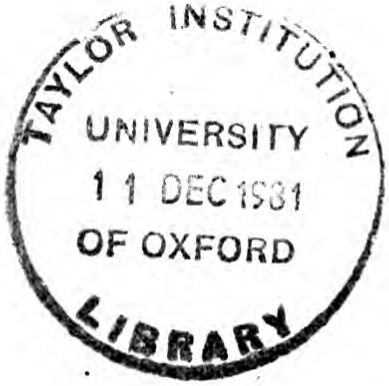
VARGAS VILA

MARÍA MAGDALENA

NOVELA LÍRICA

TEXTOS
TRISTAN NARVAJA 1736
TELEF. 41 42 74
RUBEN

BARCELONA
RAMON SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



DERECHOS RESERVADOS.

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

MARÍA MAGDALENA

Panorama...
un horizonte de montañas de Judea;
la última lumbre febea, sobre la ceja de un monte;
austero y grave el paisaje, lleno de desolación;
brilla la aridez salvaje, de los valles del Cedrón;
en medio, como un oasis en el fondo del miraje: Sión;
descendiendo la colina, en línea gris, los olivos;

en los valles pensativos, muere el ámbar de la tarde;

en la copa del lago, arde un resplandor carmesí, de violetas y rubí...

en los jardines letales, sinfonizan los rosales, en una peroración de divinos madrigales;

siembra el hálito de las rosas, una gran consternación de atmósferas voluptuosas;

gime el alma de las cosas;

en las grandes alamedas, susurran las hojas ledas, sinfonías de poetas...

en las frondazones quietas, sueñan las flores dormidas, en la calma transparente...

un soplo ardiente se siente, venido del Occidente; un hálito de narcisos;

brillan acantos y frisos, de los templos, y en sus metopas parece reverdecer el follaje de las vides de Corinto;

en su murado recinto, rumorea su vasallaje la ciudad, que el Pretor doma;

lucen los haces de Roma, adornando los pórticos de los palacios magníficos...

las estatuas ecuestres de los Césares, proyectan su silueta, sobre la muchedumbre inquieta, que hormiguea en las plazas y en el foro...

el oro del horizonte, que parece diluído en una copa de topacio, se derrite y se evapora en el espacio, muy despacio, como una estrella que llora;

y, la noche soñadora, invade en calmas divinas de Infinito, el circuito de montañas palestinas, negras, tortuosas, cetrinas, llenas de Melancolía;

muere el día en su tristeza floral...

sobre la campiña umbría;

y, la Ciudad Imperial.

---

*

Bajo la cúpula dorada, la gran sala octagonal; en la cual, hay fragancias de nardos y, terebintos;

en los braseros extintos sobrevive el perfume;

en el pebetero, se consume aún el sándalo;

es la casa del Escándalo; la casa de la Pecadora;

en la penumbra tibia, que el sol dora aún con una caricia de lascivia, llena de voluptuosidades blondas, en ondas suaves, agonizan las sombras...

se ahoga todo ruido en las alfombras y los tapices de Persia, extendidos sobre el mosaico de los suelos;

en la inercia de la hora, se siente flotar el alma sin vuelos de la calma infinita;

la Pecadora, ¿dormita? ¿vela?...

un rayo de luz, riela en el oro de sus cabellos, y la corona de destellos, como de una aureola...

la ola de la luz se pierde en su mirada verde;

en el verde marescente de sus pupilas, grandes, orgullosas y, tranquilas, como dos frescos valles matinales;

los raudales de su cabellera, envuelven en un manto sutil de oro, el tesoro de su cuerpo de marfil;

está extendida sobre cojines rojos, en la actitud indolente y felina, de una joven pantera,

viendo morir el sol, en la ladera de una colina;

las esmeraldas que adornan su cuello y su cabeza, parecen morir de enojos, y compiten con el verde, y con la tristeza de sus ojos;

la viste una túnica opalescente, de gasa transparente, color de jacinto, que se abre hacia la rodilla, dejando ver la maravilla de una pierna desnuda, que la luz tenue del sol, dora de una tersura de melocotón;

un broche de amatista, limita esta abertura, una amatista enorme, como la que brilla en su cintura, en el ceñidor de plata de una extraña y complicada cinceladura;

del mismo metal los brazaletes, de orfebrería etrusca, enormes y, pesados;

amuletos trabajados con fervor, penden de ellos;

corusca por sus destellos, un escarabajo egipcio, y dos cepalófagos de ámbar; un amo-

nita, circuído de topacios, y con los cuernos de oro;

una enorme calcedonia de reflejos mortecinos, hace cambiantes felinos, solitaria en un anular;

el cuello, hecho de líneas armónicas, como las viejas ánforas helénicas;

el seno, se perfila en una curva concupiscente;

por la gasa transparente, se ven emerger las dos mamilas, se dirían dos gacelas tranquilas, que acaban de nacer;

las ancas opimas, dibujan las rimas de sus curvaturas, sobre las telas obscuras de los cojines, sobre los cuales, el cuerpo adorable, diseña su gracia insuperable;

su cabeza de flor, se apoya en una mano, con un abandono soberano, hecho de gracia y de amor;

en esa hora de ensoñación, el fulgor de sus

ojos, lánguido y vago, semeja el mágico resplandor de un lago;

uno como soplo de alas invisibles, pasa en las grandes salas, y, por sobre las flores inmarcesibles...

así, bella como una estrella, la Pecadora, escucha a su servidora, y habla con ella, presa de una real melancolía;

y, ésta dice:

—Señora mía; Dios, no da la Belleza, para servir de escudo a la Tristeza;

los narcisos de tus mejillas, palidecen;

los miosotis de tus ojos languidecen;

el jacinto de tu boca se descolora; ¡ay señora! ¡ay mi señora!

¿qué te falta? ¿por qué llora tu corazón?

nunca como hoy fuiste tan bella;

¿no te llaman la estrella de Galilea?

con la opulencia que te rodea; con el oro que te adorna, con tus diamantes, con tus ru-

bíes, habría para satisfacer el sueño de mil huríes;

eres amada;

una mirada de tus ojos, atrae o quita enojos;

la envidia de las mujeres, te circunda como un cortejo;

del niño, al viejo, tu belleza, despierta en los hombres la codicia;

todo te sonríe; todo te halaga en el presente...

¿por qué esa tristeza que anubla tu frente?

¿el ala de qué siniestro presagio la acaricia?

—Sara, dice la Pecadora, con una voz ensoñadora, la Vida, es triste; la Vida es inclemente;

la Ventura, es un sueño inconsistente, que se rompe temblando en nuestras manos...

¿recuerdas nuestros años ya lejanos?

era en el valle de Magdalo, y era el Castillo de mis padres, sito en el halda feraz de la montaña;

yo, era una niña, y no había, una belleza comparable, a mi belleza extraña;

me llamaban la rosa, tanto así, era de maravillosa;

mi adolescencia fué, como una exuberante flor de insania;

se habría dicho una anémona de Bethania, que se mirara en el cristal del lago, llena del sueño vago, de poseerse y deslumbrar, perpetuamente...

la mirada insistente de los hombres, me seguía ya, y me turbaba enormemente...

¿por qué me habrá turbado siempre, la mirada de los hombres, como una caricia, hecha sobre mi carne desnuda?

caricia muda y, penetrante;

yo, era virgen, pero, no era ignorante, y

llevaba conmigo, todas las impurezas del Amor; las llevaba en la sangre;

era como una rosa de deseo, cuyo perfume embriagaba ya a los hombres, de una embriaguez malsana, como dada por vides de Samaria;

era el perfume de mi cuerpo impoluto, que ninguna mano de hombre había tocado;

yo sentía ya en ese cuerpo, la tristeza, más que el orgullo de mi virginidad;

los pastores, se apostaban, para verme pasar, ocultos bajo las viñas;

y, yo estremecía de sus miradas;

mis hermanos, tenían palabras de impudor, cuando yo pasaba por cerca de ellos, y brillaba en sus ojos una luz mala;

yo, amaba el impudor de las palabras y de los ojos de mis hermanos;

el Deseo; mi cuerpo de virgen pasional, lo sentía y lo inspiraba, con igual intensidad;

yo, tenía ya la atracción y, el vértigo de un mar;

me sabía bella, y al verme desnuda, yo sentía el orgullo de mi desnudez;

los jardines del castillo de mi padre, me vieron pasear ese orgullo, y esa tristeza, por sus penumbras dormidas...

a su sombra, sentí temblar mi cuerpo desnudo, bajo el beso voraz de lo infinito...

mi belleza sin velos, perfumó el seno de las noches, ostentándose magnífica de blancuras, como una tuberosa, bajo los terebintos perplejos;

yo, perturbé el sueño de los nenúfares, inclinándome así sobre las aguas del estanque, en cuyo fondo, temblaba la imagen de mi rostro, como una estrella enferma de deseos;

y, ellos, palidecían de envidia, porque las ondas azules besaban mis blancuras, como queriendo devorarlas, como si los labios de

miradas de Silfos, apasionados, se adhiriesen a mis carnes;

mi deseo monstruoso, los contagiaba tal vez, y en el misterio, ellos se ayuntaban, hechos más pálidos, con una palidez de fiebre;

todos los ardores y los perfumes de los valles galileos, vivían en mis pupilas y respiraban por mis labios;

mi cuerpo, era virgen como los lises, pero, envuelto en las tinieblas del Deseo... turbado de deseos;

rojo de deseos;

ardiente de deseos;

yo, era el Deseo...

y, daba el Deseo...

llegada a la pubertad, mi padre quiso casarme con Abdelamek, capitán de guardias asirias, que, seducido por mi belleza núbil, me había pedido en matrimonio; pero, yo amaba ya a Samuel de Sichem, hijo de un her-

mano de mi padre; zagal más bello, no lo vieron nunca, las montañas de Maggedo, ni los valles de Safeo; crecido habíamos como dos cervatillos gemelos, porque apenas de un año me era mayor; nuestro amor, era hecho de llamas suaves, que lentamente encendían nuestras carnes, cuando vagábamos juntos, bajo los limoneros en flor; entre las rosas de oro de la tarde, cerca al lago glauco, donde la luna hundía su blanco cuerpo de leche, como una virgen desnuda;

sus ojos, fueron mi espejo en las noches calladas, cuando en los jardines obsesionantes, yo, me miraba en ellos, como una estrella en la cisterna profunda, y, él, se miraba en los míos, como el sol de la mañana, en el remanso de un río;

en los largos crepúsculos languidecientes, cerca a las blancuras lúgubres de los estanques, o en la soledad florecida de las penum-

bras, nuestros abrazos se multiplicaban y, nuestras bocas se unían, en una dulzura vehemente, que hacía sollozar el alma de la Noche, que parecía cautiva de nuestros labios...

al fin... un día...

sus manos libertaron las palomas de mis senos, y se gozaron en ellos, haciendo empurpurar el rojo de sus jacintos, con el rojo de sus labios;

sus manos, como dos alas de amor, vibraron sobre mi cuerpo, recorriéndolo en un diapasón de caricias férvidas, y, mis carnes se estremecían bajo ellas, como una mar bajo el equinoccio;

los naranjales del jardín, llenos de sombras azules, vieron las blancuras de nuestras carnes desnudas, que hicieron palidecer de envidia, los nardos de Arabia, y los jazmines de Bethania;

la yedra dorada de mis cabellos, se deshojó

entre sus manos, cayendo sobre la dulce curva de mis hombros, sirviendo de reposorio a su cabeza, y, se ocultó en ella, como un pájaro feliz, en el azur tremante de la selva;

nuestro idilio acabó violentamente;

una noche, lánguida y clemente, la luna y él, entraron por la misma ventana hasta mi lecho, y se durmieron en mis brazos, después de haberme besado con una eternidad de besos...

mi padre, nos halló así, el uno, en brazos del otro, y, quiso matarnos;

él, logró escapar por la ventana abierta;

yo, fuí víctima de las sevicias de mi padre, que se encarnizó contra mi debilidad;

pocos días después, logré escapar del castillo de Magdalo;

tú, mi nodriza, que habías sido como mi madre, después de la muerte de aquélla, me seguiste;

seis días y, seis noches, caminamos sin vagar, de Sinaí a Sichen, de Silo a Bethel, de el Haramí a Sión...

entramos aquí, rendidas de hambre y de fatiga;

nos dormimos en los pórticos del templo;

un viejo avaro, nos recogió y nos llevó a su casa, miserable y sórdida;

él fué el primero, que, fuera de mi casa, mancilló el lirio de mi cuerpo, con la baba de sus caricias;

huímos de aquel lugar de miseria; huímos y nos perdimos en la Noche...

¿después?

¿cuál fué la historia de mi belleza, espléndida y fatal?

rodé de lecho en lecho, y, de abrazo en abrazo;

de los más altos, a los más infames, todos los hombres me poseyeron;

los capitanes de guardias, como el último de los centuriones, los mercaderes de Siria, como los vinateros de Jericó;

todos enloquecieron de mi cuerpo, y tuve sus cuerpos, sus almas, y sus riquezas, a mis pies...

ascendí en la infamia;

tuve palacio, esclavos, y literas;

los jardines de mi villa, en las rientes comarcas nazarenas, vieron los filósofos de Roma, y los sabios de Grecia, los sacerdotes y, los rabinos de Jerusalem, pasearse bajo sus pórticos de mármol, y, los granados y los terebintos de sus avenidas en flor;

las más bellas telas de Esmirna, de Tiro, y de Emeso, cubrieron mi cuerpo;

tapices de Damasco, de Comagena, de Iturea, se extendieron bajo mis pies, como al paso de una reina;

las gomas lignificantes del Líbano, y las

resinas más costosas de las riberas del Éufrates, se quemaron en mis pebeteros de oro, hechos en forma de mamilas, como los senos de Osiris;

el fulgor del oro de mis joyas, compitió con el oro de mis cabellos, y para mí hicieron el primor de sus cinceladuras los más hábiles aurifabristas de Bizancio y de Palmira;

piedras fulgurales y, polirradiantes desafiaron con su brillo exótico, el brillo de mis ojos, y sus iris lapidarios, me envolvieron como en una onda de luz;

llegué a ser amada del Tetrarca, y, mis caprichos fueron leyes en Antioquía y Cesarea, Sebaste y Juliade;

los pretores, compartieron mi lecho, felices de anudar el hilo de perlas de mis sandalias, o añadir un prodigio de las minas de Golconda a mis diademas;

los nobles de Roma, como los de Judea, se

disputaron mi amor, y dilapidaron sus fortunas a mis pies...

hoy mismo, ¿no ves cómo el nuevo Pretor, Poncio, me ha sentado a su mesa, y se disputa mis favores?

todos, hasta el Gran Sacerdote, siguen con ojos codiciosos de Amor, el paso de mi litera;

hasta Anás, el Saduceo, me ha mirado con complacencia, y me ha sonreído cuando mi litera bajaba un día las suaves pendientes de Betania; y fueron obsequio suyo, los peces que se sirvieron a mi mesa, el día que inauguré mi Villa, en Tiberiades, cerca al lago que refleja los jardines umbríos que lo ciñen como mallas odorantes;

todos ellos fueron los mendigos de mis besos, y a casi todos se los dió la triste mendicidad de mi corazón...

todos tuvieron mi cuerpo, pero ninguno tuvo mi alma;

y, esa virginidad del alma, es la que lloro;

esa virginidad insaciable de mi corazón...

y, la cortesana calló...

su silencio, se extendió como una caricia sobre la dulzura de las cosas, la tersura de los mármoles familiares, el oro de la cúpula, y, la ociosa languidez de las flores, inmóviles en el aire calmado, sobre los grandes vasos de alabastro;

con los párpados entrecerrados suavemente, la cortesana, parecía querer aprisionar al mismo tiempo sus pupilas y, sus pensamientos;

la rememoración de su vida, había conmovido y removido todo su ser, tal una roca, desplomada, en el silencio de las aguas quietas;

inmóvil en los cojines, parecía un milagro

de oro y púrpura, caído sobre la tierra en una tarde de estío...

la sierva, con voz velada y calmada, le decía:

—Gran dolor, es la falta de dolor;

porque nada os falta, os falta todo;

vuestra ventura os es insoportable, como una pena; miseria de la Vida, es esa de quejarnos de ella a la hora de bendecirla; y es torpeza delictuosa de la mano, esa de no saber hallar sino las espinas, en la rosa que aprisionamos; crueles son las horas que empleamos en martirizarnos a nosotros mismos; cobarde insensatez del corazón...

¿qué os falta para ser feliz?

un hombre os ama por sobre todas las cosas de la tierra;

Judas, de Kerioth, más que vuestro amante, es vuestro esclavo; no espera sino el amanecer de vuestros sueños, para realizarlos;

Judas es joven, es bello, es rico, ¿por qué no lo amáis?

—El Amor nace, y, no ha nacido en mí el Amor;

Judas, es bello, yo amo sus ojos de pervencha, su cuerpo de gladiador, hábil y fuerte, su melena ensortijada, que parece un zarzal en flor, perfumada, como una enredadera de convólvulos;

pero, no amo sino su cuerpo; como él, ama el mío;

nuestras almas no se conocen, no se han visto nunca; tal vez no se verán jamás...

¡oh! qué bella cosa debe ser el beso de dos almas que se hallan sobre los labios...

además, Judas, es romanizante; ha sido y es de los amigos del Pretor; su padre ama los romanos; en el país de Kerioth, su familia es toda amiga de los césares; y yo, no amo, y no he amado nunca los romanos; permanez-

co hebrea, o mejor dicho, galilea—de tierra de gentiles como nos llaman los de Sión, y aquellos de Samaria — yo, oculto ese odio, porque hoy toda la gente distinguida de Judea, es romanizante; sólo la canalla es rebelde; ella grita por boca de sus profetas, desarrapados y miserables;

—¿Habéis oído hablar del último de ellos?

—¿Cuál? ¿ese que se llama Juan, el Bautista?

—No, ése fué muerto, por orden del Tetrarca, y su cabeza fué dada en premio a la Princesa Salomé;

éste se llama Jesús, y, es de Nazareth;

dicen que el espíritu de Dios, vive en sus labios; que cura a los enfermos; exorciza el cuerpo de los endemoniados; hace ver a los ciegos, y andar a los paralíticos; y, últimamente ha vuelto la vida a un muerto; a Lázaro, el hermano de Marta y de María...

—¿Marta?

—Sí; las hermanas del leproso, que curado fué de su lepra, por manos del Nazareno...

—Marta... ella ama a Judas, según tengo entendido, y, me culpa de haberle raptado su amante, y, seguro que se consuela ahora con Jesús;

¿es joven, es bello, ese profeta?

—Yo no le he visto nunca; lo oí una vez que hablaba; pero la muchedumbre lo ocultaba a mis ojos; decía cosas divinas; nadie ha hablado el arameo con más dulzura que él, se diría que una tórtola de Seoul, arrulla en su garganta;

—Los profetas, son muy divertidos, pero son casi siempre locos peligrosos; sería agradable oírlos, pero son desarrapados y asquerosos, y, la chusma que los sigue, es repugnante de suciedad y mal olor; y la banda de

ese nazareno, dicen que es la más harapienta y, más turbulenta de todas; mendigos, estropeados, campesinos, y pescadores, que viven del merodeo y de las limosnas; yo alcancé a ver una vez esa chusma, que esperaba a su profeta, en el recodo de un camino, cerca a Jericó, e hice que mis esclavos buscaran otra senda, para pasar lejos de ellos, porque tiene muy mala reputación la banda de miserables que siguen al vagabundo galileo;

—Dicen que él, es bueno, que él, es dulce, amable a las mujeres y, a los niños; es hijo de José de Elí, un carpintero de Nazareth; tiene madre y hermanos, pero, ha abandonado su familia, para darse a la predicación;

—O, a la vagancia; es pintoresco ese vagabundo, que se llama Hijo de Dios, y Rey de los judíos, y habla del reino de las almas...

¿dónde estará el Conquistador, que ha de reinar sobre la mía?

—Helo ahí... dice Sara, indicando la figura de Judas de Kerioth, que aparece en el intercolumnio del pórtico y, avanza entre las zalemas de dos esclavas nubias, y las sonrisas de una flaminia impúber, que arroja puñados de arómatas, sobre los pebeteros medio extintos...

todas, inclusive Sara, se retiran silenciosas, con genuflexiones rítmicas, y se pierden como una armonía de formas, desapareciendo en la sombra azul del vestíbulo, abierto como el ojo de un cíclope, sobre las vastitudes de la Noche...

joven y bello, de una belleza nerviosa y felina, Judas avanza, en la tiniebla blonda, donde las luces últimas del crepúsculo, hacen revivir la flora de los mosaicos, y dan al ángulo de la sala donde yace Magdalena, el

aspecto de un larario donde durmiera un ídolo, cubierto de pedrerías...

viste, una túnica malva, bajo un manto amarillo pálido, casi blanco; lleva joyas en los dedos, y en las sandalias; imitador de los romanos, como toda la juventud aristocrática de Judea, peina cortos los cabellos ensortijados, que le caen sobre la frente estrecha, con una gracia de efebo; carente de barba, apenas un leve bozo le sombrea el labio superior, dándole un aspecto de medalla cesárea, con la boca imperiosa, y lasciva, y la mirada a la vez tierna y brutal; avanza hasta el lecho de cojines rojos, de donde emerge María — la de Magdalo — como una flor de esmaltes, e inclinándose tiernamente sobre ella, la saluda con Amor;

luego, se coloca a sus pies, tendido también sobre cojines; formando un ángulo, con

la línea rígida del cuerpo de aquélla, que comienza a acariciar...

y, tomando en sus manos, uno de los pequeños pies, que reposan sobre el cojín, calzados con sandalias de oro, ornadas de perlas y amatistas, le dice con voz cálida y tremante;

—Este pie, es la paloma prisionera; yo, le haré un nido de mis manos...

y, mirándolo con pasión...

—¡Cómo son bellas las azules venas, que se extienden a lo largo!, parecen dibujadas con sangre de las violetas de Byblos; se dirían las venazones de un vaso de alabastro, que hubiese contenido esencias, al pie del Tabernáculo... un lirio de cristal, en donde juega un rayo de la luna...

sus dedos... un racimo de rosas en botón...

¿en qué sangre de claveles, se ha mojado, la pulpa lilial de esos talones?

¿de qué metopa, fué arrancado el mármol de esta pierna? ¿la estatua de cuál diosa mutilaron?

acaricia lentamente, con una pasión golosa, la carne de la pierna desnuda...

—La blancura de este mármol; el oro que cae sobre él... pétalos de azahares, sobre una copa de miel...

acerca los labios con pasión, y mientras habla va besando lentamente la pierna, hasta la rodilla...

—La azucena de tu carne, cómo turba mis sentidos; eres un nardo viviente; no guardaron las magnolias más tersura en sus pétalos, ni el pecho de las palomas, más calor que tu epidermis;

al llegar a la rodilla, sus labios tropiezan con la mano de María, posada sobre el broche de topacio;

comienza a besarla por los dedos, y sigue

ascendiendo a lo largo del brazo, sus labios hechos más inquietos y más expertos:

—¿De qué lirios arrancaron estas fibras victoriosas? ¿a qué cítara pentacorde arrancaron para hacerlo, su cordaje de armonía? ¿son los pétalos de un lis? ¿son las cuerdas de un laúd? ¡florilegios armoniosos del rosal de los deseos; rosal ellos, todo en flor; su contacto me extasía; cuando ellos acarician mi cabeza, cuando entran en mi obscura cabellera, se dirían serpientes eléctricas, que me llenan de extrañas sensaciones... y, tus brazos, y, tus hombros, y, el albor de tu garganta, donde canta un ruiseñor... los cisnes hiperbóreos, no tienen las blancuras de tus carnes desnudas; cuando ellos se hunden en el río azul, no tiene su belleza fluvial, el encanto lilial, de tu seno de combas armoniosas, hecho con el perfume de las rosas, y pétalos de nardos de Beisán;

recorre con sus labios hechos crueles, los hombros y el cuello adorables, hasta besar el lóbulo de la oreja, apretándolo, entre sus labios convulsos de pasión...

—¡Ah! Judas, que me haces mal, dice Magdalena con disgusto; cómo eres sensual, cómo eres bestial en el Amor...

—Y, ¿qué otra cosa es el Amor, que la gloria de la bestialidad?

—Tú, no amas sino mi cuerpo;

—Es lo solo adorable que hay en ti, como en todas las mujeres... tus ojos, Magdalena, son algas del océano; tus ojos, Magdalena, son uvas de cristal; sobre el mar de tus ojos, se extiende un incendio de cielo estival; deja que yo me incline sobre ese mar... que yo mire mis ojos en tus ojos, llenos de una atracción polar... que me sienta en ellos, vivir y temblar... la noche verde de tus pupilas, brillando de tu rostro sobre el pálido alabastro,

semeja los canales de la luna, sobre el ya muerto corazón de ese astro; tus miradas, si me miran cariñosas, cantan en el pecho mío, todos los madrigales del Estío, murmurados al oído de las rosas... ante el oro glorioso de tu cabeza, el Sol, es un tizón extinto y sin belleza; de sus destellos no se haría una sola hebra de tus cabellos; tus labios, Magdalena, son ánforas de fuego, repletas del vino del divino pecado original; son rosas del Oriente, que guardan el perfume de un bosque misterioso, lleno de calma sacerdotal;... tu cuerpo, es como un lirio bañado de rocío, que se alza sobre el valle, a la hora matinal...

se abraza a ella, con un ademán de pasión brutal, y, le dice, con una voz ahogada de deseos...

—Deja que bese, muy poco a poco, tu cuerpo blanco, tu cuerpo loco, lleno de tanto secreto encanto, y tan ardiente como el

Siroco; tu cuerpo, que tiene los atractivos, lujuriantes y vivos, los fulgores y, los ardores, de una selva del África ecuatorial...

—¡Ah! Judas, me haces mal, dice Magdalena, con una voz que se hace triste, ante el deseo voraz del joven, que ella parece no compartir en esa hora; besas como una fiera;

—Yo quisiera ser eso, para devorarte, en cada beso...

ese ardor salvaje y brutal, parece turbar la hora romántica de la cortesana, que temblando bajo los abrazos, dice con una voz de desaliento, llena de una amargura intensa...

—Judas, tú no tienes una alma;

—¿Una alma? ¿qué es eso?

—Algo bello, algo sutil, algo impalpable, como el perfume de una rosa de Éfeso;

—Y ¿has visto tú el alma?

—No, ¿has visto tú, el perfume del áloe, que se consume en ese pebetero de cristal?

ésa es el alma, invisible, inasible, inmaterial; el alma se siente, no se ve; yo la siento vivir en mí, llorar en mí, y, a veces canta dentro de mí, un loco cántico de Esperanza; ella, turba la calma de mis noches; ella vela sobre el sueño mío; ella llena mis horas de reproches, y, mis horas de hastío... ella despierta en mí, reminiscencias y perspectivas de cosas muy bellas, de cosas muy graves, de cosas furtivas y, de cosas suaves, como alas de aves fugitivas... el placer de mi cuerpo me cansa, el placer de la carne me hastía; yo quisiera el placer de las almas, el placer de los sueños más puros, el placer de las cosas ideales, que pasan como caricias siderales sobre el seno de los cielos obscuros; ¡el placer de las almas!... ¡las almas!... ¡cuánto diera yo, por encontrar una alma; una alma en mi camino; el resplandor divino!... yo siento que hay una alma que me busca, una

alma que me llama, una alma que espera, que yo deje de ser la prisionera de la llama;... yo siento llamadas desesperadas hacia cosas ignoradas;... una voz que me llama y no me responde, y, me ordena marchar... ¿hacia quién? ¿hacia qué? ¿hacia dónde?

—Magdalena, esas palabras en tu boca, son cosas locas; ¿quién te ha hablado de esas cosas tenebrosas? ¿quién se goza en apesantar las alas primorosas de las mariposas? su destino es volar ante las rosas; su destino, no es filosofar; libélula de amor y de belleza; ¿quién puso en tu corazón esa tristeza? ¿quién te ha dicho, esas cosas sin nombres, nacidas del capricho vagabundo de los hombres?... ¿el alma?... el alma del mundo es el Amor; él, nos cría, él nos alimenta, él nos mata; no seas ingrata hacia el Amor; abeja de oro del Amor, ven al panal; ven, apura en mis labios, el sabor de la pasión carnal; ven,

y apura en ellos, el jugo de la vid bestial, el único que aplaca la sed animal, del sitibundo corazón del hombre...

y, como si quisiera ahogar todo nuevo argumento, la abraza con locura y, se prende a sus labios, para ahogar en ellos, las palabras, sellándolos con besos desenfrenados...

Magdalena, tiembla entre los brazos sensuales, con una gran tristeza en la mirada; tristeza de pájaro prisionero entre la red;

y, se deja amar, indiferente al vértigo asesino que la martirizaba...

en el silencio musical parece caer una lluvia de cenizas...

---

*

Afuera, se oye un vago rumor de muchedumbre, que en la dulcedumbre de la hora que desmaya, suena como un lejano rumor de mar, sobre una playa;

ya la luz estelar alumbra el aposento, y, los cielos de argento, y el pálido olivar, que por la ventana se ve platear en la colina cercana;

el rumor se aproxima; lentamente se avecina...

voces de hombres, voces de mujeres, voces de niños, rompiendo los divinos armiños del silencio nocturno;

Magdalena, alza el rostro taciturno, aparta a su amante, y presta atención al rumor antes distante, y, que ahora, está ya cerca;

puesta en pie violentamente, se acerca a la ventana;

Judas, la sigue de muy mala gana, indignado contra el rumor importuno, que viene a turbar su hora de Amor...

acodados en el mármol del barandaje, se inclinan hacia la gran noche salvaje, y, la calle estrecha, llena de rumores...

él, le ciñe el brazo al talle y, continúa en hablarle de amores;

ella, avanza el busto hacia afuera, y su cabellera semeja una oriflama desplegada en la noche, una llama, tendida hacia la sombra...

la turba se aproxima;

niños desarrapados la preceden, con clamor infernal, mujeres tristes o exaltadas, los siguen, rumoreando entre ellas; multitud ha-

rapienta de viejos, de mendigos, de baldados; hay lisiados entre ellos, y, roídos por la lepra; multitud asquerosa y, mal oliente, de rostros hoscos y, patibularios; baja plebe vociferante, hablando entre sí, rudos dialectos, en la mayoría sirios y arameos;

como buenos amigos del hombre, los perros siguen el cortejo;

en medio de él, busculado y codeado por todos, marcha un hombre joven, pequeño de talla, el tinte oliváceo, natural a las razas siria, fenicia y caldea, que pueblan la Galilea, de donde es oriundo;

los cabellos castaños mal peinados, le caen en bucles desordenados sobre los hombros, con el desaseo natural a los hombres de su secta y de su raza;

la barba escasa, hace uno como cerco de oro oxidado, el rostro demacrado; rostro de asceta;

ojos tristes, color de violeta;

una gran mansedumbre en la mirada, llena de ensoñaciones de poeta;

la boca infantil y, graciosa, llena de una dulzura misteriosa;

una gracia femenil de retardatario, se extiende sobre su cuerpo y sobre su rostro de apóstol visionario;

mal trajeado; sucia la túnica de lino;

raído el manto, cubierto por el polvo del camino;

las sandalias en ruinas; y, lacrados sus pies de peregrino;

camina entre la muchedumbre, con aire de fatigada mansedumbre;

sonríe a los viejos, acaricia a los niños, y habla a sus madres, que parecen agradecer esos cariños;

así, bajo la gran calma lunar, aquella turba

en marcha, se diría, una tribu camino del Aduar;

—Es Jesús, dice Judas, viendo ya próximo el grupo de gentes; es el hijo del carpintero de Nazareth, que ahora ejerce de Profeta, entre las gentes sencillas; ¿no ves su comitiva? gentes de Bethania, de Galilea, de Tiberiades, vagabundos y mendigos que infestan la comarca; es un loco inofensivo, que se dice «Hijo de Dios», y embauca las gentes con el decir de sus parábolas obscuras; los romanos ríen de él;

—Los romanos ríen de aquel que no matan...

—¿Por qué matar a ese teómano tierno, cuya locura no se ejerce sino en las filas de la más baja judería?

desprecio, es lo que inspira a los romanos, ese megalómano trashumante... y, su chusma de secuaces...

—Es natural, que el conquistador sienta el desprecio, de su conquista, y, mucho más, cuando es tan abyecta, como la de Judea; los romanos, nos desprecian a todos, aun a aquellos que, como vosotros los romanizantes, os decís sus amigos, y, acabáis de deshonrar la servidumbre a fuerza de extremarla;

Judas, sintió el dardo de esas palabras, y, sonrió.

—Magdalena, se ve bien que eres de Galilea, tierra de gentiles, y de rebeldes, mira tu Rey, la dice, abrazándola de nuevo, e inclinando sus dos bustos enlazados hacia la calle;

en ese momento, la chusma se detiene, remolinea como un rebaño, del cual tiene el nauseabundo olor...

hay una quietud vaga, llena de anhelos y, de presentimientos;

la espera de la palabra se hace solemne...

Magdalena, ya no oye nada, no ve nada, sino la blanca figura del Profeta, su barba virgen, su palidez de cirio, y el azul de sus ojos, llenos de un lejano resplandor de martirio...

el Nazareno habla, su voz es lenta y, grave...

su mano, muy blanca, muy tenue, muy suave, traza en la penumbra curvaturas del ala de un ave...

su palabra parece escapada de un cofre de sándalo...

habla contra el Escándalo...

—¡Ay de aquel, dice, que escandalizare a un pequeñuelo!... y, mira a los niños que ríen a su lado, con rostros de rosas, con ojos de cielo;

hermanos de luz, parece decirles, con voz muy tierna, su voz de consuelo, que vibra en el aire como un ritornelo...

—Más le valiera, continúa, que le atasen una piedra de molino al cuello, y, lo arrojasen al mar...

Magdalena, absorta, quieta, apenas si respira, mira, mira, mira, o mejor dicho, devora con sus ojos al Profeta...

Jesús, como tocado de un estremecimiento extraño, que enternece la rigidez de su rostro de asceta, alza maquinalmente los ojos hacia la ventana, donde la cabellera de Magdalena, hace reflejos de una llama en el vacío, como dos grandes alas de oro, en el espacio silente...

el Cristo, deslumbrado, mira aquella belleza que parece transfigurada, aquel rostro divino, sobre el cual corren las perlas diáfanas de un llorar sin ruido y, sin sollozos;

la mira fijamente, tenazmente, como buscando su alma a través de aquellas lágrimas

ardientes, que parecían vertidas por él, y, dice...

—*Yo, soy aquel Pastor que busca las ovejas extraviadas; mi padre, que está en los cielos, me ha enviado para ello...*

mis corderos escucharán mi voz; yo, los conozco, y ellos me seguirán;

venid a mí, todos los que estáis fatigados y, cansados; yo os aliviaré; vosotros encontraréis reposo en mí;

en verdad os digo, que aquel que me siga, ése tendrá la gloria eterna, y aquel que me confesare ante los hombres, yo lo confesaré ante mi Padre;

quien ama a su padre o a su madre, más que a mí, ése, no es digno de mí...

aquel que deje para seguirme, su casa y sus bienes, su padre, su madre, sus hermanos y, sus hijos, ése entrará en posesión del reino de mi padre;

si aquel que viene hacia mí, no odia ni su padre, ni su madre, ni su mujer, ni sus hijos, ni sus hermanos, ni sus hermanas, ése no puede ser mi discípulo;

aquel que debe venir a mí, oirá mi palabra cuando le digo: TOMA TU CRUZ Y SÍGUEME;

y, diciendo esas palabras, alza la mano imperiosa hacia la ventana, como si la mano exangüe y, acariciadora, se hubiese convertido en una garra de cristal...

Magdalena, deslumbrada, estremecida, retrocede, echando el busto hacia atrás, como si aquella mano fuera a asirla, a romperla, a despedazarla...

reclina la cabeza en el hombro de Judas, y cierra los ojos, y, murmura:

—¡Cómo es bello! ¡cómo es bello! en sus ojos, hay matices de una noche sideral; sus palabras son aromas, y, sus manos dos palo-

mas, que abren el vuelo nupcial, bajo un cielo estremecido, a orillas de un mar vernal;

Judas, mira con desprecio, al plebeyo, desarrapado, que le parece un necio; y, ve con placer la turba gris, que se aleja, devorada por la sombra, como por un horizonte de cenizas...

en el silencio misterioso, se siente vibrar las cosas, como miradas de alas estremecidas...

Magdalena, tiembla, con los ojos cerrados, llenos de lágrimas, el rostro tendido hacia la gran noche palideciente; como prestando oído al último eco de la voz del Profeta, que se aleja;

su palabra parece haber dejado en la estancia, un perfume más fuerte que el de los teberintos del jardín, y, el aceite de Byblos, que en una lámpara de oro, arde ante el lararío;

Magdalena, soñadora, parece seguir una visión fascinadora, vagabunda en la Noche;

sus ojos reverberan, con luces de una pasión extraña, luces de Esperanza, blancas, como la de una estrella sobre la montaña;

hay añoranzas de purezas, en aquellos ojos, hechos uno como divino océano de tristezas, en los cuales parece haberse hundido un sol melancólico, caído de los ardientes cielos del trópico;

algo canta en su alma, con voz sonora;

perdura la voz acariciadora del Nazareno, con ternuras de bálsamos y crueldades de un veneno;

mira en la sombra, como si buscase la silueta del Profeta, reflejada en la alfombra, o sobre los mosaicos desnudos;

los dos amantes, permanecen mudos;

Judas, meditabundo, parece lleno de un rencor profundo;

están juntos, y, sin embargo, lejanos; sus manos no están ya unidas; permanecen inertes y separadas como sus vidas;

se diría que la sombra del Galileo, se alza entre ellos, para separarlos como un muro;

aquel hombre, es ya un dios Término, que limita sus corazones;

su palabra, ha caído entre ellos, como una simiente destructora;

la pecadora, inclina la cabeza vencida, como si viese correr la sangre de una herida, abierta en su corazón;

su cabellera en desorden, es como una guirnalda, haciendo halo a sus ojos de esmeralda;

ojos que continúan en llorar;

Judas, impaciente, le pregunta; ¿por qué lloras, María?; ¿las palabras del Cristo, te han hundido en la Melancolía?

—¡Bendita sea su palabra!, dice ella; su palabra ardiente, como una llama; pero, yo no

amo su palabra que me llama; no amo el nimbo obsesional de su tristeza; lo que amo, es su belleza; ¡oh! Judas, ¡cómo es bello el Profeta! ¡cómo son bellos sus ojos de miosotis, y su esbeltez de asceta! sus ojos son dos lagos sin borrascas; ¡ay! pero sin ternuras... o al menos con ternuras anónimas hacia las muchedumbres; las mansedumbres de sus ojos, carecen de fuego; mirando a las mujeres, parece un ciego; dice que no las ama; ¿podrá faltar esa aureola, a su cabeza coronada de ensueños?... ¿qué queda del Hombre sin el Amor?... un alma de crueldad, o un alma de Dolor...

y, calla, la Pecadora, como temiendo al eco de su palabra reveladora;

—Magdalena, le dice Judas, con la voz llena de temblores; tú, que has fatigado todos los amores, ¿por qué hablas ahora así?

¿que ha hecho nacer en ti, la palabra de aquel teómano soñador? ¿qué nuevo amor?

—El amor de la Belleza, que encierra toda la belleza del Amor;

—Ten cuidado, Magdalena, ten cuidado, si la gracia nazarena te ha tocado; yo, romperé ese hechizo; ¡ay del Profeta si se alza entre los dos!...

—¿Qué te hizo el Enviado de Dios?

—Dios no tiene enviados, y menos ese embaucador de muchedumbres, curandero ambulante de la plebe; lo que te mueve hacia él, no es su doctrina, embrionaria y, parabólica, que él llama «palabra divina» ni sus falsos milagros de farsante, hechos para engañar la turba trashumante; lo que te seduce en el Galileo, es su figura; lo que sientes, es el torpe deseo de su hermosura...

—Es verdad, yo no recuerdo sus palabras, no podría repetir lo que ha dicho, pero su

figura, ésa no se borrará ya de mi memoria, con su halo de gloria, y, la fascinación de su ascetismo...

—Magdalena; ten miedo del abismo;

—Para defenderme, yo sola me basto; ¡qué bello debe ser seducir a un hombre casto! ¡el beso de un Santo!

¡qué divino encanto debe sentirse al recibirlo!... ¡al ultrajar su cuerpo; al seducirlo!...

—Calla, Magdalena, calla, tu impudor me da pena, y me fascina; tu lascivia, tiene algo de canalla, que me repugna, y al mismo tiempo me avasalla; tu deseo, por el Galileo, no me da celos; primero gozarás los cielos que él promete, que el primor de su cuerpo; no has de tenerlo; mujeres tan bellas como tú, no han podido vencerlo; inútil ha de ser tu perversidad, vano tu empeño; no ajarás el lirio de su castidad, ni cortarás las alas de su

Ensueño... ven, Magdalena, ven, que yo soy bueno, y aplacaré en tu sangre los ardores que despertó en ella el Nazareno...

quiere abrazarla, quiere besarla, llenas las manos de caricias, y las miradas de imploraciones mudas...

ella, lo rechaza, con brusquedades rudas;

—No, ahora no, déjame esta noche;

—Magdalena, gime él, con cólera y reproche... Magdalena, lo repito, ten cuidado si la gracia del Nazareno, te ha tocado...

ella, calla indiferente a la voz airada, su mirada perdida en el seno profundo de la noche estrellada...

la gran noche, llena de fulgores estivos, que se extiende como una caricia, sobre la gracia núbil de los olivos, y sobre el vago sueño de las cosas, que la luna decora de perspectivas maravillosas;

Judas, herido en su orgullo, es ahora como de nieve;

no habla, no se mueve, no implora las caricias ni los besos;

los excesos del rigor lo hacen rencoroso y, frío;

vuelve el rostro sombrío, y, se va implacable y taciturno... se diría un fantasma, en el confuso resplandor nocturno;

sus pasos suenan en el espacio octagonal, lleno de un silencio sepulcral;

Magdalena, permanece absorta; la claridad de su visión la inunda;

oye la voz profunda de su corazón; tan absorta está en su emoción, que no ve a Judas que se aleja...

a Judas... que va ahogando en su corazón, el estertor siniestro de una queja;

un ruiseñor canta;

su canto llena la soledad, viuda de los amores del sol;

la luna es como una llama de alcohol, prendida en las palideces del cielo...

el vapor del lago, semeja una nube de incienso;

gime el corazón de la Soledad, en los grandes jardines del Silencio...

*

Magdalena, queda solitaria, tributaria de una gran agitación interior;

un fervor de éxtasis, brilla en sus ojos, donde el demonio de la concupiscencia, parece agrandar la sombra del antimonio de Azrrael, que aumenta la transparencia de su piel, hecha febricitante;

la incitante boca, tiembla, ardida por un deseo homicida de ósculos invisibles;

ansias incontenibles agitan sus senos soberanos;

tiemblan sus manos, como palomas enfu-

recidas, y, deshojan los pétalos de las flores adormecidas sobre su pecho trémulo;

un mudo y violento sentimiento la devora... y tiembla como una rosa bajo la aurora...

una aurora en su alma se levanta;

¿qué pájaro divino canta en su corazón?

la sonora canción tiembla en sus labios en celo, como una estrella caída del cielo en las soledades del mar... y arde como la ceniza de la tarde, en el panorama crepuscular;

el alma omnipotente del ausente, llena su soledad, con su blanca y ambigua majestad;

su figura beatífica, parece extender sobre su alma, y sobre la sombra, los blancos pliegues de su túnica; la visión de Jesús, la obsesiona;

la corona de pensamientos de aquella frente triste, la reviste ante sus ojos, de una inmortal aureola;

y, ante esa visión, su alma está de rodillas, abandonada y, sola...

el eco de las palabras del Profeta, suena en su alma inquieta, como una música grave;

ella no sabe el sentido de la parábola mística, pero, es la voz, la dulce voz profética, la voz del hombre, la que suena en los limbos de su espíritu, en una armonía sin nombre;

es la Belleza, la belleza humana de Jesús, hecha de ámbares, de oros y de luz, la que ha vencido la cortesana, que piensa en él, con un deseo inexhausto, con un brutal delirio;

sueña en violar ese lirio, ese divino lirio de holocausto;

y, grita su deseo impotente; asesino como una espada luciente;

—Bello Nazareno, pastor de las almas, que van por las sendas, y, por los caminos, turbando las calmas de los divinos ponientes, y a las gentes dices cosas admirables para sus

fervores, para sus dolores, siempre inagotables;

¡divino romero de la romería más apasionada, ven al alma mía, que está desolada, desde que te vió;

¡hora malhadada!

¿por qué te vi yo?

yo, sé que eres bello, yo sé que eres triste...

no sé qué dijiste, pero, es el destello de tu cabellera, y tu barba blonda, el que yo siguiera por la tierra toda;

no es la primavera de los madrigales, que tú vas diciendo para los mortales en consolación, la que yo codicio...

sobre el precipicio, yo vi los rosales de tu Profecía, abrirse temblando cerca al alma mía...

no son sus perfumes los que busco yo; son tus ojos bellos, llenos de tristeza, tus ojos

azules como dos turquesas, los que yo mirara indefinidamente...

¡soles misteriosos, soles sin poniente, que tienen la sombra, la melancolía, de los grandes astros en la lejanía, en las aguas quietas, cuando muere el día!...

grandes ojos crepusculares, llenos de calmas lagunares...

¡oh tu boca, que provoca las mil ansias del deseo!

¡oh tu boca, Galileo!

tu boca me ha vuelto loca de Deseo...

¡labios rojos, labios tibios! ¡cuántos alivios guardarás para las ternezas!

¡divinas fresas, de las ansias mías! ¡quién las devorara! ¡quién las agotara! ¡quién sangrar hiciera el fresal divino de tu boca en flor!...

tu cuerpo, que tiene temblores felinos, bajo los lirios de tus vestiduras, revela que hay

en él, la fuerza y la vida, del arco enhiesto, y la ballesta tendida; y la virilidad esquiva y bravía, del león joven de la serranía;

y, esa tu cabeza, llena de tristeza, como el monte blondo ceñido de azul; ¡divina colina, donde el sol declina, en excelsitudes de oros y de tul;

¡esquiva cabeza, arca de belleza! ¡quién la abrazara! ¡quién la besara! ¡quién la tuviera sobre este seno, la vida entera!...

¡oh! quién te pudiera ver, rendido al amanecer, tras una noche de amor... temblando en mi seno, ebrio del veneno de mi corazón...

divino Profeta de boca divina; yo no sé nada de tu doctrina, ni quiero saber;

apenas sé tu nombre; y, para mí, no eres sino un hombre, el más bello hombre que ha aparecido en mi camino...

tú eres mi estrella; tú, mi Destino...

yo seguiré tu huella de peregrino; iré para llevarte mis amores, a través de tus sendas de dolores;

seré de la obscura muchedumbre, que va siguiendo tu mansedumbre por los valles y los collados, y te oye en la ribera de los lagos, bajo los grandes cielos estrellados...

oír tus palabras, buscando tras ellas tus labios...

los agravios de mi Deseo, buscarán tu beso, más que tu palabra, ¡oh Galileo!...

... ...

... ...

Brilló la aurora, con luz indecisa, como una caricia de luna sobre la ceniza de un monte recién quemado para la roza... y, halló dormida a la cortesana, como una estrella en el candor de la mañana;

revuelto el lecho;

los brazos cruzados sobre el pecho, como si aprisionara en ellos un escudo...

soñaba que abrazaba la cabeza de Jesús, contra su cuerpo desnudo.

---

*

El cielo opalecía;

temblores de grana tenían los celajes, sobre la lejana fantástica curva de la serranía...

languidecían los blandos paisajes, en la calma suave, calma vespertina, de la hora divina del atardecer...

agonía del día que sucumbía con ternuras de mujer;

en la hora evanescente, la gracia adolescente de los olivos, formaba grupos meditativos, en la pendiente del monte;

horizonte blondo;

sobre el hondo azul del lago, el perfil vago de las nubes, fingía níveos vellones;

el cándido rebaño se obscurecía al borrarse sobre las olas color de estaño;

el valle, era verde, un verde armonioso de baja marea;

a lo lejos, la aldea tranquila, blanca, parecía bañada de calma lunar...

en las faldas de las lomas, las casas que se veían, parecían palomas dormidas en una torre de cristal;

bajo el oro de esa luz, en el paisaje divino, en un recodo del camino, platicaba Jesús;

rodeábalo su público habitual de desarrapados, pobres, campesinos alucinados, mendigos, peregrinos atardecidos por los caminos, pescadores, niños bellos y harapientos, mujeres sencillas, y, algunos espíritus violentos;

sentado en el tronco tumbado de un árbol, doctrinaba;

hacía parábolas y la gente, extasiada, lo escuchaba;

de súbito, por el camino viniendo de Sión, se vió aparecer un grupo de dos mujeres;

la una, marchaba adelante, con un paso grave, rítmico, ondulante...

la otra, la seguía con reserva;

se veía bien que eran, el ama y la sierva;

esta última, traía sobre el hombro una ánfora de cristal, con asas de plata, en la cual hacía visos un líquido opalino;

se diría que aquella ánfora, era una inmensa ágata;

pronto las dos mujeres, estuvieron cerca del gentío que rodeaba al Profeta; la multitud inquieta, se volvió para mirarlas;

la más joven, avanzó confusa, vestida de

rojo, parecia un tulipán, ondulante en la luz difusa...

cubría su cabeza y, su cara, con un velo de gasa transparente;

era insolente, el lujo que traía;

un fulgor de pedrería circundaba sus brazos, y su cuello, y se enredaba como sierpes de luz, en su cabello odorante, como si fuese una flor; se diría, un bosque de amor, que exhalara su olor, en el corazón cobarde de la tarde...

un jardín tenebroso bajo las estrellas;

las huellas de sus pies, parecían dejar un resplandor de oro, bajo sus sandalias, en las cuales, los pies desnudos emergían, como pétalos de azaleas;

a través del velo, se alcanzaban a ver sus ojos fulgurantes, como un cielo, lleno de claridades otoñales; y el cabello reverberante, con una reverberación de trigales en estío...

la muchedumbre la reconoció...

hubo un rumor sordo de hostilidad, miradas agresivas de bestialidad enfurecida; gestos de fiera sorprendida, luego gritos:

—Fuera, fuera, fuera la Pecadora...

las manos brutales se extendieron hacia ella, le desgarraron el manto...

todas las bocas la insultaban, como lobos que aullaran a una estrella...

Jesús, se puso en pie, avanzó hacia el tumulto, para salvar a la mujer maltratada, y dijo:

—¿Quién es esa mujer? ¿por qué la maltratáis? dejadla llegar a mí; ¡ay de aquel que detenga la oveja que viene hacia el pastor! ése verá los lobos, devorar su rebaño y devorarlo a él; porque él, mermó el rebaño de mi padre, y, lapidó la oveja extraviada que volvía al redil;

—Maestro, dijo una mujer; ésa es la Pecadora;

—Y, ¿quién es la Pecadora?

—La Meretriz...

—Y ¿qué es la Meretriz?

—Aquella que prodiga el Amor;

—El Amor... y, ¿cuál de vosotras, no ha dado, no da, o no dará el Amor? ¡ay de aquella que no da el Amor! ¡su vientre estéril, no florecerá jamás! el rayo que secó las higueras del Cedrón, no fué más cruel que la maldición que caerá sobre ella... ¡ay de aquella que ignoró el Amor! ésa ignoró la Vida; y, por haber ignorado el reino del Amor que está en la tierra, ella no entrará al reino de mi Padre, que está en los cielos;

la muchedumbre, remolineando, se había apartado, y, Magdalena avanzó, sola y confusa hacia el Maestro;

su velo desgarrado dejaba ver su rostro

descubierto, enrojecido de emoción; sus ojos tristes bajo la vergüenza; sus labios temblorosos de pasión;

—Ven a mí, mujer, dijo el Profeta; ¿cuál es tu crimen?...

—Señor: yo soy una hembra de Amor; yo, di mi cuerpo a los hombres;

—La mujer es nacida para el Amor, y el cuerpo de la Hembra, es hecho para el cuerpo del Varón; sin eso, moriría el mundo; aquel que se ayunta en amor, ése cumple las leyes de mi padre; y sólo aquel que no se da al Amor, ése las viola; sólo no amar, es crimen en Amor; ¿cuál otro fué tu crimen?

—Señor, dijo una mujer obesa y desdentada, con un resplandor felino en la mirada; ella roba el cariño de los esposos, y los aparta de los lechos conyugales;

—Ella seduce a los hijos de familia, y los

arruina con sus caprichos fatales... dijo otra, con una voz de madre desolada;

—Ella aparta los prometidos de los brazos que los esperan, dijo otra, con una gran voz de pena;

los hombres callaban y, miraban la Magdalena, blonda y luminosa, que a la sombra de un árbol, parecía una rosa, bañada por el rayo de una estrella...

los más jóvenes se agrupaban y decían; ¡qué bella! y la miraban con ojos de lascivia...

en la luz tibia de la hora, era como un imán la Pecadora;

todas las miradas convergían hacia su cuerpo adorable... miradas de odio de las mujeres engañadas, miradas de envidia de las desheredadas de la Belleza, miradas de desprecio, miradas de reproche...

ella, las recibía con la indiferencia fría de la noche;

no tenía ojos, sino para Jesús, y lo miraba, como un faleno fascinado por la luz...

éste, continuaba en hablar a las mujeres hostiles, y les decía:

—¿Por qué queréis lapidar a esta mujer? ¿porque ha amado? el Amor hace puras las creaturas; ¿por qué maldecís esta hija del Amor? ¿de qué vientre habéis nacido que no haya sido fecundado por el Amor, en el mismo gesto que reprocháis a esta mujer? ¿qué pasión os engendró, si no fué el Amor? ¿cuál de vosotras, no ha conocido, no conoce, o no conocerá el Amor? haced excepción de estos pequeñuelos que sin saberlo van hacia él, y, decidme, ¡oh! mujeres de Sión y de Nazareth, de Cafarnaún y de Bethania, ¿cuál de vosotras no ha suspirado de Amor o por el Amor?... ¿cuál de vosotras no bendijo el

Amor, cuando el varón vino a dároslo, y sentisteis palpitar vuestros flancos santificados por la pasión? ¡oh vírgenes que tenéis la castidad de un lis! no maldigáis la Pecadora, porque vosotras soñáis en ser como ella, porque vosotras soñáis con el Amor; si todas vosotras, nacisteis del Amor, vivís en el Amor, ¿por qué queréis lapidar a esta mujer, cuyo único crimen fué el Amor? el crimen vuestro... de vosotras la que esté sin pecado, tiradle la primera piedra... dijo el Cristo, y tomando por un brazo a Magdalena, la empujó violentamente ante la Multitud...

ésta, retrocedió asombrada...

se oyeron rodar las piedras que caían de las manos, como un rosario de guijarros que se hubiese roto, y sus cuentas cayeran a tierra...

entonces, Jesús extendió su mano, hacia la Magdalena, que temblaba, y le dijo:

—Ven, mujer, tú fuiste la ofrenda de la Naturaleza a la Vida;

en ti los hombres conocieron el secreto profundo de la carne;

sobre tu vientre de oro, entre tus brazos de nardo, el hombre gozó el Amor, y, conoció el rito por el cual viven los hombres y los dioses;

tu vientre fué un altar, en cuya ara, se juntaron todos los creyentes, para hacer sus oblaciones; templo abierto a todos los peregrinos de la tierra, a él llegaron los soldados de Siria y los de Roma, los mercaderes de Esmirna, y los del Éufrates, los que vinieron del corazón del Asia, y los que llegaron de más allá del mar...

tú fuiste la fuente, en que el deseo del Hombre apagó su sed;

¡bendito sea ese vientre!...

las mujeres asombradas, retrocedían, se

agrupaban, murmuraban entre sí, como si temiesen que el joven Profeta, hubiese enloquecido, por un hechizo de la Pecadora;

—No os asustéis, mujeres de Judea, dijo el Maestro, porque os digo que todas vosotras, habéis deseado, deseáis, o desearéis el Amor;

todas os habéis dado, os dais, u os daréis a él, porque ése es vuestro Destino, y, la voluntad de mi Padre, os creó para el Amor;

perpetuar la vida por el Amor, es el solo fin de la Naturaleza;

no pecar, es el único pecado en el Amor;

sólo aquella que no peca, ésa es la Pecadora;

sólo aquella que no da el Amor, y no se da al Amor, ésa es la Meretriz... ésa es la amante del Mal, y la esposa del pecado;

su vientre, es una playa maldita, de la cual, el náufrago mismo se aparta con horror...

los pezones de sus senos, son rocas donde se anidan víboras;

sus labios sin besos, son hendiduras de un abismo, donde un viento inmisericorde aúlla perpetuamente...

¡ay de aquella que ignoró el Amor! ésa será ignorada de mi Padre, el día de la Justicia celeste, cuando venga a escoger para sus jardines, las más bellas rosas de los rosales del Amor;

y, en verdad de Verdad os digo, que aquellos hijos de la carne, que maldicen las cosas de la carne, son como lobeznos insumisos, que se vuelven para devorar el vientre de donde acaban de nacer;

ven, viña de Jericó, con cuyo jugo se embriagaron todos los sedientos del Amor;

ven al banquete de la Palabra;

tú también tienes derecho a la Verdad, porque aquel que me ha enviado sobre la tie-

rra, no sabe de las leyes cobardes de los hombres, que castigan el Amor, del cual nacieron;

mi Padre, me ha enviado para decir la Verdad, lejos de los reinos de la Hipocresía;

y, la Verdad os digo;

mi Padre, no odia el Amor, porque él, lo creó;

mi Padre, odia la Iniquidad, el Dolo, la Avaricia, la Mentira, y, para destruirlas me ha mandado sobre la tierra...

mi Padre es la Verdad, y, en su nombre os digo que el Amor, es la única flor de Verdad en los prados de la Vida...

yo, el Enviado de mi Padre, yo soy la Verdad;

yo, soy el Amor...

yo, soy la Vida...

nadie vendrá a mi Padre, que no sea acogido por mí, y puesto sobre mi corazón;

yo, soy la ribera eterna de todos los mares, y, a mí vendrán los náufragos de todas las tempestades de la Vida;

yo, soy el consuelo, y, a mí vendrán todos los tristes de la tierra...

¡ay de aquel que rechaza a su hermano! ¡porque su hermano pecó según la Ley!...

la Ley, es el Pecado del hombre, y sólo aquel que la viola sale del Pecado;

no hay más ley, que la palabra de mi Padre, y, ella no fué escrita por manos de los hombres;

la ley de mi Padre, escrita fué por él, en el corazón de las creaturas, y, toda ley escrita en nombre de mi Padre, Mentira es, y Abominación;

aquel que legisla en nombre de mi Padre, es un Usurpador, como aquel que domina en nombre de mi Padre;

la Ley de mi Padre, y el Poder de mi Padre, dictado y ejercido son por él;

y, él, me envió para revelároslos;

cosas del Espíritu son ellos, que nada tienen que ver con las esclavitudes de los hombres;

el Hombre que hace la Ley, como aquel que la obedece, ambos violan las leyes de mi Padre;

mi Padre, no ha establecido legisladores sobre la tierra;

el Hombre, que ejerce el Poder, en nombre de mi Padre, como aquel que lo sufre, ambos obran contra mi Padre;

el que se elige un amo, y, aquel que es electo por él, ambos son los enemigos de mi Padre;

el Amo y el esclavo, ambos son igualmente malditos de mi Padre...

la Ley, fué hecha por hombres de Mentira,

para reinar en almas cobardes y de perversidad;

el Poder, fué instituído por hombres de astucia y de fuerza, para reinar sobre tierras de miseria y de abominación;

¿en nombre de qué odiáis a esta mujer?

en nombre de la Ley...

¿quién os ordena lapidarla?

la Ley...

y, esa Ley, no es la Ley de mi Padre, que proscribe el Odio, de los límites de la Tierra;

y, en Verdad de Verdad, os digo, que el juez que da la Ley, y el Verdugo que la ejecuta, ambos son asesinos contra mi Padre, y, el día de la justicia divina, ambos serán castigados por mi Padre...

los días van a venir, en que la Iniquidad será destruída;

la del Sacerdote, que habló en nombre de

mi Padre, y, cuya lengua de Mentira debe ser cortada y arrojada a la voracidad de los perros del desierto;

la del César, que dominó en nombre de mi Padre, y, cuya cabeza debe ser cortada, clavada en la muralla, y devorada por los pájaros de presa;

la del Juez, que aplicó la Ley, en nombre de mi Padre, y del cual los ojos deben ser vaciados, y, los miembros esparcidos en el desierto, para que las hienas y los chacales, hagan un ejemplo de Justicia, con aquel que quiso ejercerla en nombre de mi Padre;

los días llegan en que la Justicia del Eterno, será hecha, y la Justicia Divina bajará del cielo, para devorar la Justicia Humana, que es la Madre de la Iniquidad sobre la Tierra;

y, en nombre de esa Justicia Divina, digo:

—Ven, Pecadora, y deshoja tu corona de

pecados, a los pies de aquel que vino a redi mirte; ellos te serán perdonados;

ven, ampárate a la Justicia de Dios, que está al lado opuesto de la Justicia de los hombres;

has amado mucho, y yo, te perdono en nombre del Amor...

y, calló...

Magdalena, avanzó temblorosa, y cayó de rodillas a los pies del Maestro, el rostro contra la tierra... se diría una bandera vencida a los pies del Conquistador...

así estuvo unos minutos, el cuerpo palpitante bajo los pliegues de la túnica, que extendía sobre ella, una caricia de olas...

luego, alzó la cabeza, e hizo señas a la sierva;

ésta se acercó trayendo el ánfora;

Magdalena, la tomó entre sus manos, y la

vasija preciosa, hizo irisaciones de un ámbar incendiado...

después... vertió el contenido sobre los pies del Maestro...

éste se estremeció en un susulto de Voluptuosidad, a la caricia suave de las manos que lo ungían;

un olor penetrante y capcioso se extendió por la atmósfera, como si todos los nardos de los jardines de Arabia, hubiesen reventado en flores...

la atmósfera, pareció hacerse tibia con el perfume; los árboles se balanceaban, como ebrios de él, y una nube de mariposas blancas, atraídas por su encanto penetrante, vinieron a volotear sobre la cabeza del Maestro, que parecía sumido en éxtasis...

aquella palidez de alas, parecía una flora palustre, que se hubiese abierto en el mila-

gro de la tarde, y, permaneciese inmóvil, aletargada por el perfume enervador...

cuando hubo ungido los pies amados, la Pecadora desanudó su cabellera, que se esparció en ondas indóciles sobre la tierra, y, con ella enjugó el bálsamo vertido sobre los pies...

centellaron los cabellos, como una llama suave que lamiera el suelo, y los pies del Nazareno, parecían hundidos en un Tiberiades de oro...

las mujeres, se alejaron poco a poco, taciturnas, como obsesionadas de un sueño extraño;

los hombres, se fueron lentamente, desapareciendo como fantasmas, en la bruma emergente...

... ...

... ...

poco después, la luna pálida, con ternuras

casi carnales de mujer, aparecía en el cielo, iluminando a Magdalena, que, sentada al pie del banco, reclinaba su cabeza rubia, en las rodillas del Cristo, y, sonreía...

la mano de Jesús, se perdía en la cabellera blonda, como en las ondas de un Jordán luminoso y, profundo...

las estrellas lejanas aparecían...

pálidas rosas del Misterio, brotadas de los cielos para una Anunciación...

---

*

Opalescencias de ámbar, con fluctuaciones hialinas de miraje...

diluciones de luz, como de estrellas a través de un ramaje...

blondas líneas que mueren en el suelo, ahogadas por las incertidumbres del cielo que dibuja caprichos femeniles, sobre las floraciones de mayólica...

transparencia acuática de encantos espectral, envuelve los objetos, en una vaga caricia sideral...

en el verdor de la noche, la sala ahogada en una penumbra de vaguedades palustres...

las columnas, las ánforas, los vasos, semejan grandes flores lacustres, dormidas en palideces lácteas...

hay en la atmósfera toda presentimientos de angustias...

mueren unas rosas mustias, sobre un vaso de alabastro...

la luz de la luna, alta, taciturna, muy lejana, entra por la ventana...

lánguida, como un lis que guarda en su broche, todas las palideces de la Noche;

el silencio, es profundo y doloroso, como un gran corazón lleno de presentimientos...

en el cielo remoto, sombrío desfallecimiento de colores; se funden lentamente los matices...

grandes cicatrices rojas, semejan los últimos rayos solares, que mueren tras el misterio de las hojas...

las estrellas, parecen pólipos, petrificados

en el corazón de una madrépora; tienen una palidez calcárea de flores de piedra sobre un muro de cemento;

hora sin movimiento, en que el cielo de zafir, siente el gran sufrimiento de morir...

horas extrañas y, febricitantes;

cosas nacen y mueren, en el seno de un sueño obsesionante...

la sombra va creciendo, poco a poco, como una idea fija en la mente de un loco;

Magdalena, en el fondo de la sala, extendida sobre los cojines rojos, exhala con los perfumes de su cuerpo, toda la laxitud de sus enojos;

los carmines de su rostro, han palidecido enormemente;

una gracia languideciente, de flor enferma se extiende sobre su rostro grave y, pensativo;

un halo meditativo flota sobre ella, como

una corona de ensueños... hecha de nardos sedeños de un divino jardín sin emociones;

las visiones, y los paisajes del pasado, parecen haberse borrado de sus pupilas, ahora mentirosamente tranquilas, como las olas de un pantano insalubre, bajo un lento crepúsculo de Octubre;

su cabellera suelta, cubre la forma esbelta de su cuerpo armonioso, ebrio de juventud, temblando como un laúd, que una mano violenta tratara de romper...

se nota una inquietud imperiosa de mujer caprichosa, en la manera como escucha a Judas, que tendido a su lado, le habla:

—¡El Silencio, siempre el Silencio, Magdalena!... ¿el Silencio es el nimbo de tu pena? el Silencio es un escudo tras el cual se esconde la Traición... ¿por qué tu labio mudo, no responde a los anhelos de mi corazón? ¿por qué huyes de mí?... ¿por qué te escon-

des? ¿por qué si te pregunto, no me respondes?... ¡el Silencio, siempre el Silencio... los labios de piedra de la Esfinge!... ¿qué es lo que oculta tu corazón? ¿qué es lo que sufre, qué es lo que finge?... ¿qué sepulta el Silencio en la tumba incitante de tus labios? ¿por qué haces a mi pasión tantos agravios? Magdalena, tu conducta me da pena; tú me olvidas, Magdalena, tú me olvidas; ¿qué se hizo el goce ardiente de nuestras vidas?... ¿dónde nuestra ventura? sus despojos brillan apenas en el cristal ardiente de tus ojos; sobre la cima de tu pensamiento no reino yo; el viento de tu inconstancia me arrebató de allí; otro Amor ha detenido el vuelo bajo las tempestades de ese cielo; tú amas a Jesús el Nazareno; el vagabundo desarrapado y, miserable, te ha intoxicado con el brebaje sutil de su palabra; ¿crees que ignoro que desde el día en que lo viste, tu cabellera es como una

bandera de oro, que va siempre en pos de su sombra triste? tú sigues por todas partes su cortejo, eres como el reflejo del teómano am bulante, mezclada a la corte repugnante de sus mendigos, de sus enfermos, de sus rateros; se te ha visto seguirlo por los senderos que llevan a Bethania, a Nazareth, a Tiberiades; has ungido sus pies con bálsamos que te costaban un tesoro; has repartido, tu oro, tus piedras, tu riqueza, para aliviar la pobreza de la turba que sigue al farsante iluminado; todo lo has dejado por seguirlo, o mejor dicho, por perseguirlo; tu belleza, va como una esclava vencida, siguiendo el carro fatal de su tristeza; todo Sión, sabe ya, tu gesto histérico que te ha llevado en pos del Cristo clorótico y locuaz; y, todo Sión ríe, de este gesto de tu histeria, que muestra toda la miseria de tu perversidad; todos en la ciudad saben, que tú no amas del andrajoso vi-

sionario, el sueño estrafalario de rebelde, sino el estremecimiento armonioso y nuevo de su cuerpo de Efebo; todo Sión, ríe de tu conversión, porque todos saben que es una exasperación de tu sexo, una nueva prostitución, un refinamiento de vicio, que te lleva en pos del Profeta, al cual sospechas virgen, y quieres gozar esa virginidad; que es el gesto brutal de tu erotismo, el que te lleva hacia aquel pobre loco, entregado a la manía del catequismo; que de ese pobre ser de degeneración y raquitismo tú no amas la doctrina, que se dice divina, que lo que amas en él, son sus ojos, azules como abedules, y, su cabellera color de miel; lo que amas de su boca blasfemadora y loca, no es la palabra negadora, irreverente, llena de excesos, lo que amas de esa boca son los besos... los besos esquivos, que tú crees dormidos entre los rojos labios pensativos... tú no amas de esa mano, el ges-

to soberano que bendice, prometiendo el reino de los cielos, tus anhelos, buscan en esa mano otras delicias, buscan las caricias libidinosas, que podrían darte esas manos inexpertas educadas por ti; ¿no es eso lo que buscas? di...

—¿Eso dice Sión? tal vez Sión tenga razón... yo, sólo sé que es en los ojos de Jesús, que he visto por primera vez la luz... es en los ojos de ese iluminado, que he visto borrarse mi pasado, y, como la luz de una estrella sobre los montes, es en ellos, que he visto alzarse los infinitos horizontes del Amor, y del Perdón... oye, Judas, oye, y no me importa lo que puedas juzgar de mi pasión; yo era la prisionera de mi vida, yo era la vencedora encadenada a su victoria, era la pantera harta de devorar los corazones... pero soñaba... soñaba con encontrar las emociones, no reveladas aún a mi cuerpo harto de caricias; soñaba con las delicias espirituales, que ha-

bían de fluir de las manos carnales que acariciaran, mi cuerpo pecador; yo, la vendedora de Amores, soñaba con el Amor; loba dormida en un lecho de flores, que soñaba en los cielos otra flor... todas las opulencias de mi perversidad, no alcanzaban a embellecer las tristezas de mi soledad; yo era como la catecúmena de la Revelación; yo vivía en espera del Milagro; del Milagro que viniera a despertar mi corazón; mi corazón que vivía en mi pecho, como un áspid dormido en una urna de cristal; mi corazón, que sentía la llaga de su virginidad, roerlo, como un cáncer fatal; yo, la mujer, que había sido la esclava del Placer, yo era la virgen del Amor; mi cuerpo había sido como un mar, agitado por todos los vientos del Deseo, y, mi corazón dormía intacto como un lotus, crecido en las orillas del Leteo; mi corazón vivía en la gracia, en la oración perenne de Amor; y esa vir-

ginidad, me era un dolor... el dolor de una herida cruenta, que sangraba en mi soledad... mis grandes noches calladas lo supieron, cuando en mis pupilas fatigadas, se reflejaron las cabezas de todos aquellos que me amaron, y, no se reflejó nunca en ellas, con su divino resplandor de estrellas, el rostro del Amor; ¡cuántas auroras, me hallaron esperando la aurora de la Revelación!... la hora en que se había de abrir mi corazón, como una rosa en el sueño de la Noche prodigiosa, aprisionando en él, el Amor, como la flor cierra su broche sobre el insecto zumbador, y lo aprisiona y lo devora;... y al fin llegó la hora; y yo vi el rostro del Amor, lleno de claridades, entrar en la Noche tenebrosa de mis soledades; en esa Noche, en el fondo de la cual, yo parecía una muerta; y sentí por primera vez, que había la Vida, llena de esplendidez; que había miradas interiores, lle-

nas de encantación y de fulgores; Judas, yo he visto el Amor, y desde entonces, no quiero saber nada de los Amores; he ahí, por qué me he negado a verte, a recibirte; he ahí por qué he consignado a todos mi puerta, la puerta de esa soledad en que yo yacía como una muerta; y en la cual, hoy de pie, sigo las huellas del Sol, que he hallado en mi camino... Judas, ¡ten Piedad de mí!... ¡ten Piedad de mi Destino!... ¡ten Piedad, de la pobre Pecadora, en cuyo corazón ha nacido una aurora!...

y, como dos palomas blancas, que se juntasen por el pico, combas y suaves, sus dos manos se juntaron sobre el pecho, en actitud de súplica;

Judas, torvo, inmóvil, llenos los ojos de orgullo humillado, y, de coraje, la escuchaba decir y, la miraba...

Magdalena, sentía la atroz torsión de esa

mirada, de esos ojos ardidos y sin piedad; ¿cómo pueden ser piadosos los ojos que han llorado de Amor? el Amor y la Piedad se excluyen;

un silencio hostil, los envolvía...

en los labios de Judas, apareció una sonrisa amarga, sin sonidos, que dejaba ver los dientes feroces de lobezno; sus labios temblaban, en la contracción de esa sonrisa falsa, que tenía todo el dolor mudo de una herida, y, el amargo salobre de una copa repleta de lágrimas...

Magdalena, temblaba como si sintiese correr bajo sus cabellos, el escalofrío de la muerte, o viese sobre su seno desnudo, la punta de un puñal; los cristales amortiguados de sus ojos, suplicaban en una muda imploración ardiente...

con una voz que salía lenta, por entre los

dientes apretados, voz, llena de instintos crueles y dolorosos, Judas dijo...

—Convertida, ¿eh? ¿viaje de nupcias con Jesús, y hacia Jesús?... ¿olvido del Pasado, renuncia de la Vida? ¿eso es lo que tienes que proponerme? ¿eso, y nada más? ¿en nombre de quien? en nombre de Jesús, el carpintero de Nazareth, hecho tu amante por un decreto imperioso de tu sexo insaciable y voltario?... ¿crees tú, que yo estoy dispuesto a retirarme, a ceder a tu capricho, a dejarte sin luchar, a darle el puesto en tu lecho y en tu corazón al rival descamisado, que los sueños de tu histeria, han elegido para reemplazarme? ¿crees tú, que yo he reñido con mi padre por ti, he hecho llorar a mi Madre por ti; he mermado mi hacienda por tus caprichos, me he deshonrado recibiendo el oro de los romanos, para adornarte con él, he aceptado un puesto en la Administración, y me he hecho

el amigo del Pretor, y el amigo de Roma, sólo para poder satisfacer los caprichos de tu opulencia; para verte cubierta de telas de Tiro, y de Sidón, y ver tus cabellos y tu seno, fulgentes con la luz de crisolitos y de beriles de ágatas, y de turquesas; y, todo eso para que un día, me pongas a tu puerta, y entre por ella un pobre loco, jefe de una turba inquieta de rateros y de merodeadores? ¿yo, Judas, hijo de Absalo de Kerioth, noble en Judea, y ennoblecido por los Césares; yo joven, yo rico, influyente en los destinos de la Tetrarquía, y en el Gobierno de la Provincia, voy a ceder sin resistencia el puesto, al plebeyo afortunado, al charlatán de ferias y embaucador de multitudes, del cual sueña tu lascivia hacer un amante?... te engañas, Magdalena, te engañas; en vano cerrarás tus puertas, yo, siempre llegaré hasta ti; en vano te irás tras de él, yo siempre seguiré tus huellas; yo te arran-

caré de sus brazos; yo te libraré de sus hechizos... ¡ay del pobre Jesús, si en su vanidad quiere alzarse en mi camino!...

¡ten piedad de él, Magdalena, ten piedad!...

—Judas, sé bueno, sé generoso... olvídame... es tan dulce el Olvido a los corazones lacerados... tú eres joven, eres bello, eres rico, encontrarás muchos amores, muchas mujeres se disputarán el tuyo, ¿qué te importa el cuerpo de esta pobre mujer que fué de todos, y que todo lo dió a ti, sin poderte dar su corazón?... ¿qué te importa ese, a quien tu llamas loco, y cuya locura se alza en las claridades nuevas de mi Vida con un frescor de Aurora? déjanos vivir, vivir en paz, este minuto amable y tardío; déjame gozar la sombra amable de esta hora consoladora que ha caído sobre mi corazón; déjame beber el agua clara de ese manantial, tanto tiempo buscado,

en el cual, hoy se refrescan mis labios, y en cuyo espejo tranquilo, tiembla mi rostro fatigado de lágrimas... deja partir mi alma, para la bella excursión a los cielos lejanos donde quiero olvidar, lo que fuí ayer, lo que soy hoy, lo que seré mañana; déjame oír la música de la esperanza, la hermana de mi niñez, esa música que por primera vez hiere mis oídos; música hasta hoy ausente de mi Vida; sus melodías me embriagan y en medio de ellas, no oigo sino la voz... la divina voz que ha despertado mi alma a la Vida, por el Sortilegio del Amor...

—Magdalena, un frío puñal es tu lengua... me asesinas... tus palabras me lastiman... ellas caen sobre mi orgullo, como la fusta de un foete en las ancas de un caballo... ¿cómo, deslumbrado por el vértigo de tu amor, aun puedo oírte? y ¿oírte, sin matarte o sin matarme?... Magdalena, yo he bebido el licor

de tus amores, y estoy loco; por mis ojos, yo he apurado tu belleza, y estoy ciego... mi ventura estaba puesta en tus manos de cristal, ¿por qué la rompes? Magdalena, yo te he amado y te amo aún; la llama ardiente de tu amor arde en mi pecho y lo consume... ¿por qué retrocedes ante ella? ¿por qué sientes el espanto de su luz?... Magdalena, esa llama fué mi aurora; cuando te vi, yo no conocía la mujer sino como Madre; a mis ojos de niño, tú revelaste la hembra; yo, era salido apenas a los umbrales de la adolescencia, cuando te vi un día, enguirlandada de rosas, como una primavera, ornada de pedrerías, como una Noche fatigada de estrellas; pasaste ante mis ojos cándidos y ávidos, deslumbrados del fausto centellante, en la confusa adivinación de las carnes, bajo el poniente de oro flúido de tu cabellera suelta; mi deseo vírgen, te siguió en la hora embalsamada y silenciosa;

eras entonces la amada del Tetrarca, ¿quién podía levantar hasta ti los ojos?... te borraste de mi vista, pero, no de mi corazón; y, tu recuerdo, fué ya, una rosa de ventura, que ningún viento pudo desflorar en mi Soledad; él se alzó por sobre las purezas de mi corazón y las ahogó todas...

tu mirada de leona, vió claro en la inerte desnudez de mi corazón, y me seguiste con los ojos; el hambre atroz de tu carne deseó mi adolescencia; así me lo confesaste luego; eso, no pudo ser por aquel entonces... pero, pocas veces florecieron los almendros en los prados, antes de que nos encontrásemos de nuevo, en el tranquilo ardor de una hora meridiana... fuiste mía; la onda ardiente de mi vida te ahogó en su tumulto... desfloré sobre tu seno la corona de mi juventud, y, sus rosas tenían un triste olor humano; la barbarie de mis labios insatisfechos, lastimó la corola de los tu-

yos, semejantes a una gran herida, en cuyo fondo durmiesen crisálidas blancas; en tus brazos, anudados como dos serpientes, sobre mi cuello, dejé todo el candor de mi juventud altiva y fuerte; toda una sucesión de albas me sorprendió dormido sobre tu seno florido, como sobre una almohada de nardos, y el dulce aroma de tus pechos erectos, fué el heraldo que me despertó en muchos días, recordándome el jardín en que me había dormido, y enseñándome de nuevo el sendero de las caricias secretas; ¡boca suave, boca dulce, boca roja que hoy me insultas! ¿no fuiste tú quien me enseñó las palabras primeras del Amor?... ¿quién me enseñó los besos infatigables sino tú?... y, ¿esa boca que me enseñó el Amor, me ordena hoy el Olvido?... el Olvido duerme en tu corazón, Magdalena, por eso olvidas que en la llama blonda de tu cabellera, quemé algo más que mi Amor, quemé mi

Vida; en ella quedaron enredadas por igual, las lágrimas de mi Madre, las maldiciones de mi Padre, y los jirones de mi propio honor... olvidas que para poseerte, yo agoté los ahorros en el arca de mi Madre, y las bondades en su corazón inagotable; que para amarte, yo tuve que reñir con mi Padre, y sentir sobre mi cabeza el rayo de su cólera, que aun vibra; que, expulsado de la casa paterna, tuve que apelar para sostenerte, a las gracias del Pretor, poniéndome a su servicio, para sobornar la juventud hebrea, y llevarla conmigo a hacer corte a los haces de Roma, que amenazan substituir la bandera roja del Tetrarca; que las lágrimas y los ahorros de mi Madre, fueron oro para ti; que el Amor y la cólera de mi Padre, fueron oro para ti; que la libertad de mi Patria y de mi Raza, fué oro para ti; que mi Honor, fué oro para ti; que yo amonedé mis amores y mis vergüenzas, y con ese oro

adorné tus senos y tus brazos, ceñí tu cuello y, coroné tu cabeza... olvidas todo eso... y, hoy arrojas el recuerdo de esas cosas mudas, que ya no te dicen nada; toda esa floración de mi Amor, de mi Dolor, y de mi Vergüenza; mi ventura destruída, mi destino trunco, mi juventud deshonrada, para arrojarme con esos despojos de mi Vida, fuera de tus puertas, y de tu corazón... y, ¿crees que yo te dejaré hacer? ¿que voy a obedecerte? ¿que voy a someterme a tus caprichos, y a dejar vacío mi puesto en tu casa, y en tu lecho, para que venga a ocuparlo el sucio visionario que tus ardores de hembra han escogido para saciar los deseos de tu cuerpo, tan miserable y tan hermoso? ¿lo crees?

—¡Ah, Judas! no despiertes en mi corazón, las miserias del Pasado, que duermen en él; sus miasmas pútridos, me hacen mal... no remuevas el estercolero de nuestras vidas; es

asfixiante; tus palabras sin música, tus recuerdos sin encantos, me dan horror... la gran suavidad de mi hora presente, no da lugar al eco del Pasado en mi corazón;... no hay lugar para esas rosas ajadas, para esas rosas muertas; en este mi jardín de hoy, abierto en plena primavera, bajo el esplendor de cielos vírgenes; deja dormir al Pasado su sueño de muerte; ¿existió ese Pasado? yo, no quiero saberlo; no lo sabré ya; él, ha muerto para mí, y yo he muerto en él; soy un cadáver sepultado en su corazón; nada ni nadie hará revivir ese Pasado; es vano tu empeño de llamar a mi corazón, con el martillo del Recuerdo; mi corazón no responderá; no te conoce, ignora el eco de tu voz, porque tú no estuviste nunca en mi corazón; te dormiste sobre él, pero, no entraste nunca en él; nadie entró jamás a esa Soledad; hoy, por primera vez, el ave del Amor, llega a ese nido, y, nadie podrá

destruir ese amor, que llega como una ola blanca sobre la mar serena...

—Yo, lo destruiré; yo; ¿crees que mi alma está dispuesta a morir pacientemente, sobre esas rosas del Pasado, que tu mano deshojó y, que hoy quieres dejarme como única herencia?... sus pétalos mustios, dan aún bastantes perfumes para embriagarme con ellos, y, esa embriaguez me alienta a reconquistar el jardín en que nacieron, y a expulsar de él, al invasor que quiere arrebatármelo, y, lo expulsaré con mayor violencia, que la que él, usó hace poco, con los pobres viejos que vendían baratijas en los pórticos del templo; ¡ah Magdalena! ten piedad de él; ten piedad de mí; mi corazón era un león domesticado por el Amor.... ¡ten cuidado, si el león vuelve a la selva y torna a ser feroz!... no hagas el gesto que liberte al león... Magdalena, no me arrojes lejos de ti; no me arrojes de tu co-

razón; él, fué el nido de mi ventura; ¡cuida que nadie venga a posarse en él, porque yo destruiré de un solo golpe el nido, y, la pareja enamorada;

—Judas, nada puede la amenaza, contra un corazón que se abre a la ventura; ¿qué palabra de Amor te podría yo decir, que no fuera una traición a mi corazón? ¿por qué quieres ser engañado?... expúlsame de tu corazón, y, que nuevas músicas lo llenen, con el esplendor de sus serenas melodías, y el encanto de sus ritmos tiernos; otras cabelleras de luz, se extenderán sobre tus noches, haciéndole un *velum* de voluptuosidades, bajo el cual lidiarás los combates del Amor; aun te esperan la inquietud y las delicias de muchas horas de pasión, y muchos amaneceres sobre la púrpura muerta de vencimientos gloriosos... en otros ojos hallarás paisajes desmesurados de ventura, que no pueden darte

ya los míos cerrados para otra luz, que no sea la que viene de aquellos ojos de cielo, ante los cuales palidece el firmamento, y, se hace triste como un lago de cenizas; déjame en mi soledad; déjame vivir para el desarrapado de Nazareth, que ha despertado mi corazón; déjame ser la sombra de ese lis, y, la almohada de esa cabeza, que no ha tenido hasta hoy para reclinarse, sino las duras piedras del camino...

—Y, ¿Jesús te ama? ¿Jesús el casto? ¿Jesús el Santo? ¿aquel que predica la castidad como la más alta de las virtudes de la Vida?... ¿el «Hijo de Dios», ha puesto sus ojos en una creatura de la tierra? ¿el Rey de los Judíos, ocupa tu lecho?... ¡Salve, Reina de Judea! ¡Salve!...

y, se inclinó en una reverencia ultrajante de comicidad, con toda la hiel del Sarcasmo, en los labios coléricos...

Magdalena, sintió el bofetón de esas palabras, y, con melancólica reflexión, cual si hablase consigo misma, dijo:

—¡Que si me ama él!... ¿lo sé yo acaso? mi corazón no se ha preguntado eso; a mi corazón le basta amar; el río de mi amor, no se ha preguntado si lo ama la selva en cuyo seno va a desbordarse y a vivir; al río le basta besar el seno de la selva, reflejar su belleza, y ser su himno; así mi corazón; ¿no vive en él, mi amor? ¿qué más puedo pedirle sino que viva? ¿no es él, el alba primera que ha fulgido sobre mi alma? ¿que más puedo pedirle al cielo donde brilla esa alba, sino que todas las estrellas, de todos los firmamentos, brillen sobre él, perpetuamente en un frenesí de exaltación?... ¡ah Judas! déjame amar; déjame vivir; por el encanto que te dieron mis labios; por el calor que te brindó mi pecho; por el placer que te dieron mis carnes;

déjame amar; déjame vivir; en tus brazos agoté el placer; en los de Jesús quiero agotar el Amor; déjame amar...

—Magdalena, devora esa palabra, que ha debido quemar tus labios mentirosos... que devorada sea por tus labios perjuros; que la trague tu garganta de serpiente; ¡ah! ¿tú no me amabas?... y, sin embargo, me jurabas Amor; el Amor era la canción de tus labios falaces; me hablabas de amor, cuando temblabas en mis brazos, como una loba insatisfecha; cuando ansiabas nuevos besos; cuando deseabas un vaso de Corinto, un tapiz de Bagdad, un crisopasio de Sedom, un brazalete trabajado por orfebres edomitas; me lo mentías con las sardonias de tus ojos de tigre lujuriante, cuando yo hacía el gesto de huir de ti, oyendo los reclamos de mi honor...

—Judas, perdóname, yo, creía que ése era el Amor; yo no conocía otro; tarde me ha sido

revelado; tarde he entrado en él; ¡ten piedad de un corazón que se despierta tan tarde, a la hora del crepúsculo, cuando la cauda del Sol, se enreda a la cabellera de la Noche, que aparece; olvida mis besos, ya que no puedo devolvértelos, como te devolveré las pocas joyas que me quedan, aquellas que no he vendido para aliviar la miseria de la turba que sigue al Galileo, desarmar su hostilidad, y, vencer la codicia de sus apóstoles, para que me permitan estar cerca de él, sin incitar la chusma contra mí; ¿qué me importan ya las telas, las joyas, las piedras multiformes que antes hacían aureola a mi belleza? yo, iré vestida con la sola túnica de mis carnes y, la sola diadema de mis cabellos, y le diré: «Tómame así, como salí del vientre de mi Madre; yo, te traigo la virginidad de mi corazón; desgárrala, ¡oh mi Salvador!... yo no llevaré a él, otras joyas que el oro de mis ca-

bellos, las esmeraldas de mis ojos, los rubíes de mis labios, las perlas de mis dientes, y el collar de ámbar de mis brazos; de todas mis riquezas, yo no me reservo sino los óleos y los bálsamos, para perfumar con ellos, la cabeza divina, que he de reclinar sobre mi pecho, y ungir los blancos pies de peregrino, cuando me tienda ante ellos, como una perra lasciva, que adora y lame los pies de su Señor; que pasen sus pies sobre mí; que me pisen; que me ultrajen; yo seguiré sus huellas donde ellos vayan, aunque sea más allá de los confines de la tierra, donde ya no alumbran las estrellas, ni tienen voz las olas de los mares...

—Magdalena, tú estás loca, Magdalena, vuelve en ti; aun tenemos largas horas de ventura ante nosotros; aun podemos vivir un sueño de amor, de libertad, de pasión; aun podemos ser felices... el rosal de nuestro Amor, que hoy tiembla bajo un viento hostil

y malo, reflorecerá de nuevo, y nos coronaremos otra vez de sus flores atrevidas; el placer nos mecerá de nuevo, con su salvaje sinfonía de besos, y, la música de nuestras caricias, estremecerá el vientre de las noches calladas; viviremos de nuevo, las mil vidas recónditas de que el Amor se nutre, y, que florecen en una interminable floración de cosas vírgenes; yo te envolveré en mi Amor, como en las ondas de una mar furtiva; yo, devoraré de nuevo tu corazón;... y, acercándose a Magdalena, con un gesto de felino que se lanza sobre la presa, la tomó en sus brazos, gritándole con una voz que parecía estrangulada por el sexo:

—Déjame besar tus ojos, tus ojos que vieron mi alma, y, son los soles de mi soledad; déjame besar tus cabellos, que fueron el oro de mis cielos, y, la púrpura de mis noches, el paládium de mi destreza, y, la tienda a cuya

sombra me dormí después de las batallas, estandarte luminoso, que hoy quieres arrebatarme, para hacerlo flotar en otras manos;... déjame besar tu garganta, nido hecho de plumas de ánade y pétalos de magnolia, y, donde tantas noches, cantó para mí, el ruiseñor de tu palabra; déjame besar tus senos, las ánforas de marfil, las dos azaleas divinas, que mis labios empurpuraron tantas veces, y a cuya sombra me dormí, como un niño recién desmamantado...

y, diciendo así, hizo el gesto de besarla, y, acercó a ella los labios con lascivia;

Magdalena, rechazó el abrazo brutal que la ceñía como dos garras, y, esquivó los labios ardientes que la buscaban como dos belfos de león...

—No, no tomarás mi cuerpo, que ha sido hasta ahora, la inmunda prisión de mi alma; nada despierta en mi corazón el eco de tus

palabras, lleno de un soplo carnal, malsano, como el perfume nocturno escapado de un estero; yo huyo de ti como un peligro, como de una maldición, como de un miasma...

—No, no huirás de mí; no podrás escaparme; yo, te llevaré conmigo, te encerraré como una esclava, en una prisión donde no tengas más luz que la de mis ojos, que tanto has hecho llorar, ni más lecho, que este corazón, que ahora desgarras; este corazón que tanto te ha amado, que te amará siempre, aunque no tuviera otra esperanza que la de cortar tu cabeza, para ponerla sobre él;... nadie te librará de mí; nadie...

y, hecho tierno, conmovido hasta las lágrimas, cayó de rodillas, tomando una mano de la mujer entre las suyas...

—Un beso, Magdalena; un beso; olvidemos la pesadilla de tus palabras, y, seamos como antes; que nuestros cuerpos parezcan

un solo cuerpo, y, nuestras vidas, formen una sola vida;

y, se abrazó a sus rodillas con furia salvaje; y, quiso traerla a tierra, loco de besarla y, poseerla;

hubo un instante de lucha, corta y feroz, como la que precede al ayuntamiento de dos gatos en las tinieblas...

Magdalena, logró desasirse del abrazo, y escapó con las ropas desgarradas, y el cabello en desorden, hacia el aposento vecino; gritando:

—¡Jamás! ¡Jamás!...

y, su voz tenía los tremores del aullido de una loba en la Noche...

Judas, la siguió, desnudando el puñal, que llevaba al cinto...

y, se oyeron pasos acelerados en la sombra; ruido de muebles... estertor de lucha;

y, desgarrando el vientre del Silencio... los grandes alaridos de la mujer violada.

*

El ensueño y el encanto de los cielos, se vierte como una copa de perfumes sobre la Tierra;

la tarde tiene el alma de un ópalo;

el azul atenuado del espacio, presiente la caricia violadora de las estrellas;

nieves virginales, las nubes en el éter profundo;

magníficamente ebrios de luz, mueren los paisajes sin esfuerzo...

la ternura equívoca de la hora, lo envuelve todo en una complexidad extraña de caricias;

la calma armoniosa de los campos, saturada de efluvios de Voluptuosidad...

los lises de los cielos, ornamentan el crepúsculo, con su gracia inmortal, como grandes antorchas nupciales, esperando el paso de una Prometida, hacia el altar;...

las ondas del lago florecen de espumas, como besos de labios turbados...

cantan las ondas, su canción azul...

el llano verde, enrojece en la púrpura del Sol, con una gracia ambigua de andrógino...

en el encanto perverso de la hora, se ve la silueta de Jesús, marchando sobre el llano pensativo...

en la paz de los campos, se diría, una anémona de cristal, que se moviera, llena de una luz flúida;

las palideces de su rostro, y de su túnica, son una blancura más, en la blancura verdácea, de la hora vespertina;

se detiene a la sombra de un olivo, cual si prestase oído atento a la melodía de las brisas que mueven el ramaje...

inclina la cabeza, como el síncope de un lis, en el horizonte alga-marina, lleno del polvo de oro de la tarde;

su alma de Poeta, se baña en el crepúsculo emergente, como en una dilución de rosas del Ocaso;

el campo extático bajo el beso enervante del silencio...

el hipnotismo azul violeta de la hora, extiende en un sueño sin dolores su manto luminoso de zafir...

el Cristo, sueña, junto al olor núbil de los rosales...

de súbito, cerca a él, entre el boscaje, se siente un ruido leve, como el de una corza oculta;

el ramaje se entreabre, y, una forma apa-

rece, blanca y tenue, como envuelta en un áureo resplandor; semejaba un cisne con alas plegadas, alas de oro;

el Cristo, indiferente, la mira aparecer;

—¿Quién eres?, interroga calmado;

la aparición quita el velo que oculta su cabeza, y, un halo de luz inunda el paisaje;

—Magdalena, dice el Cristo, pugnando por aparecer sereno.

—Maestro, murmura ella.

—Mujer, ¿a dónde vas?

—En tu busca, Señor.

—En busca de mi Palabra; porque yo soy el pan del menesteroso, y la fuente del sediento; yo soy, aquel que salva.

—¿Por el Amor?...

—Sí, por el Amor.

—Maestro, ¿qué es el Amor?

Jesús, miró a la Pecadora con ojos de Piedad.

—Desgraciado de aquel, dijo, que ignora lo que es el Amor...

—Maestro; ¿tú conoces el Amor?

—Del Amor nací; para el Amor vivo; y, he de morir por el Amor; yo soy el Amor; quien dice Redentor, dice Hombre de Amor; aquel que redime, es porque ama; darse a los otros o por los otros, eso es Amor; todo amor no es un Sacrificio, pero, todo Sacrificio es un Amor; y, yo he venido a sacrificarme por los hombres; es decir, he venido a morir por el Amor; yo soy el Salvador, y sólo el Amor salva; quien dice Dios, dice Amor; y mi Padre, que está en los cielos, Amor es;

Magdalena, lo mira y lo escucha extasiada, como si absorbiese al mismo tiempo por los ojos, y, por los oídos, por todos los poros de su cuerpo, la belleza del rostro y la de las palabras; era una devoración lenta y golosa, hecha de todos los refinamientos de la carne, y

los del espíritu, la gran voluptuosidad sensorial, del que escucha en el silencio de la noche una música de Amor; había una tristeza infinita en sus miradas, como la de un prado bajo la lluvia, donde todas las flores ultrajadas aspiran a revivir...

—Señor, vuestras palabras son más suaves, que los aceites de la Siria, y, más olorosas, que los azafranes de Mesopotamia; ellas curan nuestras heridas, y las perfuman; benditas sean las palabras de tu boca melancólica que se abre sobre la Vida, como el portal del templo de la Misericordia; bendita sea tu voz, que tiene la dulzura de una flauta de Jonia, sonando bajo un bosque de laureles; benditas sean tus manos que tienen la nítida blancura, y, el suave calor de una paloma que vuela sobre los llanos de Amatonte; bendita la mirada de tus ojos, que tienen el azul profundo de las noches, y, tienen su candor; ben-

dita la palidez de ámbar de tu rostro, que lo hace aparecer bajo la sombra de tu cabellera, como un nenúfar fluvial a la sombra de un sauce, bañado en el oro de la tarde; bendita la esbeltez atractiva y, misteriosa de tu cuerpo, que semeja un junco lagunar, besado por el rayo de la luna; bendito el calor de tu túnica blanca que semeja en la sombra, el resplandor sideral de un rayo de oro en el candor de una anémona silvestre; ¡ah! déjame besar el extremo de tu túnica, bandera de Vida Eterna, blanca vela de la Esperanza, donde está el Piloto que vence todos los equinoccios, y, doma todas las tempestades;

y, cayendo de rodillas hace el gesto de tomar en su mano, el extremo de la túnica para besarla...

hay tanto calor en las palabras de la Pecadora, que el Cristo retrocede, lleno de una turbación extraña, cual si el calor de esas pa-

labras le envolviesen el cuerpo, como una llama...

Magdalena, que siente huir de entre sus dedos, el lino de la túnica, que ya aprisionaba, deja caer su cabeza desfallecida sobre el brazo, y, así con el rostro contra el suelo, extendida por tierra, bajo la cabellera luminosa, a los pies del Maestro, semeja una zarza incendiada, en lo más hondo de un monte, un arroyo de lava ardiente corriendo en el corazón infinito del crepúsculo...

—Mujer, dice el Cristo, con una voz turbada por emociones inconfesadas, y, que pugna en vano, por ser segura y grave... esclava de la carne y del Pecado, tú no sabes lo que es el Amor; tu carne sufriente, pide el bálsamo que la cure; tu alma prisionera pide la Libertad; paloma cegada por las llamas de un incendio, yo te daré nuevas pupilas para que veas un nuevo sol; al contacto de mis pala-

bras, como al contacto de mis manos, abrirás los ojos...

—Para mirarte, para contemplarte, Señor; el Milagro está ya hecho; yo estaba encadenada y tú me libraste; yo, era muerta y, tú me has resucitado; del fondo de mi sepulcro, yo tiendo mis manos hacia ti; es verdad, tú eres el Cristo, porque tú curas a los leprosos, das vista a los ciegos, y, haces alzar los muertos del fondo del sepulcro; yo doy testimonio de ello; yo, era leprosa del espíritu y tú me has sanado; yo, era ciega del Alma, y tú me has dado ojos; yo, era muerta para el Bien, y tú me has dado Vida;... y, todo por tu amor, y, para tu amor, sin el cual, yo volvería a mi lepra, a mis tinieblas, y, a mi tumba...

y, la Pecadora se arrastra de rodillas ante el Cristo, que retrocede...

—Mujer, el hálito de tu cuerpo de pantera odoriferante, me hace mal; apártate de mí;

no tientes a aquel que ha venido para salvarte; ve, mujer, dobla la cabeza audaz, violada por todos los soles del Pecado; oculta la cabellera reverberante, llena de acres aromas; vela la mirada de esos ojos espléndidamente verdes, como una mar lasciva y pérfida; cubre tu rostro de tentación, flor viviente llena de la embriaguez de los deseos; macera tus carnes; entra en penitencia; sólo así podrás ser salvada por el Amor que buscas...

y, cuando el Cristo habla así, tiembla, como si la palpitación de todos los mundos temblara en sus palabras... y, aparta los ojos de Magdalena, como temeroso de ver bajo el cóncavo cielo, aparecer el esplendor de su cuerpo desnudo...

y, ésta, murmura con una voz de susulto, que semeja una música grave, bajo el esplendor difuso de sus pupilas glaucas;

—Señor, todo lo haré por tu amor, que me

sonríe divinamente, desde el fondo de un cielo de caricias; más radiante que todos los orientes, donde tiembla el reflejo deslumbrante de soles vírgenes; yo, velaré las gemas vivas de mis ojos, de modo que nadie las vea, y sólo tu imagen se refleje en ellas, como una estrella pálida, en el silencio ardiente de un pozo en el desierto; yo, cortaré mi cabellera, como se tala una selva para la roza, y, haré de ella una almohada de sedas para que en ella se recline tu cabeza vencida, destinada a todas las lapidaciones; velada como una sombra, yo, seguiré tus pasos, por los senderos a la luz que vierte suavemente la tarde; yo, escucharé tus palabras, dichas a la vera de los caminos, a la hora de la ruina opulenta del día, ante los valles tristes, que semejan mares estancados; yo, te seguiré más allá de la Vida, y, más allá de la Muerte;

el Cristo, se sienta en un banco, arreglan-

do los pliegues de su túnica, como los pétalos de un lis ajado, la mirada vaga, perdida en la inmensidad, cual si siguiese el vuelo de sus pálidos sueños;

Magdalena, tomando en sus manos uno de los pies del Profeta, principia a besarlo, dulcemente, suavemente, tiernamente...

a la caricia de aquellos labios que rozan su epidermis, el Cristo se estremece; todo el antiguo misterio de la carne grita en él; su cuerpo joven, tiembla, y el «Hijo de Dios», siente el soplo de la primitiva bestialidad que creó al Hombre, subirle como una llama...

hecho más pálido, bajo la servidumbre de la Naturaleza, que lo turba, los ojos entrecerrados, las manos inertes, deja hacer a la mujer, que ahora besa los pies apasionadamente, frenéticamente, como con ansias de morderlos...

con una voz cuasi extinta, que parece muy

lejana, como venida del fondo de sus agitaciones múltiples, dice:

—Tu cabellera, Magdalena, no la cortes...

y, hunde una de sus manos, en la masa triunfal de los cabellos, y, la mano se pierde en las crenchas luminosas, como el alma de un cisne que se hundiera en un lago de topacio...

Magdalena, alza su cabeza hasta las rodillas del Cristo, y, la posa en ellas;

un vértigo extraño llenaba la atmósfera, cual si todas las cosas, tuviesen un solo hálito, vibrante de voluptuosidad;

por las ondulaciones de los caminos, uno a uno, van llegando los romeros, los peregrinos, los mendigos, las mujeres, los apóstoles, todos los menesterosos de la Palabra divina, que viene a buscarla en los labios del Maestro...

llegan por grupos o aislados, y los más le-

janos parecen desaparecer en el estremecimiento de la tarde;

ancianos sombríos, con cabezas calvas, en las cuales brilla el sol muriente, como sobre escudos amellados; son como sombras, que se arrastran por el sendero, en el azul cambiante...

jóvenes catecúmenos con rostros de iluminados, brillantes por la fiebre interior de aquel que viene en espera del Milagro, el oído atento del que busca la fuente en la montaña, y el ojo insatisfecho del que sigue en la noche, la marcha de una estrella sobre un cielo en borrasca...

esclavos taciturnos, venidos de los puntos más remotos de Judea, y, que han oído hablar de aquel que viene contra los opresores de la Tierra, contra los Césares, contra los Sacerdotes, contra los Jueces; caminan libres, pero, se diría que un gran rumor de cadenas

se alza tras de sus pasos, como un clamor de mar en la Noche; adolescentes prematuramente graves, llenos de un sombrío ardor en las miradas; cabezas bellas, para todas las coronas, las del combate y las del martirio, pálidas rosas visionarias, abiertas a la aparición de una aurora remota;

mujeres, con rostros iluminados por un resplandor de fe cándida, y los ojos opacos de aquellos que han llorado mucho, cansados de esperar...

niños con una mezcla de espanto, y, de amor en las pupilas tiernas y profundas, como pozos de agua virgen en un silencio calmado...

pescadores groseros, de los vecinos lagos, tostadas las pieles, duras, como un brillo de molusco, y, la expresión del rostro brutal y, atónita a la vez...

mendigos pestilentes;

rateros...

merodeadores...

viejos ladrones de camino, con ojos violentos y tenaces;

todos harapientos, sórdidos miserables, capaces de turbar por su aspecto alarmante el ánimo más sereno;

no había apacible sino la tarde, que parecía cantar en los aires una música ilusoria...

todos llegan preocupados, ardientes, llenos de una religiosa ansiedad, como una caravana sedienta, que se aproxima a las riberas de un gran río;

los primeros llegados alcanzan a ver a Magdalena, la cabeza apoyada en las rodillas del Cristo, y, la mano de éste perdida en la masa fluvial de los cabellos;

retroceden confusos hacia el olivar cercano, y se agrupan en él, asombrados y, murmuradores...

las mujeres, con una indignación celosa, tienen miradas crueles;

los jóvenes sonríen;

los niños callan...

Jesús, abre los ojos, tembloroso aún, como una espiga en la tarde...

y, viendo el grupo de discípulos que lo espía, retira la mano de los cabellos de Magdalena, y la rechaza violentamente;

ésta, comprendiendo el gesto del Maestro, se pone en pie, y, envolviéndose en sus largos velos, va a esconderse tras el tronco de un Olivo, deseosa de ocultarse a las miradas de aquellos que llegan;

en la divina ambigüedad de la hora, el crepúsculo le hace una como guarida de reverberaciones; parece perdida en la inmensidad de la gloria celeste que inunda el paisaje; se diría una columna dórica en cuyas caneladuras jugase un rayo de luz;

el Cristo, libre ya de la sensación vertiginosa del momento, ha recobrado toda su serenidad, y, se ofrece a los ojos ávidos de sus discípulos, como un lis espléndido en el silencio vesperal, cual si saliese del somnambulismo de su oración; tranquilo, augusto, hierático...

una melodía misteriosa recorre los parajes, envueltos en una luz fosforescente, y, se esparce en el espacio lejano, como un perfume, como el hálito del alma de la mar cercana...

todo en las claridades difusas, llenas de estremecimientos musicales, parece prepararse para escuchar, el Milagro de la Palabra; la divina Anunciación del Verbo;

las mujeres inquietas y, crueles, se aproximan a Magdalena, en actitud hostil, llenos de amenazas los ojos malos, y, la boca amarga;

la mirada del Cristo, las detiene...

—Maestro, dicen las más audaces; ¿quién es esa mujer?

—Vosotras, lo habéis dicho: una mujer;

—Es la Pecadora.

—Y, ¿cuál de vosotras no ha pecado?

—Es María, la de Magdalo.

—Aquel que viene a mí, no tiene nombre; en el rebaño de mi Padre, las ovejas no tienen marca, y, yo que soy su Pastor, no las sé distinguir, sino por su balido; yo, sé las que vienen del Oriente, y, las que vienen del Occidente; todas son las ovejas de mi Padre, y yo, no quiero saber el lugar en que nacieron; mi mano sabe conocerlas, por el calor de su vellón;

y, sacude lentamente su mano, como si quisiese desprenderse del perfume que ha dejado en ella, los cabellos de Magdalena;

—Maestro, dice la más insistente de las

hembras de la turba; esta mujer ha sido y es, la Piedra del Escándalo.

todas apoyan la aseveración con un murmullo;

—El Escándalo lo traéis vosotras en vuestros labios y, en vuestros corazones: ¿es con esa leche de Odio y de Intolerancia, que lactáis vuestros pequeñuelos? ¿tendríais el valor de decirles lo que hizo esa mujer, y lo que hacéis vosotras? ya os lo he dicho, ¡ay de aquel que escandalizare a uno de estos pequeñuelos! más le valiera que le atasen una piedra de molino al cuello y, lo arrojasen al mar; en Verdad de Verdad, os digo, hembras de Murmuración y de Rencor, que por esos caminos no se va al Reino de mi Padre; que es el Reino del Perdón, de la Piedad, y del Amor; ¿en dónde está la Misericordia de vuestros corazones, que tanto la necesitáis para vosotras mismas? ¿en dónde tenéis la

pureza que hace al Juez, y, la cual sólo reside en las manos, y en el corazón de mi Padre? ¿quién ha dado al Hombre el derecho de juzgar al Hombre? ¿dónde está aquel que no ha pecado? ¡ay de aquel que se arroga el derecho de juzgar!; ése será juzgado por mi Padre; ¡ay de aquel que condena al Hombre!... ése será condenado por mi Padre; ¡ay de aquel que se arroga el derecho de castigar!... ése será castigado por mi Padre; ¿quién de vosotros sabe dónde está el Bien y, quién de vosotros sabe dónde está el Mal?... habéis aprendido esas cosas, en los libros que escribieron los impostores, y las juzgáis según las leyes que dictaron los prevaricadores; y, ésos no son ni libros, ni leyes de mi Padre, que no escribió su palabra, ni puso su justicia en las manos de los hombres; mi Padre no instituyó los jueces, porque él, es la Justicia; mi Padre no creó los Sacerdotes, porque él, es

la Verdad; todo Juez se llama Crimen; y, todo Sacerdote se llama Mentira; allí donde están ellos, no está el espíritu de mi Padre; si queréis hallar la morada de mi Padre, tomad la senda opuesta al Templo y al Pretorio; no creáis en la boca del Sacerdote, que os habla de la Vida; esa boca es la cloaca de la Muerte... ella vomita la Impostura, y, no busca sino el mendrugo; quien dijo sacerdote, dijo Concupiscencia; ¡ay de aquel que no rompe el cayado en la cabeza del Pastor! ¡ay de aquel que no aplica la soga al cuello del Verdugo! ése no será amado de mi Padre, porque ése obedeció a sus enemigos; enviado fuí yo, para castigarlos; enviado por mi Padre; enviado vine contra los sacerdotes, y yo, los denuncié; enviado vine contra los jueces, y yo, los desarmé, porque sólo el ojo de mi Padre, tiene derecho a entrar en la conciencia de los otros, y, sólo la mano de mi Padre

tiene derecho a caer sobre el cuello del culpable; quién quiere limitar al Hombre, ultraja la Omnipotencia de mi Padre, que le dió su libre albedrío para obrar; quien quiere gobernar al Hombre, ése viola la Voluntad de mi Padre, que hizo al Hombre libre, y, sin amos, como los pájaros del cielo, y los peces del mar; escrito está en las leyes de mi Padre, que no habrá ni Césares ni pueblos; ni siervos ni señores; ni pobres ni ricos; ni poseores ni desposeídos; mi Padre dió la tierra a los hombres para vivir en ella; y, de todos los hombres es la tierra; al principio no hubo fronteras, ni predios de linderos entre los hombres; la Tierra floreció para todos, y, todos fueron hermanos; aquel que puso el primer límite, y, levantó el primer cercado, ése mermó la herencia de todos; aquel que por primera vez se sentó en un campo, y dijo: «este campo es mío», ése instituyó el robo;

ese día el despojo apareció sobre la Tierra; al principio, no hubo pueblos, ni fronteras entre los habitantes de la Tierra; aquel que trazó la primera frontera entre los hombres, se llamó Caín; él fué el Padre del Odio, del asesinato y de la guerra; al principio no hubo pueblos, ni amos de pueblos, y todos los hombres fueron iguales; el día que nació la ambición, nació la Conquista sobre la Tierra; ese día los fuertes ayuntaron a los débiles, y esos rebaños ayuntados se llamaron pueblos; aquel que tuvo necesidad de esclavos, hizo una Patria; la Patria, es el aprisco que aprisiona el rebaño; la Patria no la hicieron las ovejas, la Patria la hicieron los pastores; y, en Verdad de Verdad, os digo, que el primero que hizo una Patria, fué el primero que pecó contra la libertad de los hombres; Dios, está contra todas las patrias, porque Dios hizo la Tierra para Patria de todos los hombres;

aquel que creó la Patria, creó los siervos y los señores, los ricos y los pobres, los amos de la tierra, y aquellos que han esclavizado para labrarla, porque la Patria, es la suma de todas las esclavitudes, y, de todas las iniquidades; fué la Conquista, la que creó la Patria, y, de esa Conquista, nació la Servidumbre; el día que hubo Patria, ya no hubo hombres libres sobre la Tierra; la Patria creó la Autoridad; y la Autoridad, es el verdugo de la Libertad; la Patria, es la madre del César, y, quien dijo César, dijo Esclavitud y Maldad sobre la Tierra; y yo, que vengo en nombre de mi Padre, vengo a romper el yugo de todas las patrias, es decir, el cetro de todos los Césares; porque no hay más César, que mi Padre, que está en los cielos, y los cielos son vuestra Patria; el día que no tengáis Patria, ya no tendréis ni césares, ni sacerdotes, ni jueces, ni verdugos, ni tributos,

ni gabelas, y toda forma de servidumbre desaparecerá de vuestro corazón; sólo el día que no tengáis Patria, ese día seréis libres; la Patria y la Libertad se excluyen; os lo digo en nombre de mi Padre, que no tiene Patria; id y gozad de la tierra, que mi Padre os dió para Patria de todos, no pongáis límites ni amojonamientos en los campos, ni en los corazones; ¡ay de aquel que por primera vez parceló la tierra! ése robó a mi Padre, y, mi Padre lo maldijo, y de esa raza maldita nacieron los ricos, que están proscriptos del reino de mi Padre, porque en Verdad de Verdad os digo, que primero entrará un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el Reino de los Cielos; aquel que trazó fronteras sobre el campo de la Tierra que mi Padre dió en heredad a todos los hombres, ése robó a sus hermanos; fueron los bueyes de Caín, los que marcaron los primeros límites de un campo,

y es la sombra del fratricida, la que se alza sobre el término de todo predio diviso; él creó la propiedad; y de la Propiedad, nació la Servidumbre; porque el propietario tuvo necesidad del esclavo, y, lo encontró como una larva, en los surcos de la tierra que labraba; y el Hombre fué el esclavo del Hombre, y perpetuó su esclavitud, respetando la Propiedad; para sancionar ese robo nació la Ley; para predicar la Ley, nació el Sacerdote; para aplicarla, nació el Juez; para hacerla sagrada, nació el Verdugo; el Hombre desapareció, y, ya no quedó en pie sino el esclavo; de un lado la Humanidad, del otro el César; y el crimen fué igual en el César, y, en el esclavo, porque toda esclavitud, es voluntaria; mi Padre, que no puso el cetro en la mano de los Césares, puso la espada en la mano de los pueblos; y no puso el hacha en manos del

esclavo, sino para que cortara con ella el cuello del Amo; porque en Verdad os digo: que el Reino de mi Padre, es el Reino de la Vida, y, el Reino del César, es el Reino de la Muerte; dad a Dios lo que es de Dios, y, al César, lo que es del César...

y, el Cristo calla;

sus labios se cierran como una anémona triste, y el eco de sus palabras, cae como una lluvia de oro, sobre los campos dormidos;

los cielos, son como grávidos de una anunciación de astros, y, en la mansedumbre de la hora, la tierra parece abrir su corazón a una esperanza terrible...

los catecúmenos callan estremecidos, bajo los olivares, que, cubiertos de sombras, parecen banderas de estaño, inmóviles en la Noche;

el silencio se hace profundo; se diría que

todos esperan en las tinieblas, el paso de un nuevo dios...

la turba mira al Cristo, y a sus labios estremecidos, con la emoción de quien espera ver salir de una colmena, un vuelo de abejas de oro...

pero, el Profeta ha callado;

los rosales de la Palabra, no florecen ya de nuevo, en la cálida primavera de sus labios...

la noche se hace espesa sobre los senderos de Emaús, y, apenas un débil fulgor empurpura el horizonte, ahogado en el azul sereno...

el Cristo se pone en pie, y, dando la espalda a la multitud, se pierde en el bosque cercano...

los discípulos lo siguen;

las mujeres son las últimas; marchan en grupos, o una a una, deteniéndose todas ante

la pecadora, para insultarla con la mirada, para inmovilizarla, para impedirle que siga al Cristo, cuya silueta blanca, se pierde en la sombra, con el candor sobrenatural de un lis que muere en el Crepúsculo.

*

Bajo sus largos velos, Magdalena quedó inmóvil, blanca, como un rayo de luna, que rompe un paralelogramo de sombras, extática cual si la Visión que se alejaba, se hubiese llevado su Vida, en los pliegues del manto, que el viento de la Noche plegaba sobre el cuerpo, como dos grandes alas vencidas;

sus pupilas tristes, seguían a aquel que se alejaba dándole la espalda, y, que se perdía en la penumbra, bajo un halo de estrellas, que se dirían sonoras en su magnificencia;

las frescuras del bosque amortiguaban len-

tamente los ardores rebeldes de sus carnes, que las palabras del Cristo, habían exasperado como una música nupcial, y, sus deseos, seguían, como palomas afrodisias, la sombra del Redentor, que se perdía en la Apoteosis de los campos, de los cuales parecía alzarse un himno terrestre, para saludarlo, bajo la jerarquía luminosa de los cielos, convertidos en un miraje de pórticos de oro;

libre ya de la fascinación imperiosa de las mujeres hostiles, que se alejaban, y, como imantada por la silueta lejana, intentó seguirla, pero, una sombra se alzó ante ella, como si hubiese brotado de la tierra, o hubiese caído de los cielos;

era un hombre, que, embozado en un manto gris burdo, y mezclado entre los discípulos, había oído todas las prédicas del Cristo, sin apartar los ojos de la Pecadora, y ahora, ha-

bía llegado hasta ella, con una agilidad nerviosa, como de un tigre, que salta de un jaral;

Magdalena, lanzó un grito de espanto; reconoció la figura que surgía ante ella; era Judas;

éste, la aferró con fuerza por un brazo, como si temiese que se le escapase;

—Magdalena, dijo con una voz que quiso hacer imperativa, y, era tierna, como la embriaguez ardiente de su pasión, que lo turbaba hasta no sugerirle palabras explicativas de su gesto;

en la pausa, ambos temblaban como agitados por grandes ecos interiores, cual si se hallasen desnudos, bajo un cielo de borrasca, atravesados de relámpagos...

ella, sin embargo, parecía extraña al ignoto poder que se escapaba de aquellos ojos, que por tanto tiempo la habían dominado;

en la lenta tregua de ese silencio, él, la con-

templaba ávido, como recordando bajo los velos, todo el tesoro que había sido suyo, y, ahora se le escapaba;

hallaba torpe el ritmo de la palabra, para traducir su corazón;

tenía con su puño el tesoro sagrado de aquella belleza, de aquella creatura armoniosa y vibrante, que había sido conquista suya, y, ahora, era la conquista de otro, que con el solo don de la Palabra, había hecho de ella, la esclava apasionada y fuerte, que lo seguía, imantada como por una fuerza polar, por el desmesurado poder de atracción, que se desprendía de los labios, y de la figura del Esenio;

ella, había cerrado los ojos, como los pétalos de una margarita, sobre un escarabajo de esmalte, y temblaba, como bajo un viento gélido, cual si perdiese toda la sangre de sus venas, bajo la presión de esa mano brutal;

él, la sacudía nerviosa, pero, suavemente, y trataba de atraerla hacia sí, devorándola con los ojos, cual si quisiese contemplarse en los de ella, como en el denso mar de lo pasado;

—Magdalena, le dijo dulcemente, con trémolos en la voz; ¿por qué te escondes? ¿por qué me huyes?

has dejado a Sión; vas desesperada, de Bethania a Nazareth; de Nazareth a Emaús, de Emaús a Cafarnaún, siguiendo las huellas de aquel por el cual me has abandonado; en cambio, yo, protejo en Jerusalem tu casa, que quiere ser saqueada por los acreedores, mantengo tus siervos, a quienes libertaste, y, que no han querido usar de su libertad, y conservo, lo muy poco que se ha salvado de tus liberalidades para con la turba de cristícolos, que te explotan a espaldas del Maestro; yo, te he buscado por todas partes, y para ha-

llarte, me he enrolado entre los discípulos de aquel que amas, satisfaciendo para ello, la codicia de los hambreados, que lo siguen, especialmente de Pedro, el pescador, y Juan, el joven efebo, que a la hora de los ágapes, reclina su bella cabeza sobre el hombro del Maestro; el oro de Roma, me sirve para alimentar la turba; Jesús agradece mis larguezas; y yo, soy uno de sus discípulos amados; heme aquí hecho una como sombra del vagabundo que desprecio, el tesorero de su turba, que alimento y que soborno, sólo por hallarte, por seguirte, por verte; ¡ah! si yo te dijera la Verdad de mi misión, si yo te dijera, cómo mi sombra que lo sigue, se proyecta sobre el Galileo, como la montaña de la Muerte... tú temblarías... Magdalena, ten piedad de él, ten piedad de mí... aun es tiempo de salvarnos a todos; vuelve en ti, deja tu locura; deja a ese loco harapiento que siga su camino, has-

ta estrellarse, contra los muros de una cárcel o el madero de un patíbulo; ése es su destino... déjalo que se cumpla; no te encadenes a él; deja al Soñador exangüe, víctima de su locura, y ven conmigo; el Pretor, me ofrece un puesto en Antioquía, en las guardias nobles del Tetrarca; ven conmigo; aun podemos ser felices; huyamos lejos, muy lejos, dejando detrás de nosotros, el Recuerdo y el Dolor; ven a vivir lejos de aquí, a morir lejos de aquí, en brazos de nuestro amor;

ella inclinó la cabeza dolorosa, como una esclava que muere de pena, y, murmuró:

—No sigas las huellas de mis pies, que siguen las huellas de otros pasos... no quieras entrar en mi corazón, que está ya lleno de otro corazón; mi sombra te será fatal, apártate de mí; no me fuerces a hacerte mal, rompiendo la pureza de mi silencio, para decirte; que nada es ya posible entre los dos; nada que no

sea el Olvido; envuélveme en ese sudario, y, entiérrame en tu corazón, y, no te acuerdes siquiera, en dónde quedó mi tumba...

—Magdalena, deliras; el Nazareno, te ha enloquecido; ¿qué brebaje te ha dado? ¿qué sortilegio ha ejercido sobre ti?... él, los maneja todos, porque todos los aprendió de los sacerdotes de Biblos, y, de los de Menfis; él sabe todos los encantamientos y maleficios de los ritos ocultos de Siria y de Caldea; los magos de Egipto le dijeron sus secretos, y, las Pitonisas de Echurbec le enseñaron sus conjuros; él sabe los filtros que los mágicos de Éfeso y los sortílegos de Capadocia, preparan para extraviar las almas; y, él, te ha hechizado, Magdalena; pero, yo, romperé ese hechizo: yo, acabaré el Sortilegio; tú estás poseída de los malos espíritus que el hechicero ha desencadenado en ti, para poseerte; ¡ah! ¡el Impostor!... cogido será en sus propias

redes; muerta será la víbora en su nido, y, con la víbora morirá el veneno...

—¡Judas! ¡Judas! ¿qué dices? no le hagas mal;... él es manso como una gacela de Cirenaica, y tiene el alma de una paloma, nutrida para el sacrificio en los aleros del Templo; no le hagas mal, Judas; no le hagas mal; él, es el brazo de la Piedad, y, la voz de la Misericordia, el lirio de la Mansedumbre, y la copa del Amor; no lo toques, hiéreme a mí; atraviesa mi corazón; haz de mis cabellos una soga y estrangula mi garganta; arrástrame por los senderos, y que los guijarros desgarren mis carnes de maldición, puesto que pudieron inspirarte tanto Amor; haz de mi cuerpo la víctima, y, la ofrenda de tus cóleras, pero, no le toques a él; respeta a aquel cuya imagen duerme en mi corazón, como un cisne divino en el estanque sagrado...

hablaba y temblaba en el Silencio inmóvil

que los envolvía, en el cerco de olivos taciturnos que los rodeaba, y sobre los cuales, había caído la Noche, como un bello ritmo, en el seno del azul irreal...

los ojos crueles, el labio contraído por una sonrisa mala, el bello joven la miraba apretando el brazo entre su mano convulsa;

ahogado de rencores, no acertaba casi a hablar, y, como un sordo eco de su sarcasmo, murmuró con una voz acre que producía el efecto de una lima sobre el hierro:

—¿Lo amas tanto? Magdalena; ¿lo amas tanto?... yo también me he sentido tomado por su Amor;... yo, también he sido convertido por su palabra... ¿no ves cómo hace días, lo sigo a todas partes, me mezclo a la chusma que lo rodea, y he llegado a ser mirado por ella, como uno de sus discípulos?... él, mismo me ha sonreído, y, conmovido por la largueza de las dádivas que hago a su turba

hambreada, me ha dicho: «aquel que ama a los míos, ése me ama; y el que alimenta las ovejas de mi Padre, ése será alimentado por él»; su mano se ha apoyado en mi hombro para subir por los senderos; yo he sentido cerca de mí, su cabeza desgreñada, y, he sentido el calor de su mejilla exangüe, sobre la cual pondré acaso muy pronto, un beso de paz;... tal vez yo, besaré al Cristo antes que tú;... yo, también he sido convertido por su Amor...

comprendiendo todo el sarcasmo voraz, de aquellas palabras, llenas de falsedades ambiguas, Magdalena, se sintió tomada de horror, cual si hubiese visto salir un nidar de escorpiones por la boca del mancebo...

—¡Tú, Judas! ¡tú, el amigo y el comensal del Pretor, el servidor del César, agraciado y ennoblecido por él, tú, el romanizado, y, el romanizante, el enemigo del Pueblo, y de su

Profeta, tú, amigo de Jesús!... lobo entrado en el rebaño, ¿qué vienes a hacer en él?...

—A ser el perro del Pastor; a lamerle la mano, como tú le lames los pies;... esa mano que me ha arrebatado mi ventura; esa mano que te ha encadenado a ti;... esa mano que yo clavaré inmóvil sobre un poste, obligándola a soltar su presa...

la voz sibilante de Judas, se hacía violenta, y dentro el cerco violáceo, sus ojos tenían el resplandor felino de un chacal en acecho; sus labios temblaban y, parecía que de su boca saliese el aullido de la Noche, en un gran grito, inmisericorde...

—¡Piedad! Judas; ¡piedad!, dijo ella, cayendo de rodillas, como si éstas se doblasen al peso de su corazón agobiado de tristezas... ¡piedad para él!... continuó en decir con una voz lúgubre, como la queja de una tarde de Noviembre, sobre el llano desolado...

y, besó la mano que la oprimía, como para infundirle la Piedad, que le demandaba;

al contacto tibio de aquellos labios, semejante a la caricia de un suave algodón ungido de bálsamo, Judas, tembló a su turno, como si esos labios se posasen sobre una herida, que el viento de la Noche, exasperaba...

—¡Piedad para él!, y, ¿la tiene él, de mí?... ¿la tienes tú?... el Santo, y, la Santa, ¿conocen la Piedad?... ¿no conocen sino el Amor?...

la atroz hilaridad de su sonrisa daba miedo...

las palabras sonaban entre los dientes apretados, como las amarras de hierro de una barca sacudida por la borrasca; se despedazaban en sus labios, como jirones de olas, comprimidas bajo un talud;

Magdalena, tenía miedo en el corazón, miedo de aquella voz, que fingía una alegría fe-

roz, como el maullido de un gato montés sobre un nido de pájaros indefensos...

temblaba bajo los velos, en un temblor de angustia, que sacudía todo su cuerpo, como un acceso de fiebre...

—¡Judas, Piedad!...

—¿Para quién?

—Para él... para mí; para nuestro Amor... dijo con una voz tan débil, que parecía que en ella se disolvía toda su alma...

—Vuestro Amor... vuestro Amor... gritó él;... yo, daré cuenta de vuestro Amor... ¿pensáis huir con el Nazareno?... el Nazareno, no tendrá tiempo de abandonar la ciudad; los abetos de Emaús, no lo volverán a ver bajo su sombra; las barcas de Tiberiades no lo llevarán más sobre las olas plácidas; los campos de Bethania, no lo verán ya más trepar por sus colinas;... para algo he recibido de Poncio, la misión de seguirlo; para algo soy

el alma del Sanhedrin, y el oído de Anás, entre sus turbas; el loco morirá como el pez, a causa de su boca; él ha dicho la palabra de muerte contra el César, y, antes que el César muera, morirá él...

—¿Tú lo denunciarás? Judas...

—Sí, yo lo denunciaré; ¿para qué he venido, pues, aquí? ¿para qué lo sigo? yo, tengo su vida entre mis manos;... su vida es mía...

—¡Piedad, Judas, Piedad!...

—¿Quieres salvarlo? abandónalo; tu Amor es su Muerte; ven a mi casa, dame tu cuerpo, ya que no puedes darme tu alma...

los ojos extraviados, como ante una visión nauseabunda y, repugnante, Magdalena, dijo:

—Jamás, jamás; antes la muerte...

—La muerte para él...

—Yo, moriré a su lado.

—¡Palabras de Mujer... vanas palabras!... yo te veré de nuevo entre mis brazos; será la

Muerte, la que te traerá a ellos, solitaria y, vencida; el triunfo del Amor, sobre la Muerte, será mi triunfo...

Magdalena, ya no hablaba, como temerosa de exasperar con sus palabras, aquella ira ciega;

en la hora lívida, se sentía el espanto de la Noche, pesar sobre ellos;... el silencio parecía sofocarlos;... y, un momento permanecieron desconcertados, indecisos, como si hubiesen perdido mutuamente sus huellas en la soledad de las tinieblas;...

la sombra había devorado todos los colores, y, parecía que aquellas dos formas, apenas visibles, estuviesen de pie, temblando bajo una lluvia de cenizas...

en un supremo rapto de pasión, sabiendo que la mujer ama la fuerza, Judas, se abalanzó sobre Magdalena, para estrecharla en-

tre sus brazos, y buscó sus labios, para sellarlos con los suyos...

ella, se defendió, y libre del abrazo, escapó hacia el bosque gritando:

—¡Nunca! ¡nunca!

inmovilizado en un gesto de orgullo supremo, Judas, no intentó seguirla... y, rugió...

—¿Nunca? pronto repetirás esa palabra, sobre el cadáver de tu Amor...

se diría que el eco de su voz se había hecho tangible, y centelleaba, caracoleaba en la Noche, como un hipógrifo de llamas cuyo relincho hiciese temblar de espanto las cúspides del cielo;

el Silencio, plegó las alas estremecidas, estupefacto de horror...

*

Calma de azul;

frescuras de follaje;

desnudez de la Noche floreciente;

desfloración de rosas del ocaso, caídas pálidamente en el Silencio;

brumoso el globo de la luna esquiva;

iridescencias blondas de miraje, sobre la inerte palidez del campo, lleno de ternuras maternales;

los montes se dormían en la penumbra, bajo el blanco candor de las estrellas...

los cielos parecían hacer confidencias al corazón divino del paisaje;

en el jardín, un prisma de Poema; una fiesta de rosas en orgía...

la cesta de una canéfora, camino de Eleusis, tal se diría el jardín;

bajo los limoneros florecidos, sollozaba la tarde;

calma floral;

era el jardín de Simeón, el leproso, curado por Jesús;

y, el Maestro, comía allí;

lo rodeaban sus discípulos, pendientes de sus palabras, y de sus miradas, como un racimo de uvas, pendiente de la vid;

y, Jesús decía:

—La Palabra de mi Padre, será cumplida, y, yo, moriré por el Amor;

haced como yo, amaos los unos a los otros;

yo, os daré un solo corazón para el Amor; y, una sola boca para el beso;

¡ay de aquel de vosotros que no amase, y

no me amase! ése morirá como el sediento que no halló la fuente en el camino, y las fuerzas le faltaron para llegar hasta ella; mi Reino, es el Reino del Amor, y, fuera de él, toda salud fué negada al corazón del Hombre;

id, y salvad a los hombres por el Amor, dijo mi Padre; y, he ahí, cómo yo vine entre vosotros;

yo soy el buen Pastor, y el buen Pastor, da su Vida por sus ovejas;

yo, daré la Vida por las mías; eso se llama el Amor;

es por el Amor, que mis ovejas oyen mi voz, y la conocen y, yo conozco el balido de mis ovejas; y, cuando hay una extraviada en el corazón del monte, yo la busco, yo la llamo; y, la oveja viene a mí...

en ese momento un ruido importuno interrumpió la voz del Maestro;

gritos de hombres, vocerío de mujeres, gritos de niños...

—¡Afuera, afuera, afuera!...

Jesús prestó atención al tumulto...

una mujer con los cabellos en desorden, las vestiduras desgarradas, se defendía contra la plebe;

hombres y, mujeres la arrastraban por los cabellos hacia afuera;

habiendo un momento logrado escapar a sus perseguidores, corrió hacia el Maestro;

pero, no pudo llegar a él, porque la mano férrea de María, hermana de Lázaro, que la perseguía, la aferró otra vez por el brazo, gritándole;

—Fuera, fuera, tú no entrarás aquí, Meretriz...

caída por el suelo, la mujer, pugnaba en vano por defenderse; la turba la arrastraba;

el Cristo, reconoció a Magdalena; se puso en pie, y, avanzando hacia la multitud, dijo:

—Dejad a esa Mujer, puesto que ella viene a mí; ¿con qué derecho detenéis a aquel que busca la Verdad y la Vida? ¿podéis vosotros dárselas? ¿por qué ultrajáis al enfermo que viene a buscar su medicina, y, al mendigo, que me tiende sus manos menesterosas? ¿ésa es vuestra caridad?...

y, encarándose con María la de Simeón, que no soltaba aún a Magdalena, le dijo:

—Soltad a esa mujer, que viene a buscarme en vuestra casa; ¿ésa es vuestra hospitalidad?...

—Señor, esta mujer debe salir de aquí, porque ella es el escándalo de la Ciudad, y ha sido la tristeza de nuestra casa; ella ha traído aquí el dolor, antes de traernos la vergüenza de su cuerpo; ella arrebató a mi hermana Marta, que está a vuestro lado, el corazón de

Judas de Kerioth, que quería desposarla; y, ahora le arrebata vuestro corazón; esa mujer viene a escupir sobre esa herida y, yo la expulso...

cerca al Cristo, Marta temblaba, como una sensitiva;

sus ojos obscuros, como dos grandes carbunclos luminosos, su palidez láctea, sus cabellos más negros aún que sus ojos, toda su figura delicada, frágil, llena de dulzuras, demostraba sufrir intensamente, pero silenciosamente, como en una inmolación;

el Cristo miró a la extraña virgen, que parecía una rara flor de muerte, y de silencio, y, contemplando luego, la soberbia belleza blonda de Magdalena, cuya cabellera ultrajada semejaba la melena de una leona que hubiese atravesado un zarzal, acorralada y perseguida, dijo:

—¿Por qué arrojáis fuera esa mujer que

perfumó los cabellos de aquel que no tuvo sobre ellos, otro perfume que el hálito salobre de la Noche, y, que no tuvo por muchos días otro peine que los alisara, sino el ala estremecida de las tempestades?; ella me perfumó, porque yo, he perfumado su alma con el bálsamo de mi palabra, y he derramado sobre su cabeza el ánfora inagotable del Perdón... ella ungió mis pies, porque yo he dirigido los suyos, por la senda de la Verdad, hacia la morada de mi Padre, que está en los cielos...

apartando a María, tomó a Magdalena por una mano, y, vino a sentarla a su lado, a la mesa del festín;

—Señor, le dijo María, ninguna mujer honrada se sentará a la mesa, a donde habéis sentado la vergüenza de Galilea...

—Señor, le dijo Simeón, deshonráis mi casa, que hasta hoy, ha sido morada de la hon-

radez: la lepra de que me habéis curado, enrojecía mis mejillas, menos que esta vergüenza a que me sujetáis; volvedme mi lepra y, muera yo de ella;

—Señor, dijo Lázaro, avanzando de la sombra, ¿para esta vergüenza, me habéis resucitado? volvedme a mi sepulcro;

a una señal imperativa de Simeón, María y Marta, sus hermanas, abandonaron el festín, y no quedó más mujer que Magdalena, en él;

Simeón y Lázaro, permanecían de pie, lejos de la mesa;

otros comensales habían partido;

colérico Jesús, se volvió hacia el círculo de discípulos que murmuraban, y, les dijo:

—«Hipócritas de vosotros, que volvéis la cara al Occidente, de miedo de mirar al Levante, que adorabais; ¿cuál de entre vosotros, puede despreciar esta mujer? aquellos que

no la han poseído la han codiciado; el deseo brilla en vuestros ojos, y, a la impotencia de satisfacerlo lo llamáis desprecio; mientras fué o pudo ser vuestra, nada dijisteis, y ahora que ha vuelto sus ojos hacia mí, porque yo sané su corazón, ahora la avergonzáis de su Pecado; en Verdad de Verdad os digo, que por salvar una alma, puede morir el Hijo de Dios; os digo, que a causa de ella seré vendido y entregado; alguno de vosotros me traicionará por ella, porque escrito está que por el Amor, debe morir aquel que vino a redimir el mundo por el Amor»;

y, Jesús, miró al grupo de sus discípulos, en el cual, embozado hasta los ojos, para no ser reconocido por la familia de Simeón, estaba Judas, que no volvió el rostro, y, miró fijamente, agresivamente, a los ojos del Maestro;

éste, sin rehuir la mirada del rival, y, po-

niendo la mano en el hombro de Magdalena, le dijo:

—Que aquellos que no han pecado, te insulten; y aquellos que han pecado contigo, que te rescaten, si lo pueden;... que te aparten de la senda de Salvación que has emprendido; nada podrán contra aquel que ha tocado tu corazón, porque nada podrán contra aquel que ha venido del cielo a doctrinar en medio de vosotros;

y, tomando a Magdalena de la mano, se puso en pie, y se alejó con ella del lugar del festín...

al salir a la puerta de la casa, se halló con su Madre, que venía en su busca; y, que, informada por el rumor público, se inmutó al ver a Magdalena;

—¿Dónde vais con esa mujer?, dijo María la de Nazareth;

Jesús, mirando fijamente a su Madre, preguntó:

—Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?...

—Yo, soy tu Madre;

—Yo, no tengo Padre ni Madre, ni hermanos ni hermanas; todo aquel que crea en mí, y, que me sigue, ése será mi Padre, mi Madre, mi hermano, y mi hermana; esta mujer ha creído en mi palabra, y, me sigue; ella es mi Padre, y mi Madre, mi hermano y, mi hermana, porque ella es la oveja del rebaño que yo he venido a apacentar sobre la tierra;

y, siguió su camino, como hipnotizado por el fulgor de oro de la cabellera de la Pecadora, que iba delante de él...

así, como una estrella, prendida en la caude de un cometa.

Era un desmayo místico de vagas claridades, mueren los rayos últimos del Sol crepuscular;

azulidades diáfanas de calma y de silencio;

ternura de la hora augusta y maternal;

flordelisante el bosque bajo el ramaje lánguido;

al beso de oros vírgenes, tiembla el follaje azul...

se estremecen los árboles al soplo del Otoño, que amarillea los campos;

el bosque es una feria de mil colores mórbidos, de mil colores pálidos, colores de agonía...

el vuelo de los pájaros reviste una armonía extraña en el paisaje...

sus alas son líricas bajo la voz del viento, que las hace sonoras...

en las penumbras soñadoras de ese paraje órfico, se ve una sombra pálida, inmóvil, extática, como una aparición;

¿es un melancólico rosal, abierto todo en flores?...

¿es un rayo de luna?

¿es una confabulación de lirios acuáticos que hacen en perspectiva una figura?

¿es un abeto adolescente, cuya blancura se ostenta por primera vez, en la noche confusa?...

en la luz oblicua y, difusa, y la penumbra

densa, la figura se hace espectral, inmensa; emergente de los jardines del Silencio...

opacidades la circuyen como nubes de incienso...

los blondos nácares de la hora ambigua, hacen un fondo de ícono, en la luz exigua, a la figura espectral, que se ve en el bosque, en la atmósfera diáfana con transparencias de cristal...

calma abacial en el paisaje patético;

rosales melancólicos abiertos, como sobre invisibles vasos de alabastro;

cada una de esas rosas, parece un astro;

en una convulsión de los ramajes, un rayo de luna baña de lleno la figura enigmática, dejándola ver íntegra, en su actitud hierática;

es el Cristo que ora;

a través de los ramajes, hechos sinfónicos, su figura aparece como coronada de ópalos;

las hojas caídas de los árboles, forman a

sus rodillas, una alfombra, en la cual, los caprichos del viento bordan motivos heráldicos;

como cisnes votivos, en el estanque de un templo búdico, los nenúfares del arroyo cercano, mecen al aire el encanto de su belleza adónica;

su gracia acuática, tiene una belleza simbólica, como un coro de párvulos extáticos que estuviesen presentes a la oración beatífica del Cristo;

halos crepusculares, dan reflejos solares, al oro férvido de la cabellera nazarena, que en ondas asimétricas, cae sobre los hombros ascéticos;

sus brazos alzados hacia el cielo, se dirían los pistilos de una flor sobrenatural, nacida de una vegetación astral; hecha de luz, y de cristal;

su sombra al proyectarse sobre el follaje,

se diría, una mariposa lunar, caída sobre la tierra, inmóvil bajo el ramaje...

sus ojos extáticos, parecen heridos de ataraxia, en una ceguera de Noche, como abolidos, cual si hubiesen desaparecido, agotados por una visión apocalíptica; ardidos por un carbón profético;...

avalancha de ensueños mesiánicos, hacen halo a la frente del Electo, que en un gesto de abatimiento melancólico, se inclina hacia la tierra, como una enredadera tronchada y taciturna, en el azul-negro de la hora nocturna, que la luz indigente de los astros, tiñe de un amarillo de jaspe;

con un largo sollozo de emoción, termina el Profeta su oración;

yergue su busto raquítico, muy lentamente, cual si sus riñones martirizados por sus largas vigilias de ascético, le hiciesen mal; la palidez morbosa de su rostro histérico, se

muestra con una tristeza vesperal de tarde muriente;

gotas de sudor, perlan su frente, como una escarcha insidiosa;

el azul sereno de sus ojos, es tan insondablemente triste, que domina con sus nieblas, la diadema de montes obscuros, que lo rodean como un hemiciclo de tinieblas;

ante la tristeza de aquella mirada divina, la tristeza azul de los cielos parece mezquina;

sus pupilas lelas, parecen ver pasar por el horizonte, la flota de carabelas, de todas sus ensoñaciones;

las alas lentas de sus visiones, hacen gestos heroicos, y, revolucionarios, en una procesión de siglos futuros, perdidos en ponientes incendiarios...

mira el cielo, como si la voz de todos los oráculos, hablase para él, por la boca beata de lo Infinito, llena de divinos ósculos;

su frente soberana, se nubla bajo el desorden salvaje de su cabellera, hecha plutoniana, por el gesto angustioso con que las manos febricitantes la mesan;

el gesto rígido de los brazos alzados al cielo, recuerdan el vuelo de los pájaros marinos, que miran su sombra sobre el mar;

cierra a veces los ojos, como presa de terribles enojos;

de su boca, se escapa un murmullo ininteligible, como el vino de una ánfora, por una hendidura apenas perceptible;

una vibración musical, parece cantar en sus labios entreabiertos de Profeta;

parece que un río de música secreta, extendiese sobre la Noche, la sinfonía de sus olas;

inclina a veces su cabeza, cargada de aureolas, como un pájaro sobre la rama;...

y, queda absorto, cual si escuchara las pro-

fundidades de una voz que de lejos le hablara...

en el esfolgorio de oro de los cielos vencidos, la Noche azul canta entre los mirtos florecidos;

Jesús, obsesionado por su visión, dice:

—¡Eloim! ¡Eloim! aparta de mis ojos, esta visión temible que me espanta; ¡apártala de mí! Yo, veo los hombres victoriosos contra Ti; y, veo en el tropel de los siglos futuros, triunfar en mi nombre, aquellos que he venido a destruir; tiempos de Abominación, y tiempos de Iniquidad, sucederán a estos tiempos de Abominación, y, de Iniquidad, porque escrito está que la Abominación y la Iniquidad, no morirán sobre la Tierra; los oráculos serán cumplidos, y tú y, yo, seremos vencidos, por aquellos mismos a quienes me has enviado para salvar; yo siembro la simiente del cielo, y los pájaros de la Noche la devo-

rarán; no se logrará mi cosecha de estrellas, porque la roca es más poderosa que el grano, y, el grano será podrido en las entrañas de la roca; no germinará; y, he ahí que yo vine entre los hombres a traer la Verdad, y la Verdad no arraiga en el corazón tenebroso de los hombres; aquellos que deberían creerme, no creen en mi palabra, y el ludibrio soy, de aquellos que me están cercanos, porque escrito está, que nadie será Profeta para aquellos que lo vieron nacer, y, que aquellos que llevan nuestra sangre, serán los últimos en reconocer la supremacía del espíritu, por la cual hicisteis de nosotros, los electos de tu Voluntad, y de tu Verbo; sordos serán a los clamores del Profeta, la aldea misérrima en que nació, la tribu a que pertenece, y los moradores de la casa en que vió la luz; sordos y hostiles; los míos me desconocen y me niegan; aquellos que me siguen, no me compren-

den, y chicanean sobre el sentido de mis parábolas; los letrados ríen de la sencillez de mis palabras, y suelen tacharme de ignoran cia;

los ricos, los poderosos, ríen de mis amenazas, y me miran con la cruel misericordia de aquel que mira a un demente; mis hermanos dicen: «¿cómo podemos creer que nuestro hermano que estuvo en el mismo vientre que nosotros, es el Hijo de Dios?», porque ellos no comprenden el simbolismo de mis palabras; y los hombres de mi aldea dicen: ¿no es el hijo de José el carpintero? ¿no conocemos sus hermanas, y sus hermanos? ¿no jugó y no litigó con nosotros, cuando niño en las calles de Nazareth?... y, los de los otros pueblos dicen, ¿qué bueno puede venir de Galilea?... y, la soledad de aquellos que habéis elegido, para adoctrinar en tu nombre, me rodea; es verdad que los humildes, los po-

bres, los esclavos, los miserables, me siguen, pero, guiados por un bastardo sentimiento de Ambición y de Revancha; yo, predigo el Reino futuro de los desheredados; y, ellos quieren reinar; he ahí su devoción; y, reinarán; un día, ellos también serán amos, y, señores, y, oprimirán a aquellos, o a los hijos de aquellos que los oprimieron, y, ellos también sembrarán la Esclavitud sobre la Tierra; y, todo en nombre de mi Palabra; y una servidumbre, más oprobiosa que la de hoy, se extenderá sobre el mundo, y, todo eso en nombre mío, que vine a traer la Libertad; y, la Libertad no reinará nunca sobre la Tierra; eternamente habrá amos y, esclavos, y, eternamente el hombre será el siervo del hombre; los Césares reinarán en mi nombre, y, se dirán herederos de mi autoridad... de la autoridad mía... yo, que vine a destruir toda autoridad; ellos oprimirán en mi nombre, como hoy opri-

men en nombre de los dioses que yo vengo a desterrar del corazón de los hombres; y, yo también seré hecho Dios, por aquellos que reinarán en mi nombre;... y, así tu obra y mi obra de Libertad, serán vencidas; yo, vine a predicar contra los sacerdotes y, contra los impostores, y ellos nacerán de mi doctrina, como los gusanos, del cadáver de una flor, y la devorarán; y, en mi nombre habrá sacerdotes y cultos y sacrificios; y, yo, seré el Pendón de la Mentira; yo que vine a ser Bandera de Verdad entre los hombres; y, todo por obra de los sacerdotes, que doctrinarán en mi nombre; ¡lobos devoradores del rebaño!... el primer devorado por ellos seré yo; he ahí que yo he venido contra los jueces, y contra las leyes que aplican los jueces, y un día llegará en que leyes ignominiosas se harán en mi nombre, y aplicadas serán por aquellos mismos que yo vine a destruir... he ahí que yo

he venido a predicar la Fraternidad entre los hombres, y un día mi Verbo será Verbo de Odio y de Exterminio, y mi Palabra será la espada destructora, en manos de aquellos, que se dirán herederos de mi espíritu, y, de mi doctrina; y, en mi nombre, el hombre odiará al hombre con el pretexto de adorarme, y, ya no será posible, el amor entre los hombres y, entre los pueblos de la Tierra, porque el Sacerdote, se alzará entre ellos, para dividirlos y para lanzarlos los unos contra los otros, y, eso en nombre mío, que he dicho en vuestro nombre: *amaos los unos a los otros*... yo, vine a predicar la Paz en nombre de mi Padre que está en los cielos, y, los césares y los sacerdotes, harán imposible el Reinado de la Paz sobre la tierra; guiados por la espada de los unos, movidos por la palabra de los otros, los hombres se lanzarán contra los hombres, los pueblos irán contra los pueblos, se dego-

llarán entre sí, se exterminarán, se destruirán, y, todo en nombre mío, que he inaugurado el Reino de mi Palabra, diciendo: la Paz sea con vosotros...

el Reinado de Caín, será el Reinado de Jesús...

en la avalancha de los siglos futuros, yo veo desde aquí, los templos, los palacios, de una ciudad de lujo y de placeres, en que un Pontífice, sibarita y concusionario, reinará en mi nombre; su reino sucederá al reino de los Césares, y, su poder se extenderá sobre toda la tierra;... el lujo de esa ciudad, eclipsará el de Tiro, Nínive, y Babilonia; su corrupción superará a la de Gomorra y Seboim; su crueldad eclipsará la de los conquistadores, venidos de Menfis, y, salidos de las montañas de la Asiria, para asolar la tierra, y, ese Sumo Pontífice del Mal, de la Muerte, y del Pecado, reinará en nombre mío, que vine a des-

truir el Reinado de la abominación sobre la Tierra...

y, Jesús se abisma en el seno de sus visiones, y, apenas se le oye murmurar: ¡Eloim! ¡Eloim!... cúmplase en mí según tu Sacra Palabra...

y, como si hubiese oído vibrar las negras alas del drama, que ya se extendían sobre su cabeza e iba a envolverlo como una nube, decía:

—Yo siento la esterilidad de mi Obra, y, la esterilidad de mi Sueño; estériles serán a causa del Amor; porque yo que vine a predicar el Amor, no sólo le di mi palabra, sino que le he dado mi corazón, y le daré mi Vida; el Amor que yo llevaba como una flor entre mis labios, se entró dentro de mí, y, ahora me devora el alma: y he ahí que yo soy el Vencido de mi propio Triunfo, y soy el Conquistador, conquistado por su conquista; la ley

de Amor que perdió el Mundo, se cumple en mí, que viene a salvarlo, y hace estéril mi obra; una Mujer se ha alzado en mi camino, y su sombra me obscurece todos los horizontes del cielo; ¡oh Eloim! ¡Eloim!; apenas si alcanzo a ver tu rostro, tras el deslumbramiento bermejo de sus cabellos; la Mujer, es la Fatalidad, y la Fatalidad se alza en mi camino; y, ella devora mi Obra; hijo del Hombre, yo siento alzarse en mí, la sombra del Pecado del Hombre; hijo de Mujer, yo siento el calor de las entrañas de la Mujer, y, siento el perfume de su sexo, que perdió el Mundo, desvanecer mi cabeza de dios; yo vine a redimir al Hombre del Pecado de Adam, y, el Pecado de Adam ruge en mí, y Eva se venga de aquel que quiso hacer imposible su reinado sobre la Tierra; y, estoy vencido, vencido por el Amor;... y, siento que voy a ser vencido por el Pecado; yo que vine a des-

truirlo... ¿era tu Voluntad que este drama se cumpliese así, y el Hijo del Hombre, muriese como un Hombre, sin poder rescatar el Mundo del Pecado, y, antes bien, cayendo vencido por el Pecado del Mundo? si es así, Amén... Amén... y que tu voluntad sea hecha; yo siento que la hora del drama se aproxima; la hora de ser entregado; Judas, me venderá; la sombra de una mujer, se alza entre los dos; ¿por qué se alzó esta mujer en mi camino? ¡lirio de Perdición!... ¿por qué he permitido que su perfume llegue hasta mí, e invada lentamente mi corazón? ella ha venido en nombre del Dolor; y, yo vine a consolar el Dolor sobre la Tierra; ella es el Pecado, y, ¿no vine yo, a redimir los pecados del Mundo?... ella es la conquista de mi Palabra, y, ¿no vine yo a conquistar las almas? ¿cómo pedir al Conquistador, que tenga miedo de su Conquista y huya de ella?... yo sien-

to que la bestialidad del Instinto, se despierta en mí; y, el Instinto, es el Alma del Hombre; la Madre Naturaleza me recuerda que soy su hijo, y, es por los ojos, por los labios, por las manos de esta Mujer, que viene a recordármelo; el perfume de su cuerpo, hace temblar el mío; el aliento de su boca me enardece, sus ojos de alga marina, me obsesionan... siento que voy a sucumbir... ¡Padre mío! ¡Padre mío! aparta de mí este cáliz del Amor; aparta de mí, el cáliz de estos labios; aparta de mis ojos, la estrella de estos ojos que me ciegan; aparta de mi cuello la cadena de estos brazos, que amenazan esclavizarme...

ten Piedad de mí; Piedad de mi Obra, que el poder del Mal, es decir, el Poder de la Mujer, va a hacer estéril sobre la Tierra; la oveja que he salvado, pesa demasiado sobre mis hombros ¡guay! si es una loba que

he encontrado en el atardecer, prisionera en los zarzales, y mis ojos de Misericordia no la han distinguido; ella terminará por devorar el rebaño y el Pastor; ¡Padre mío! ¡Padre mío! salva a tu hijo, ¿no has dicho que tienes en él, puestas todas tus dilecciones?...

Jesús, se pone en pie, pasa su mano por su cabellera desgreñada, y por su rostro lívido, y, extendiendo los brazos hacia adelante, como para rechazar o detener una visión que viniese sobre él, dice con una voz de angustia, voz de incertidumbre, llena de todas las debilidades...

—Huiré; me refugiaré en la montaña; maceraré mi cuerpo; ayunaré, cuarenta días, y cuarenta noches, y, volveré purificado entre los hombres; libre de todo deseo...

y, como si quisiese borrar de sus ojos, una visión impura, se cubre el rostro con las manos, y, retrocede horrorizado en la sombra...

el choque con otro cuerpo lo hace detenerse;

—¿Quién eres?, dice, volviendo el rostro, e interpelando la forma que se alza en su camino;

—Yo, Maestro...

—¡Magdalena!...

la mujer, toma una de las manos del Maestro y, la lleva a los labios;

Jesús tiembla...

—¿Tenéis miedo, Señor?

—Sí.

—¿Miedo de quién?

—De ti...

—¿De mí, que os amo tanto?

—Tengo miedo del Amor...

—Y, ¿no habéis venido a predicarlo? ¿por qué tenéis miedo de mí, que os lo traigo?

—¡Apartaos! ¡Apartaos! ¡Mujer!, grita el

Cristo, con una voz desfalleciente, del ser que siente decaer sus fuerzas.

—¿Yo?... dice la Mujer, tomándole por las dos manos, y, acercando a él las dos mamilas exuberantes, cual si se las ofreciese, centellando los ojos fosforescentes de deseos, y, los labios, llenos de incitaciones.

—Apartaos, dice débilmente el Hijo de Dios, como si hiciese el último esfuerzo para defenderse.

—¿Apartarme de Ti? Señor; clama la Mujer, atrayéndolo violentamente sobre su seno y, devorando con un beso furioso, la púrpura virgen de los labios nazarenos...

el Cristo, no se defiende, la deja hacer, se deja devorar de besos y de caricias, como resignado a la Inexorable Fatalidad de la Naturaleza, que ha hecho tan dulces las fuentes del Pecado;

y, vencido cae, por el Amor, aquel que había venido a encadenarlo...

y, el bosque todo tiembla en una fiesta nupcial;

un soplo de divinidad acaba de pasar por él;

es el beso de un Dios, que viene a fecundar la tierra...

en la sombra se ve a Magdalena, que se encarniza en besos asesinos, y, sus brazos que se agitan con los gestos convulsos de las alas de un buitre que devorara un cordero...

y, devorado fué por el pecado el Cordero de Dios, que había venido a redimir los pecados del Mundo:

Agnus Dei qui tollis, peccata mundi...

---

*

La Noche, negra, llena de una tristeza imperiosa, impenetrable...

noche de pesadumbre; sin estrellas...

por la colina lívida, más lívida que el cielo, avanza el Cristo: hacia el Huerto de Getzemaní;

apoya una mano, en el hombro de Magdalena, y, se deja guiar, como si fuese un ciego:

no él, sino su sombra, parece el Nazareno;

una sombra, la sombra de un muerto escapado de un sepulcro, y, apoyado en una sombra hermana, que lo guía;

toda flor de juventud ha huído de su rostro macilento, y de su mirada opaca, sin ternuras;

la lividez de su rostro, es la del hemotísico, a quien un tardío y violento uso del Amor, lleva a la Muerte;

las violetas de sus ojos, son como dos carbones extintos, entre el negro voraz de sus ojeras, que llegan hasta sus pómulos salientes, donde un punto rosa, muy pálido, denuncia la fiebre que lo mina;

su boca, es casi fea, a causa de la languidez desencantada de los labios, flácidos entre la barba inculta;

las melenas en desgreño;

se diría, que una larga serie de años, ha pasado sobre su juventud, para ajarla, para destruirla, para no dejar ni un vestigio, de esa encantadora y, enfermiza flor de gracia, que era su rostro de Rabín, encantado y soñador;

cubierto, más que vestido, por una túnica sucia, de color indefinible, y un manto harapiento, que el viento de la Noche agita, como para denunciar su estado lamentable; avanza por el sendero guijarroso, sus pies lacrados, apenas cubiertos y no protegidos por sus sandalias en jirones;

nunca un aire de vencimiento igual, se vió sobre un rostro de Infortunio; ¡el anonadamiento absoluto, de aquel que ha perdido todo, hasta la Esperanza!...

así, ajado, encorvado, como desaparecido, apoyado en el hombro de Magdalena, parece un viejo mendigo, llevado por su hija, a través de la peregrinación de la Miseria;

Magdalena, va, menos que humilde, miserablemente trajeada; su túnica, que fué roja, ha perdido todo color; el manto que fué azul, y es ahora de un color gris a manchas desteñidas, como de óxido; por todo tocado, sus

cabellos victoriosos, sus cabellos de oro, que sueltos sobre la espalda, la hacen por su peso echar la cabeza hacia atrás, en uno como gesto de orgullo; por todo adorno, su belleza radiosa hecha ahora más intensamente atractiva, de una sugestión menos brutal, que la de sus formas anteriores; éstas, han perdido en opulencia, pero, han ganado en gracia; su delgadez, la hace aparecer más alta, más esbelta, más espiritualmente sensitiva; los días sin pan, las noches sin abrigo, han dado al cerco de sus ojos, un negro profundo, que agranda y obscurece el verde de sus pupilas, hechas violáceas en la vecindad de esa sombra, como el verdor del mar, cerca a una montaña de pinos;

van solos...

nadie los sigue;

las turbas han abandonado al Maestro; la murmuración le ha hecho el vacío...

cuando se retiró a la montaña, cuarenta días, y cuarenta noches, para hacer penitencia, sus discípulos creyeron en el Milagro, y, lo esperaron ansiosos;

mas, cuando el día del descenso, lo vieron bajar, apoyado en el brazo de Magdalena, cual si regresase de un viaje nupcial, buscando los senderos extraviados, escondiéndose a las miradas de todos, y comprendiendo que la Pecadora lo había acompañado en su soledad, se retiraron hoscos y murmuradores;

las mujeres, le volvieron la espalda, y no siguieron ya su cortejo;

las madres no llevaron ya sus hijos a aquel que había dicho: «dejad los pequeñuelos, que vengan a mí», los apartaban de su camino, como para evitar que los acariciara con su mano, aquel que había tocado ya, carne de mujer;

su madre misma, se había apartado de él, reprochándole su Amor...

sus enemigos exultaban de gozo;

los sacerdotes lo afrentaban;

y, aquel que se llamaba Hijo de Dios, vencido por la Hija de los hombres, arrastró en la Soledad, el duelo de su Divinidad vencida;

vagó por los caminos, sin que nadie llegara en la pompa de los campos, y la agonía de las tardes, a escuchar sus parábolas armoniosas, que sólo encantaban a los pájaros del cielo, y a las cándidas flores de la Tierra;

llegó a la aldea, y nadie salió a su encuentro; las palmas no hicieron ya abanicos sobre su cabeza; ningún ¡Hosanna! sonó en sus oídos de vencido...

las puertas, antes amigas, se cerraban a la aproximación de aquel que llegaba apoyado en el brazo del Escándalo...

todos, por huir de la Pecadora, huían de él;

durmió en los caminos, sin otra almohada para su cabeza de Profeta, que la almohada de nardos de su Amor;

y, hubo días, en que como un pichón implume, no tuvo otro alimento que el que le dieron los labios casi maternales de la Amada;

pero, no renunció a su conquista; no puso en el suelo, y no abandonó sobre el camino la oveja leprosa, que lo había contagiado;

se puso a amarla apasionadamente;

como todo hombre que llega tarde al Amor, quiso agotarlo;

el esfuerzo apasionado, desarrolló en él, los gérmenes latentes del mal que había devorado a tantos de su raza, y que devoraba a su propio padre; la tuberculosis hereditaria, que residía en su organismo en estado larvado, se

desarrolló en él, fulminante, y hallando en su organismo raquítico, un terreno apropiado, se puso a devorarlo, y lo consumió...

se sentía morir...

la obsesión de su Misión Divina, no lo abandonaba; su teomanía incurable, se exacerbó con la derrota, y, deseando morir como Mártir, vino a Jerusalem, donde sabía que la venganza de Judas, lo esperaba para entregarlo...

aspiraba a rescatar por la Santidad de su muerte, la única debilidad de su Vida;

y, ahora, iba en el crepúsculo, hacia el Huerto triste...

en la linde del olivar la sombra era más espesa...

—¡Cómo la Noche es fría!, extiendo la mano, y, me parece que toco el cuerpo de un muerto; todo huye de nosotros, hasta el Sol...

y, el Cristo, bajó los párpados, sobre las ti-

nieblas de sus ojos, que parecían extintos, e inclinó su cabeza dolorosa, sobre el hombro de Magdalena, en un gran gesto de desfallecimiento;

caminaban a pasos tan cortos, que se dirían inmóviles;

la obscuridad era perfecta, y, sus dos sombras apenas si se veían, como dos fantasmas, tanteando el sendero, perdidos en el corazón inmisericorde de la Noche...

—Y, sin embargo, estas tierras me fueron clementes, dijo el Cristo; el Sol lucía, para antorcha de mi palabra, tal un cirio nupcial, cargado de perfumes; mañanas radiosas, en que el vuelo de las palomas enternecidas, se mezclaba a la caída del rocío, cayendo como un bálsamo odoriferante sobre la tierra; y yo doctrinaba en ellos, y, la multitud me rodeaba como una mar tranquila... tardes de ensueño conmovedor, en que el Sol moría lán-

guidamente sobre los cielos estivos, y, mis parábolas volaban como un enjambre amoroso, sobre las rosas dormidas;... mañanas de Bethania y de Cafarnaún; tardes de Tiberiades y de Emaús, ¿adónde están? las gentes han huído del Hijo de Dios, y, mis palabras no hallan corazones en que posarse, y, caen vencidas, como pájaros en el desierto que no hallan un árbol, en que plegar las alas fatigadas;... sentado a la orilla del mar de la Soledad, siento morir a mis pies, sus olas sin tumultos;... ¡ah! qué de veces, me ha sucedido, creer que voy a morir, sin reconquistar el reino de las almas, aquel reino que fué mío...

y, sus palabras, sonaban en la sombra y el silencio, como el murmurio de una fuente en la noche profunda...

Magdalena callaba, más pálida, que las hojas inertes que el viento invasor llevaba por

entre los senderos guijarrosos; una inmensa tristeza devoraba sus ojos, y, se le sentía temblar, como los arbustos que se enredaban a su túnica desgarrada;

—¿No viste a nadie conocido, al atravesar a Jerusalem?

—A nadie, Maestro; las callejuelas más excusadas, fueron nuestro camino, según vuestro deseo; nadie os reconoció...

—La Multitud, es voluble, como las olas del Mar; ¡ay de aquel que da su Vida a la Multitud! ése será devorado por ella; en esta lucha de vencidos, tal vez sólo los dominadores tienen razón; los pueblos son como caballos insumisos, necesitan el jinete que los dome; ¡ay! de aquel que se pone ante ellos, queriendo detenerlos en su carrera al abismo; morirá pisoteado y despedazado por sus cascos asesinos;... el foete es el instrumento de dominio, sobre las bestias y, sobre los hom-

bres; y, aquel que no azota a los otros, azotado será por ellos... Jerusalem, me ha olvidado;... Jerusalem, fué ingrata como Nazareth, como Bethania, como Tiberiades...

—En Nazareth, vuestra Madre misma, volvió los ojos, para no veros pasar; los niños os insultaron en nombre de sus madres; y, el rumor público nos persiguió hasta afuera de las puertas de la aldea; cuando quisimos detenernos a orillas de la fuente, ninguna hija del lugar nos dió su cántaro para beber; y, aquellos labradores que trabajaban cerca al camino, nos lanzaron guijarros;

—Es Verdad; escrito está, que la aldea, siempre será fatal al Genio; ¡ay del águila que no rompe su nido! ésa no volará muy alto; romper su nido, es el primer deber del águila; como romper su patria es el primer deber del Hombre Libre; ¡ay! de aquel que

no rompe el nido de las víboras; ellas devorarán su corazón, y, lo devorarán a él...

y, diciendo eso, su voz era inflamada y débil, como una llama moribunda, que se escapa de una hoguera cuasi extinta...

—En el Tiberiades, nadie quiso darnos su barca para atravesarlo; no hallamos barquero, aquellos que eran vuestros discípulos, se ocultaron; y, Pedro también...

—Verdad es; ese hombre ha de negarme; y tres veces me negará...

—Entre Bethania y Sión, la casa de Simeón, cerró sus puertas, viéndonos venir... Sólo Marta, salió sobre el terrado a contemplaros cuando hubimos pasado; había un grande amor en su mirada; María, volvió la espalda; Simeón, se inclinó sobre un surco que abría, oculto a la sombra de sus bueyes; Lázaro descendió a la cueva, para ocultarse

en ella, como si descendiese de nuevo a su sepulcro...

—La lepra del alma, no se cura con el azufre, como curé yo, la herpes de Simeón, que él creía una lepra; la gratitud no se despierta en los corazones malos, como desperté yo, a Lázaro de la catalepsia en que estaba sumido, y le volví el uso de sus miembros por el solo poder del hipnotismo; ¡pobre Marta!... su corazón, yo no puedo consolarlo...

había llegado a lo más alto de la colina. en lo más espeso del olivar, y el Cristo dijo:

—¿No veis a nadie? ¿no hay nadie?

—Nadie, Maestro...

—Nadie, la palabra de la soledad... Nadie... Pedro, Juan, y Santiago habían dicho que vendrían...

—Y, vendrán...

—Hay horas en que el alma formidable de la Soledad, quiere ser violada;... la Verdad

lleva a la soledad, y, yo he entrado en ella, por el camino terrible, que lleva a todo sacrificio;... y, yo cumpliré el mío... ¡triste es la Soledad de aquel que ha sido abandonado por los hombres! ¡triste y heroica!... ¡cómo se siente morir la Vida, en su silencio extraño!... bella es la muerte del Apóstol, que entra en la tumba por el sendero del Tumulto... y, pasa bajo el arco del sepulcro, como bajo un pórtico ornado de leones... bella es la muerte del Mártir, que una Voluntad Heroica, sostiene; bella y feliz; yo tengo miedo a la soledad; miedo de morir en ella; la soledad, es una prisión sin Sol; yo quiero salir de ella; yo quiero ver el Sol, yo quiero volver al alma de los hombres; reinar en el alma de los hombres; conquistar de nuevo mi Reino, el Reino de las Almas; la tumba es menos triste que una vida sin amigos;

como todos los espíritus débiles y megaló-

manos, Jesús tenía el horror de la Soledad, y ese horror lo reflejaba el temblor de su palabra, que semejaba la de un niño asaltado de espanto;

Magdalena, volvió hacia él, los ojos afligidos por aquellas palabras, que denunciaban en el Alma del Profeta, un vacío que su amor no podía colmar; la nostalgia de un Amor, que su Amor no podía borrar; el Amor de la Multitud; Amor de seres inferiores, que en él, no eran sino un vértigo de su Vanidad...

viéndola tan triste, Jesús tuvo piedad de ella;

—¿Te he hecho mal? Magdalena... ¿te he hecho mal? tú eres más fuerte que yo, porque tú no sientes la tristeza del esplendor perdido...

—Porque yo te amo, Señor, más que todos los esplendores del Pasado, y, más que todas

las glorias del Futuro; amor que recuerda otros amores, no es Amor; Amor, que suspira por otros amores, y los desea, no es Amor...

—Razón tienes, mujer, y la Verdad ha hablado por tu boca, porque siempre es boca de Sabiduría, la boca que ama; pero de pensar has, que cuando yo hablé de Amistad, no hablé de Amor; y tú el Amor eres; no eres la Amistad; conquistada fuiste por mi Palabra, pero, como el icneumón en la boca del lagarto, tú entraste por la boca que te había conquistado, entraste a mi corazón y a mis entrañas;... cuando yo hablé de la Soledad, no hablé del Amor; del Amor, al cual he dado todo, y, por el cual daré la Vida...

—El Amor que ha hecho tu Soledad;

—No hay soledad en el Amor; el Amor lo llena todo; imposible es el silencio en sus tumultos...

y, reclinando la cabeza, en el seno amado,

se dejó ungir con un beso misericordioso de aquellos labios que lo habían perdido...

un golpe de tos lo agitó violentamente, como un arbusto sacudido por el huracán; sus ojos se extravasaron, su rostro congestionado se amoratá; se sentía ahogar...

un chorro de sangre salió por su boca y salpicó sus labios, su barba y su vestido; un verdadero ataque de hemotisis;

le sobrevino un vértigo;

cerró los ojos, y dejó caer su cabeza en el hombro de Magdalena...

ésta, lo sentó en una piedra que había cercana, y, enjugó con su manto, el sudor del rostro y, la baba sanguinolenta que se adhería a la barba sedosa, antes tan bella;

minutos después, Jesús abrió los ojos y dijo, con una voz que era un gemido:

—Tengo sed.

Magdalena, miró angustiada por todas par-

tes; no había pozo, ni fuente, ni lagar alguno que ofreciese una gota de agua, con que aplacar la sed del febricitante;

quiso entonces sentarse a su lado para apaciguar con sus labios, la sed que ardía en los del Cristo, pero, éste se lo impidió diciéndole;

—Apártate, Magdalena, porque voy a entrar en Oración; es la hora de hablar con mi Padre Celestial, que no me ha abandonado, y, en cuya presencia siento que voy a comparecer muy pronto;

Magdalena obedeció, y entró en el bosque, pronta a acudir a la primera llamada del Maestro...

éste, se postró de rodillas, puso la cabeza entre las manos, apoyando los codos sobre el banco de piedra, y oró;

ligeros estremecimientos recorrían su cuerpo, sacudido de sollozos;

y, oró largamente, férvidamente, angustiosamente;

cuando se levantó, su rostro lívido, estaba cubierto de sudor; nuevos esputos sanguinolentos, se habían mezclado a esa exudación; se diría que había sudado sangre...

se limpió el rostro, con el halda de su manto, y, miró en la obscuridad;

vió a Pedro, su discípulo, que estaba frente a él, esperando que acabase de orar;

—Pedro, ¿por qué me has abandonado?, le dijo con una voz dura, voz de reproche imperioso, que le era habitual en sus arrebatos de impulsivo;

—Señor, hay que trabajar; hay que vivir; mis redes estaban rotas; mi barca hacia agua, todo lo he abandonado por seguiros.

—¿También a ti, te ha sobornado Judas?

—Judas, me ha auxiliado con diez talentos, para pagar las gabelas del César, sin lo

cual, todo mi patrimonio se habría perdido; ¿para qué habría de sobornarme Judas? no creáis a los labios que os hablan contra él, después de haberlo besado; Judas, es vuestro discípulo; Judas os ama, aún más que aquellos que lo calumnian...

Jesús, devoró la alusión y sonrió con desdén;

—¿Y tú? Juan, dijo al adolescente de Zebadía, al bello efebo, que había sido su discípulo más amado, y cuya cabeza blonda, se había reclinado sobre su pecho, en los ágapes, antes que la de Magdalena viniera a expulsarlo de allí;

taciturno y cruel, éste dijo:

—Creí seros importuno; el lugar en que se reclinaba mi cabeza, estaba ya ocupado por otra más amada de vos;

el Cristo sonrió con tristeza;

—En Verdad de Verdad, os digo, que to-

dos vosotros os separaréis de mí; tú, Pedro, me negarás tres veces; tú, Juan, y, aquellos que aun no han venido, me negarán también; y, abandonado seré; porque el destino de todo Salvador, es morir abandonado por aquellos a quienes salva; alguno de vosotros me traicionará; y, ya siento aproximarse el beso que será mi muerte;

—El beso que os hará llorar, nos ha hecho ya llorar a todos; y, los labios que os han de hacer morir, labios de discípulos vuestros no serán, dijo Juan;

Jesús, iba a responderle, visiblemente contrariado, cuando se sintió un ruido de muchos pasos;

saliendo de la espesura del Olivar, Judas apareció;

el Cristo, hizo una señal a sus discípulos, indicándoles que se alejaran, y, les dijo:

—Id, y entrad en oración, porque la hora

se aproxima, en que la Voluntad de mi Padre, será cumplida;

ellos, se alejaron; y Jesús volvió la cara hacia Judas;

—Salve, Rabbi, dijo éste, y aproximándose a él, lo beso fríamente en la mejilla sudorosa.

—¿Es con un beso, que traicionas al Hijo del Hombre?

—Yo, no le traiciono, yo, lo salvo.

—¿Vienes a entregarme?

—Os, lo he dicho, Rabbi, vengo a salvaros.

—¿A salvarme?

—Sí; denunciado has sido ante el Sanhedrin, que fatigado está ya de las cosas de tu demencia; has reaparecido en Jerusalem, para rehacer tus turbas dispersas, desafiando así la tolerancia que se tenía por tu locura; van a aprehenderte; tú has predicado la muerte

del César, y, la muerte te espera; ¡Sálvate! toma este dinero—dijo tendiéndole una bolsa repleta de oro—, vete; abandona a Jerusalem, y sus contornos; deja la Galilea; todos los caminos te están abiertos; nadie te tocará;

el Cristo, tomó la bolsa, repleta de oro, y dijo:

—¿Podremos partir tranquilos?

—Tus discípulos y tú.

Jesús, miró fijamente a Judas, con una mirada de adivinación...

—Sí—dijo éste, sin inmutarse; yo te salvo la Vida, a condición de que tú salves la mía, devolviéndome a Magdalena.

Jesús, arrojó lejos, la bolsa que tenía en sus manos y dijo, colérico;

—*Vade retro, vade retro*... tú no tentarás al Hijo de Dios;... ningún Conquistador renuncia a su conquista; yo no renuncio a las almas que he salvado; no dejaré la oveja en

las garras del lobo; yo la llevaré sobre mis hombros, y, si su peso ha de abrumarme, moriré bajo ella.

—Basta de parábolas, Nazareno; basta de parábolas, buenas para la multitud estólida de tus oyentes; aquí somos dos hombres que hablan frente a la Muerte; dos rivales que se disputan una hembra; ¿renuncias a Magdalena?...

—¡Nunca!...

—Entonces morirás; nuestro duelo es a muerte; uno de los dos está demás; es el cuerpo de esa mujer, lo que jugamos en la partida; y, yo lo ganaré, porque yo soy el más fuerte; yo tengo la orden de prenderte, mis soldados están allí; una vez por todas, Jesús de Nazareth, ¿renuncias a Magdalena?...

—Nunca, nunca, dijo el Cristo, entrado en uno de esos accesos de cólera, tan frecuentes

a los epileptoides, y, que en él, eran habituales;

Judas sonrió, y, recogiendo del suelo la bolsa que Jesús había arrojado lejos, le dijo fría y calmadamente:

—Por última vez; decide: Magdalena o la Muerte.

—La Muerte, dijo el Cristo, con un gran resplandor de odio en la mirada;

Judas, dió un silbido, y, los soldados salieron de entre el bosque.

—Prendedlo, dijo señalando a Jesús; y, los soldados lo aprehendieron...

ya amanetado, Jesús se volvió para mirar con odio a Judas, diciéndole:

—Has vencido, Hiskerioth, has vencido;... me has vencido a mí, pero no la vencerás a ella; no entrarás de nuevo en su corazón; mi cadáver hará centinela allí; tú, no tendrás sus

besos, porque tus labios y, los míos, se pudrirán al mismo tiempo bajo la tierra...—y, recordándose de sus sueños de teómano, añadió:—y, la Voluntad de mi Padre será cumplida.

Judas rió francamente.

—Basta, bufón de muchedumbres; ¿te empeñas en morir como Apóstol? ¿cuándo morirá la Mentira en tus labios miserables? si eres dios, ¿por qué no me vences? ¿dónde está tu pueblo, Rey de los Judíos?

y, el joven Keriótida, volvió a reír estrepitosamente;

Jesús iba a contestarle, cuando un centurión, dándole un golpe en la espalda, lo empujó violentamente, y, otros lo arrastraron;

un acceso de tos ahogó la voz en su garganta, y, sus labios se empurpuraron de sangre;

y, su silueta, perseguida y, ultrajada, se perdió en el verde-negro del olivar, pequeña, encorvada, triste, con la tristeza rencorosa del Vencido que va a morir...

*

El día trágico era finido;

el drama del Calvario terminaba...

Jesús, había muerto;

sobre la colina roja del Gólgotha, las tres cruces proyectaban el horror de sus siluetas;

por el sendero que separa esa colina del Monte de los Olivos, como una sombra, fundida en tantas sombras, avanzaba una mujer;

vencida, vacilante, se volvía a cada paso, para mirar con desesperación a la colina trágica, donde el último rayo del Sol oblicuo, ya hundido en el horizonte, proyectaba largamente la silueta de las cruces...

era Magdalena;

ella, había seguido al Cristo de casa de Herodes a la de Pilatos, de la de Anás a la de Caifás, con el corazón más desgarrado que sus vestidos harapientos;

pero la multitud de Cristícolos, cuyo amor al Cristo abandonado, había revivido de súbito, a la noticia de su prisión, y el temor de su muerte, la habían reconocido, y, la habían insultado, la habían ultrajado, obligándola a abandonar la lúgubre comitiva;

llegada la primera al Gólgotha, había sido expulsada de al pie de la cruz, por la Madre vindicativa;

María de Nazareth, le había prohibido acercarse al patíbulo donde agonizaba su hijo;

María, la hermana de Lázaro, la había insultado, obligándola a retirarse;

Marta, se había sentado victoriosa al pie

de la Cruz, cerca a la Madre dolorosa, y, bajo la mirada de su grande Amor, ajusticiado;

Pedro y Juan, celosos y rencorosos, la habían entregado al ludibrio de los centuriones que hacían la guardia, cerca a los patíbulos de los moribundos...

y, éstos cercándola, acariciándola, requebrándola, sin respeto a su Dolor, habían querido arrastrarla de fuerza al bosque vecino, para gozarla;

había huído; así rechazada, vejada, perseguida; había dejado el Gólgotha, e iba sin rumbo, y, sola, en la inmensidad de la Noche, que nacía;

un hombre la seguía;

llegados al primer montículo de la ribera allá del Cedrón, y, cerca al Huerto de Getzemaní, el hombre, tomando un sendero de través, apareció ante ella, obstruyéndole el camino;

creyendo que fuese uno de los centuriones que la habían solicitado, sobre el Gólgotha, retrocedió;

a la luz que caía de las estrellas, a través del ramaje, reconoció bien al hombre que la seguía;

era Judas...

—¡Asesino! fué todo lo que pudo decirle; ¡asesino!, y, lejos de huirle, se abalanzó a él, con una furia de fiera.

—Asesino por tu amor.

—Calla, miserable, dijo con tal cólera en los ojos y en los labios, que Judas retrocedió...

las manos de Magdalena lo amenazaban como dos garras crispadas, queriendo tomarlo por el cuello para estrangularlo;

él, quiso aprisionar en las suyas, las manos amenazantes, pero, era tarde...

el eco de un bofetón, resonó en el bosque...

y, otro...

y, otro...

y, otro...

castigado así, y, no queriendo ultrajar a la mujer que amaba, llevó la mano a la daga, para intimidarla.

—Mátame, mátame, le gritó ella, mátame ya que has matado mi Vida, matándole su Amor, su único Amor...

—Magdalena, ¿me odias?

—Te desprecio...

—Estás sola, abandonada, perseguida, todos te odian; sólo yo te amo; yo te recojo, ven conmigo...

—Calla, asesino, calla; primero me entregaría a la soldadesca que me persigue; primero me daré al último de los hombres, en el último de los prostíbulos de Jerusalem, que soportar que tus manos, teñidas de sangre

inocente, toquen mi cuerpo... ¡apártate! ¡asesino!

—No me arrojes de ti, Magdalena, gimió él, cayendo de rodillas; te toco y, me pareces una sombra, te miro y, me pareces una sombra, déjame tocarte, para convencerme de que aun vivo...

—¡Atrás! ¡atrás!...

ella, retrocedía, y él, la seguía de rodillas, tendiendo hacia ella, las manos imploradoras...

—Magdalena, ¿te alejas?... no te veo; ¿he cegado? parece que todas las llamas del infierno hubiesen devorado mis pupilas; ¿son las lágrimas que las anublan? ¡es la sangre que las ciega! ¡la sangre que cae de la Cruz!... ¿no ves que alta está la cruz? no la mires, Magdalena, no la mires; podrías cegar tú también, con esta ceguera del Alma, que no quisiera ver lo que ven los ojos... vamos

lejos de aquí, Magdalena; vamos lejos de aquí; somos dos vencidos del Cristo; huyamos de la sombra de su cruz... si vieras cómo esa sombra me ha sido fatal; tan fatal como el corazón del hombre que pende de ella... ¿por qué me huyes? tu voz misma me parece cambiada; tu canto de Sirena, esa voz, que pierde a los dioses, y a los hombres, es ahora opaca, a pesar de su cólera, se diría que sale del fondo de una tumba; ¿tú también has muerto? Magdalena; ¿todos hemos muerto con él?...

y, con un gesto de horror loco, apretaba su cabeza, entre las manos, como si temiese ver escapar el último rayo de razón, que brillaba en ella;

yo vivo... ¿por qué continúo en vivir? paréceme que todo el mundo aparta de mí los ojos con espanto;... como si la sombra de todos los crímenes antiguos pesaran sobre mi

cabeza; pero, todo eso me sería como una caricia de ventura, si tú me amaras; el mundo para mí, reside en tus pupilas, y, en tus labios... sin ti; ¿existe la Vida? ¿qué es la Vida, cuando ya no se alimenta en ella el calor de una esperanza? ¡malditos los ojos que no ven ya esa flámula azul, dominando el horizonte! ¿no ves cómo han cegado los míos? cuando se ha visto tan de cerca el rostro del Dolor, no se puede ver ya nunca, el rostro de la Esperanza; la imagen del mundo queda abolida para los ojos que han visto el Dolor, tan de cerca, como yo lo he visto, como lo veo ahora, como lo veré más allá de la Muerte, porque mi Amor y mi Dolor, son uno solo, tienen un solo nombre; se llaman... ¿cómo te llamas tú?; tengo miedo de pronunciar tu nombre, por miedo de despertar la Vida, es decir, el Dolor...

y, se tapaba los ojos como para no ver algo siniestro, que venía sobre él;

Magdalena, lo miraba cruel, impasible, feliz de verlo así sufrir con el alma desgarrada.

—Yo, podría irme, poner el mar entre los dos; olvidarte; pero, eso sería la muerte de mi Amor, algo peor que mi propia muerte; ¿para qué la Vida, sin amarte? haberme visto morir en tu corazón, es ya mi desgracia, verte morir en el mío, sería ya el horror insuperable; antes morir que sufrirlo;

—¿Morir tú? con cien vidas que tuvieras, no pagarías la suya; el cordero ha agonizado sin quejarse; ¿por qué se queja el tigre? ninguna sangre tendrá el poder de rescatarte, ni aun la del Justo, que ha muerto por tu mano; aun me parece oír su voz, en tanto que agonizaba diciendo desde lo alto de su cruz: «Perdónalos, Padre mío, porque no saben lo

que hacen»; ese Perdón no caerá sobre ti, porque tú, sí sabes lo que has hecho;

—El Perdón de Jesús, ni lo quiero, ni me importa; es el tuyo el que quiero, Magdalena.

—Si por no perdonarte hubiera de perder la Vida, mil veces moriría; si mi corazón llegara a sentir piedad por ti, me arrancaría el corazón, de vergüenza de tenerlo tan miserable, y tan ruin... vete, vete, lejos de mí, que mis ojos, no se deshonren con mirarte; que mis oídos que oyeron sus últimas palabras, no se desgarren, oyendo las tuyas, de asesino; ¡vete!

y, extendía su mano convulsa, como una garra devastatriz, pronta a desgarrarlo; el furor la cegaba; una fiebre homicida le sacudía el cuerpo; parecía haber algo de sagrado, en aquella mano trágica, que amenazaba;

Judas, retrocedía, de rodillas, como había avanzado.

—Magdalena; nada es irreparable, ni el Crimen; yo, rescataría la pena que te he hecho, dándote mi vida;

—¿Morir tú? tú no tienes valor para eso;... mis ojos serán bastante desgraciados para cerrarse, sin haber visto tu cuerpo, oscilando del palo de una horca, que es la muerte reservada a los traidores; pero, esa aurora de ventura no lucirá sobre mi Vida; ¿tú morir? ¿tú? eres demasiado infame para eso;

Judas, se irguió ante tanto insulto, y se puso en pie;

—¿Tanto placer te daría mi muerte?

—Tanto, como el horror que siento de mirarte;

—¿Crees que tengo miedo a la Muerte? ¿dónde se hallaría un sepulcro más profundo, que aquel al cual me ha condenado tu des-

precio?... Si tanto placer te habría de causar mi Muerte, yo te la ofrecería como una flor; y, moriría feliz, si supiese que habías de amortajarme con un beso, y, harías a mi cuerpo un sudario de lágrimas...

—¿Amortajarte? el olvido misericordioso que envuelve todos los muertos, no querrá hacerlo contigo; la tumba misma, no querrá de ti; la tierra te arrojará de su seno, y, los lobos que te devoren, morirán de su manjar...

—Magdalena... ¿qué sonido fúnebre tienen tus palabras?... ¿me ordenas morir?... antes que tú, mi Padre, exasperado, me había dicho hablando del proceso del Cristo: «ve, y, ahórcate de un brazo de su cruz»; y, mi Madre al verme, ocultando su rostro entre las manos, murmuró, con un piadoso horror: «¿aun vives, hijo mío? ¿aun vives?» y, yo vivía para ti, vivía por ti; la esperanza de reconquistar tu Amor, me sostenía;... y, persis-

tes en negármelo... ¿por qué la tierra maléfica tarda en devorarme? ¿por qué?

y, su voz se extinguió en un sollozo, como una llama en el viento de la Noche...

—¿Por qué?, dijo Magdalena, implacable; porque como a todos los asesinos, te ha sobrado valor para matar, y, te falta valor para morir...

—¿Tú lo ordenas? Magdalena, ¿tú lo ordenas?...

—Si mi deseo fuera un rayo, tú serías ya un puñado de cenizas; si la Muerte hubiese de arrebatarte ante mis ojos, yo besaría agradecida, el rostro de la Muerte;

—¿Serías feliz, si yo muero?

—Sería feliz, teniendo tu cabeza cortada, sobre mis rodillas, como una cesta de flores, para arrojarla después a los cerdos de la piara;

—Tu odio es bello, a fuerza de ser enorme...

—No tan enorme, como el horror que siento del Amor que te inspiré...

Judas, la miró fijamente, tenazmente, como si siguiese el vuelo de una alucinación, bajo el gran cielo nocturno...

—¿Por qué eres tan bella, y tan perversa?... los pecados han llovido sobre tu cabeza, como una lluvia de pétalos perfumados, y la han embellecido; tu infamia es radiosa, como una aureola; siembras la muerte, como si fuesen las semillas de un rosal;... y, tu mano pálida no tiembla;...

—¿No tienes, pues, conciencia, de tu crimen? ¿quién mató al Cristo? ¿quién?, tú; tú, que no quisiste salvarlo, es decir, que no quisiste abandonarlo; tú apagaste con tus besos, su aureola de dios, porque todos lo abandonaron por tu causa; tú vertiste su san-

gre de hombre, porque no lo abandonaste para salvarlo; y, esa sangre, no se hace roja, cayendo sobre tu cabeza se hace blonda, como una catarata de luz, y se une en un solo resplandor, con tu cabellera de Sol; ¡qué bella eres así, bañada por la sangre del Cristo!... qué bella eres en esa aurora roja, que baja del Gólgotha, sobre ti; el Crimen centuplica tu belleza, el Crimen, te hace augusta; el Crimen, te hace mi hermana; tú has matado al Cristo; yo he matado al Cristo; somos dos asesinos; ¿qué me reprochas?

—Cállate, cállate, el deseo de vivir te hace tres veces cobarde; anda, anda lejos de mí, y, que el río del Olvido, te lleve en sus ondas sin rumores...

—Magdalena, todo, hasta tu insulto me es dulce, como un bálsamo; habla, Magdalena, habla; quiero oír la música de tu voz, suave como el murmullo de un arroyo, que corriera

por cerca de mi tumba; tu corazón, hecho de mármol, es, sin embargo, tierno y cálido como el pecho de un pichón; ¿me odias? bendito sea tu odio, porque por él, vivo en tu corazón; en ese corazón que fué todo mío, y de donde fuí proscripto; tal vez el río de la Piedad, surja un día en él, para correr sobre mi recuerdo, sobre mi Amor, sobre nuestro Amor, que fué tan grande y tan fatal...

y, extendiendo el brazo, amenazante y destructor, hacia la cruz lejana, donde había muerto el Cristo, le decía:

—¡Ah loco miserable y pérfido!... tú mataste mi ventura, y yo, te he matado sin matar mi pena; tu sangre no es bastante a calmar mi sed, ni a ahogar mi odio; si mil vidas tuvieras, mil te arrancara; si mil veces resucitaras, mil veces volviera a clavarte sobre la Cruz; ¡qué dulce es tu sangre, cayendo sobre mis labios! ¡qué luminosa es la silueta de tu cruz,

iluminada por el odio de mis ojos! el Orgullo de haberte matado, me oculta el mundo, y, vuela en mi corazón, como un pájaro de fuego; te he vencido, Galileo; te he vencido...

y, calló;

el nudo cruel de la cólera, parecía apretarle la garganta...

y, luego, continuando su monólogo con el ajusticiado de la cruz, dijo:

—¿Te he vencido?... sí, en todas partes, menos en ese corazón de mujer; te he desterrado del mundo, y no he podido desterrarte de ese corazón de mujer; he podido matarte sobre una cruz, y no he podido matarte, en ese corazón de mujer; allí reinas como soberano, y allí arraigas por la muerte; yo te he matado, y tú me matas también; es a causa de ti que yo voy a morir; a causa del Amor que me robaste;

¡venciste, Galileo! ¡Maldito seas!

y, sin volver los ojos hacia Magdalena, que para no verlo, ocultaba el rostro entre las manos, se perdió detrás de los olivos más cercanos;

con la agilidad de un felino, se le vió trepar a aquel que cubría con su sombra a Magdalena, que, sin apercibirse de su ausencia, yacía inerte, el rostro entre las manos, como herida de estupor;

de súbito, se vió su cuerpo lanzarse en el vacío;...

sus pies, tocaron los hombros de la Pecadora;

después, la rama del árbol lo levantó, pendiente de la soga que lo estrangulaba...

al contacto de aquellos pies, Magdalena, amedrentada, levantó la cabeza, y vió algo como la sombra de un pájaro enorme, oscilando sobre ella...

después, vió el balanceo violento, y los

movimientos últimos de un cuerpo que se agita en el vacío...

—¡Judas! ¡Judas!, gritó tomada de un pánico horrible... y apartándose del árbol fatal, quedó como hebetada, lejos del contacto del cadáver cuya oscilación, disminuía lentamente...

miró a lo lejos, la cruz donde el cuerpo de Jesús, pendía como una masa sangrienta;

y, miró cerca el cadáver de Judas, pendiente del Árbol, como un harapo;

ambos habían muerto por su Amor...

de lejos, parecían mirarla los ojos tristes de Jesús, a quien no había querido salvar...

de cerca, la miraban los ojos exorbitados de Judas, a quien no había querido amar;

adondequiera que dirigiese su mirada, no veía sino la Muerte, sembrada por su amor...

tomada de un espanto loco, no tuvo fuerza para huir, se acostó por tierra, y, se cubrió con

el manto de sus cabellos, ocultando el rostro, contra el suelo, como para no ver ese jardín de muerte, que sus ojos habían sembrado...

en la noche lívida, la sombra del crucificado, y la del ahorcado, parecían mirarse ferozmente en las tinieblas, por sobre el cuerpo inánime de la mujer que los había perdido...

... ...
... ...
... ...

Sonó en los aires una canción gozosa, y, el eco de una voz juvenil, llenó el huerto solitario...

era un canto de Amor, y, de lascivia, que despertó los pájaros en su nido, y, llenó de un rumor de primavera el huerto mudo, lleno con el horror de la tragedia;

por entre el ramaje obscuro, se vió aparecer la silueta, alta y esbelta, de un joven cen-

turión, casco reluciente, y, armadura ligera, feliz, del ritornelo que cantaba;

los ramajes se apartaban dóciles, como para dejar pasar su juventud, alegre y, radiosa;

de súbito, sus pies, tropezaron con algo; era el cuerpo de Magdalena;

viendo que era un cuerpo humano, dijo:

—¿Quién eres?

Magdalena, alzó la cabeza deslumbrante, y, como si saliese de un sueño, o respondiese a la propia voz de su corazón, dijo:

—¿Yo?... yo soy un sexo que llora;

—Un sexo bello, dijo el soldado, viéndola tan hermosa, y, acariciándole el mentón; ¿no sabes que nosotros los hombres jóvenes, somos hechos para consolar el sexo de la mujer que llora?

Magdalena, lo miró extasiada, y lo halló bello, bello como un Apolo, con sus formas atléticas, con su rostro imberbe, bajo el casco

dorado, las alas de cuya águila parecían acariciarlo, como dos manos de mujer...

y, sonrió...

volvió a mirar a un lado, y a otro, y, el horror de sus visiones reapareció en ella;

asaltada de un verdadero espanto sin amor, y, apoyándose en la mano del Centurión, como si buscase en él, un auxilio, gimió cerrando los ojos...

—La Muerte, la Muerte, ¿no veis la Muerte por todos lados? yo quiero huir de la Muerte;

y, señaló con el dedo el cadáver de Judas, que oscilaba;

el centurión lo miró con desprecio;

—¿Algún otro ladrón?; hoy han ajusticiado tres;

y, mostró las cruces sobre el monte cercano...

—No sé, no sé, dijo Magdalena, poniéndose en pie, ayudada por el centurión;

—¡La Muerte es triste!...

—¿Quieres huir de la Muerte? ven conmigo hacia la Vida, hacia el Amor;

—¿El Amor? ¿el Amor?, dijo ella, como si ensayase la música de una canción, recientemente interrumpida.

—El Amor, el Amor, que es la Vida, dijo él, ciñéndole el talle, con el brazo...

—Bella es la Vida; bello es el Amor, dijo ella en voz alta, como para darse cuenta de que vivía...

y, su voz hizo temblar los muertos que pendían lívidos bajo la Noche...

—Bello es el amor, dijo él, cantando en baja voz el ritornelo interrumpido...

—El Amor, es la Vida...

—¡Viva la Vida!...

—¡Viva el Amor!...

y, ella se dejó llevar por el brazo del nuevo amante, que aparecía en su camino, como surgido de la tumba de los otros dos...

—¡Viva la Vida!

—¡Viva el Amor!...

y, enlazados por el talle, entraron en el bosque...

se alejaron lentamente, y en la penumbra densa, no se vió ya, sino la cabellera de Magdalena, que, extasiada, miraba al cielo, y, al rostro de su nuevo Amor, como si los hubiese visto ambos por primera vez; y, parecía que del brazo del mancebo, se desprendiese un río de oro, sobre la Noche;

el mismo viento que besaba la cabellera de astro, balanceaba el cuerpo de Judas, e iba a besar los labios de Jesús...

la pareja se perdió en el bosque odorante;

se apagó el eco de la canción;

y, bien pronto, no se oyó en la soledad, sino el ruido de un beso... y, otro beso... y, otro beso...

¡Alma de Mujer!...

FIN

LECTOR:

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.

Base Tribal
19.11.61
$ 6,50

81821284

BIBLIOTECA SOPENA

TOMOS PUBLICADOS

1.—**La Gloria de don Ramiro,** por Enrique Larreta.
2.—**La Ginesa,** por Carlos María Ocantos.
3.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 1.º), por Mateo Alemán.
4.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 2.º).
5.—**El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha,** por Miguel de Cervantes Saavedra.
6.—**Novelas Ejemplares** (tomo 1.º), por Miguel de Cervantes Saavedra.
7.—**Novelas Ejemplares** (tomo 2.º).
8.—**La Galatea,** por Miguel de Cervantes Saavedra.
9.—**Los Trabajos de Persiles y Segismunda,** por Miguel de Cervantes Saavedra.
10.—**La Caravana,** por Eduardo Marquina.
11.—**León Zaldívar,** por Carlos María Ocantos.
12.—**El Quijote Apócrifo,** por Alonso Fernández de Avellaneda.
13.—**Como un sueño,** por A. G. Barrili.
14.—**Los Lobos y el Cordero,** por J. S. Fletcher.
15.—**Historia de la vida del buscón llamado don Pablos,** por Francisco de Quevedo y Villegas.

16.—**¡Misericordia!,** por M. Martínez Barrionuevo.
17.—**Eros,** por Juan Verga.
18.—**Floración,** por Rafael López de Haro.
19.—**La Juventud de Aurelio Zaldívar,** por A. Hernández Catá.
20.—**Vuelo de Cisnes,** por Vargas Vila.
21.—**La Novela del Honor,** por Rafael López de Haro.
22.—**El Alcázar de las Perlas,** por Francisco Villaespesa.
23.—**Entre todas las mujeres,** por Rafael López de Haro.
24.—**Novela Erótica,** por A. Hernández Catá.
25.—**De los Viñedos de la Eternidad,** por Vargas Vila.
26.—**Quilito,** por Carlos María Ocantos.
27.—**Beso de Oro,** por Eduardo Marquina.
28.—**Entre dos luces,** por Carlos María Ocantos.
29.—**Libre Estética,** por Vargas Vila.
30.—**El Olmo y la Yedra,** por A. G. Barrili.
31.—**El Libro del Amor y de la Muerte,** por Francisco Villaespesa.
32.—**El Candidato,** por Carlos María Ocantos.

2 Ptas.